

Cres Azucenas Carmelitas



Datos biográficos

de las Tres Mártires
Carmelitas Descalzas
del Convento de
S. José de Guadalajara

con un prólogo del

M. R. P. Silberio de Sta. Teresa,
C. D.

BR

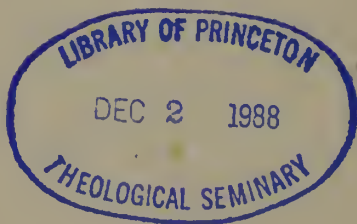
1608

.S8

D37

1944





BR
1608
.S8
.D37
1944

TRES AZUCENAS CARMELITAS

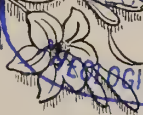
LIBRARY OF PRINCETON

DEC 2 1988

THEOLOGICAL SEMINARY



carmelitas



Datos biográficos
de las
mártires carmelitas
del convento de
San José
de
Guadalajara

con un prólogo del M. R. Padre

Silverio de Santa Teresa, C. D.




24 de



julio



de 1936



NIHIL OBSTAT

DR. GREGORIUS A SOLAR,
Censor Deputatus

Toleti, die 3 Martii, 1944

Imprimatur

† HENRICUS, ARCHIEPISCOPUS TOLETANUS

Por mandato de Su Excia. Rdma.
GERARDO SÁNCHEZ PASCUAL,
Canciller-Secretario

APROBACIONES

CARTA DEL REVERENDÍSIMO PADRE
PEDRO TOMÁS DE LA VIRGEN DEL CARMEN
GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS

†
J. M. J. J.

Roma, 9 - V - 42.

*M. R. M. Priora de las Carmelitas Descalzas de San José.
Guadalajara.*

M. R. M. Priora: He leído con mucha edificación la relación emocionante de la muerte de las tres religiosas de esa santa Comunidad, que con tanto heroísmo confesaron a Cristo al ser asesinadas por los milicianos marxistas en la reciente guerra de España.

Alabo el noble empeño de V. R. en dar a conocer la muerte gloriosa de estas tres Carmelitas, que tanto honran a esa Comunidad y nuestra sagrada Orden, que saben educar almas tan heroicas en la fe y en amor divino.

Con una bendición muy paternal para la Comunidad, se encomienda en sus oraciones su affmo. en Cristo,

*Fr. Pedro Tomás de la Virgen del Carmen,
General.*

CARTA DEL MUY REVERENDO PADRE
 PEDRO TOMÁS DE LA SAGRADA FAMILIA
 PROVINCIAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS
 DE CASTILLA

†
 J. M. J. T.

Madrid, 15 - XII - 42.

Muy Reverenda Madre Priora.

Guadalajara.

Estimada Madre en Jesús: La paz del Señor sea con nosotros. Recibí hace unos días el lindo manuscrito biográfico de las TRES AZUCENAS CARMELITAS. Desde la portada se ve y nota el cariño y delicadeza fraternal con que está escrito.

He pasado unos ratos deliciosos hojeándole. Está escrito con evidente amor y respeto a hermanas que un día convivieron familiarmente con esa santa Comunidad, y hoy gozan de la Visión Divina y de la palma del martirio. Su estilo es sencillo y llano como conviene a una carmelita, y lírico y afectivo como exigía el corazón de hermanas. Estimo que su lectura podrá ser altamente provechosa a todos, sobre todo a quienes viven su misma vida y visten su mismo hábito.


Que su ejemplo de vida y muerte comunique a nosotros toda la verdad espiritual y valor admirable que en dichas biografías se nos narra con colores tan candorosos

Que ellas nos bendigan a todos desde el cielo, especialmente a ese Relicario de la Provincia como lo hace a V. R. y Comunidad desde aquí su affmo. capellán,

Fr. Pedro Tomás de la S. Familia,
 Provincial O. C. D.



DEDICATORIA



*A nuestra amada
Provincia de Castilla,
con deseos de que nues-
tras mártires derramen
sobre ella una lluvia de
gracias y bendiciones.*



DECLARACION

EN conformidad con el Decreto del Papa Urbano VIII, declaramos que sólo en el sentido autorizado por la Santa Iglesia empleamos en el decurso de este libro términos de particular veneración o la palabra milagro y no pretendemos prevenir o prejuzgar de manera alguna la decisión del Soberano Pontífice, a cuyo infalible juicio y corrección nos sometemos sin reserva con el más filial amor.



A guisa de prólogo

COMO presentación, esta obrita no necesita. Ella se recomienda por sí. Por lo mismo, seremos breves en este prólogo que me imponen la gratitud y una invitación cariñosa.

Háblase en ella de tres azucenas carmelitas, que en pleno desarrollo y con toda la pompa de su albura inmaculada y la embriaguez de su aroma purísimo la segur del tirano, al segarlas, les dió colores de martirio, y así entraron en las celestes moradas con la blanca capa del Carmelo y el rojo encendido de púrpura de que la tiñó su fe ardiente, en el momento mismo de expirar, en una escena rápida y de subido dramatismo, no inferior al de las vírgenes cristianas que morian por Jesucristo en los primeros y heroicos siglos de la Iglesia.

Ignoro lo ocurrido en otras familias religiosas femeninas; pero lo que es en la de Carmelitas Descalzas puedo asegurar que la barbarie anticristiana, ejercitada en España con refinado ensañamiento desde que en 1931 se proclamó la República, y más acentuadamente todavía desde que en julio de 1936

un puñado de héroes se pronunció contra ella en guerra antibolchevique, despertó en las hijas de Santa Teresa un ansia tan sincera de martirio, el cual esperaban alcanzar de la grande misericordia de Dios, que constituyó desde entonces el tema más frecuente de sus conversaciones. Nunca fué tan recordada su Santa Madre, que desde los siete años estuvo suspirando por él; nunca se comentó con tanto entusiasmo la bella y cruenta odisea de las Carmelitas de Compiègne, víctimas inocentes de la Revolución francesa. Todos los Carmelos de España se creyeron llamados a escribir la segunda página de este Album glorioso; todos querían ser un segundo Compiègne, y estamos plenamente convencidos de que, con la gracia de Dios, la habrían escrito y muy brillante.

El martirio de las tres Descalzas de que se da cuenta en este precioso libro, no es más que la confirmación terminante de este deseo de derramar la sangre por su Amado, que es la más solemne inipronta que podemos poner a nuestra fe cristiana.

Esto que, a primera vista, parece extraño, si bien se considera no lo es; antes parece lo más lógico que puede pensarse. La carmelita vive de amor y para el Amor. Su existencia, mirada con ojos de mundo, no tiene nada de halagüeño: retiro, oración, penitencia, sacrificio, son sus habituales deportes y entretenimientos. Y todo por Jesús y para Jesús. Nada tiene de insólito y peregrino que este amor sacrificado las incline, y hasta las empuje con fuerza incoercible, a terminar una vida semejante cosidas materialmente a la cruz como su Divino Redentor, para que así la copia se asemeje más al dechado.

Cuando se mira atrás en la vida y los ojos se po-

san tranquilos en praderías esmaltadas de lirios de inocencia o en espinas de penitencia cruda y amorosa, y se consulta a la conciencia y no se ven en ella más que hervores de amor divino, el deseo del martirio salta con fuerza, como la chispa del pedernal al ser herida por el eslabón. He aquí la síntesis de la vida de las tres azucenas de que se habla en estas páginas: María Pilar de S. Francisco de Borja, Teresa del Niño Jesús y de S. Juan de la Cruz y María Angeles de S. José, las tres del observantísimo convento de S. José de Guadalajara.

Las respectivas biografías están escritas por una hermana suya de hábito con cariño, sencillez, verdad, unción y no disimulado entusiasmo, como es de ver por algunos ingenuos raptos líricos que en ellas se leen. Su autora ha puesto grande diligencia en allegar noticias, depurarlas y dárnoslas luego en lenguaje puro y estilo sencillo, sin pretensiones ni arrequives literarios, que tal vez le hubieran valido una regañina de su Santa Madre.

Por eso, al menos yo, que me creo un enamorado de la sinceridad y me perezco por ella, las leo con regalado deleite y plena adhesión a lo que en ellas se afirma. ¡Ojalá pudiera decirse lo mismo de todos los escritos de este género y de otros a él más o menos afines! ¿Quién puede hablar mejor de las religiosas que las que continuamente conviven con ellas desde la mañana hasta la noche, sin que sea dado ocultar virtud ni imperfección que se practique, por mucho cuidado que en ello se ponga, cuando la verdad sobria es la que mueve la pluma de la escritora?

Nada hay en estas páginas dulzón y acaramelado; nada de sensiblería untuosa, ni de aterciopeladas suavidades de devoción. Son las virtudes sanas,

oreadas por la mortificación, de solidez berroqueña, que se practican aún en los hogares de la España vieja, y nada digamos en los humildes palomares de la Virgen de Avila. En su sencillez, y sin perder su feminidad, son páginas densas, fuertes, pletóricas de enseñanzas, de edificación cristiana y extraordinariamente emotivas. ¡Qué vida y qué muerte la de estas mártires! No creo haya corazón sano que se digne leerlas, que no admire y envidie a estas tres Descalzas, que, en vida relativamente corta, supieron llenar largos lustros de virtudes, coronadas por el martirio.

Termino manifestando mi gratitud y admiración sin límites a este nuestro Carmelo guadalajareño, que sabe educar almas de tal temple, clásicamente teresiano, y a la Descalza anónima que nos ha proporcionado en estas páginas ratos deliciosos de lectura edificante y de epopeya cristiana.

FR. SILVERIO DE S. TERESA, O. C. D.

Roma, festividad de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, 5 de abril de 1942.

†
J. M. J. T.

A LAS MÁRTIRES DEL CARMELO DE SAN JOSÉ DE
GUADALAJARA, H.^a MARÍA PILAR DE SAN FRAN-
CISCO DE BORJA, H.^a TERESA DEL NIÑO JESÚS Y
DE SAN JUAN DE LA CRUZ, Y H.^a MARÍA ÁNGE-
LES DE SAN JOSÉ, HIJAS DE LA MEJOR ESPAÑOLA
SANTA TERESA DE JESÚS.

De Teresa al arrullo se criaron,
Y a sus pechos su espíritu bebieron,
Al beberlo en amores se encendieron
«Del Esposo de sangre» que buscaron.

Y cuando, al fin, con El se desposaron
Y el canto de Teresa repitieron
«Padecer o morir» y lo cumplieron,
Padecer y morir» a más lograron.

Hoy Cristo, al recibirlas en su gloria,
De su Esposa Teresa se acompaña
Para honrar de sus hijas la memoria,

Que al vencer de Luzbel la fiera saña
Supieron conseguir con su victoria
Su propia salvación y la de España.

FR. ELADIO DE SANTA TERESA, O. C. D.

Vigo, 10 de Octubre de 1941.

L. D. V. M.

EL Padre Mariano me dijo a mi misma, que le había dado una suspensión y arrobamiento que del todo le enajenó, y que estando así, vió muchos frailes y monjas muertos, unos descabezados, otros cortados las piernas y brazos, como que los martirizaban, que esto se da a entender en esta visión.

Rogad a Dios, hermanas, que sea verdad, y que en nuestros tiempos merezcamos ver tan gran bien, y ser nosotras de ellas».

(Santa Teresa de Jesús, *Libro de las Fundaciones*, cap. xxviii).

SOBRE todo quisiera el martirio. ¡El martirio! Este ha sido el sueño de mi juventud; sueño que ha crecido conmigo en la celdita del Carmen».

«¡Te suplico, oh Jesús, que fijes tus divinos ojos en todas las almas pequeñas, y te escojas en este mundo una legión de víctimas pequeñas dignas de tu amor!»

(Santa Teresita, *Hist.*, cap. xi).



Una odisea gloriosa

MUY triste fué el espectáculo que contemplamos en España durante el dominio rojo. En esos días de dura prueba observamos con asombro el horrible combate trabado entre el error y la verdad; entre el sensualismo, con todas sus depravadas libertades, y la ley santa del Señor. Los «Sin Dios», conjurados contra el Criador del Universo, pretendieron, no sólo destronar a Cristo, sino borrar su santo nombre de la faz de la tierra, y un torrente impetuoso de crímenes arrastró en su corriente, como infernal huracán, todo lo que hay de más santo y de más legítimo.



Aún resuenan en nuestros oídos las palabras seductoras de los pregoneros de la libertad; de esa libertad que para ellos era sinónimo de resistencia a toda autoridad, de inmoralidad, ambición, odio e impiedad. Hemos llorado con el corazón traspasado de dolor al ver a la Iglesia Santa de Dios ultrajada, perseguida y anegada en la sangre de sus hijos; pero estos tristes días de persecución y de exterminio, fueron al mismo tiempo los más gloriosos de la Iglesia de España, porque en ellos nos ha podido presentar grandes modelos de innumerables mártires que tanto honraron la religión y la patria, los cuales, vertiendo heroicamente su sangre por tan santos ideales, murieron exclamando: *¡Viva Cristo Rey! ¡Arriba España!*

Días gloriosos fueron aquellos, pues, como dijo alguien, «los triunfos de la religión son la prueba más evidente de la asistencia de Dios a su Iglesia y el cumplimiento más exacto de la divina promesa: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*»¹.

¡Qué espectáculo más grandioso ha ofrecido al cielo y a la tierra esa pléyade de hombres y de mujeres, de jóvenes y hasta de niños que, guiados por la luz de la fe y esforzados por un amor más fuerte que la muerte, han corrido animosamente por el áspero camino de la persecución y subido con valor el ensangrentado Calvario de un martirio más o menos largo, hasta sucumbir en él cubiertos de gloria, «ostentando en sus cuerpos las señales de las heridas de lo que por amor al Señor habían padecido»².

Del número de esos invictos mártires, que generosamente vertieron su sangre por el triunfo de su reinado, fueron nuestras queridas hermanas María Pilar de San

1 Mat., XVI, 18.

2 Gal., VI, 17.

Francisco de Borja, Teresa del Niño Jesús y María Angeles de San José, bárbaramente asesinadas por las enfurecidas y sanguinarias hordas rojas el día 24 de julio de 1936, día en que la Iglesia celebra la fiesta de nuestras mártires, las Carmelitas de Compiègne.

Deseosas de volar al cielo a unirse al cortejo de las vírgenes que siguen al Cordero, y sabiendo «que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos»¹, suspiraban ardientemente por el martirio, al mismo tiempo que ofrecían fervorosamente sus vidas al Señor por el triunfo de su reinado y por la salvación de España. Dios aceptó su ofrecimiento y no tardó en proporcionarles la ocasión de lograr tan gran dicha.

Cuando en esa trágica tarde del 22 de julio la ciudad de Guadalajara cayó en poder de los rojos, nos vimos obligadas a abandonar cuanto antes la clausura, y siendo pocas las personas que se atrevieron a hospedar monjas, por el gran terror de que todos estaban poseídos, nos reunimos provisionalmente en una casa, trece de nuestra comunidad. Como éramos muchas religiosas juntas para una sola casa, la hermana Teresa se prestó a acompañar a las hermanas Pilar y Angeles a otra de una familia conocida, que vivía allí cerca en la calle de Francisco Cuesta, donde podrían estar bien instaladas, y ésta fué la ocasión en que los marxistas manifestaron su odio a la religión, como se dirá más adelante.

Aunque el furor comunista tronchó estas hermosas flores, ellas «triumfaron por virtud de Aquel que las amó»². El triunfo de los mártires es el triunfo de Jesu-

1 Juan, XV, 13.

2 Rom., VIII, 37.

cristo, el cual, para hacer resplandecer la eficacia de su gracia, como dice el Apóstol, «se sirve de sus más débiles criaturas, para confundir a los soberbios e impíos»¹.

Sólo Dios sabe el mérito y la gloria que están encerrados en el martirio que estas vírgenes sufrieron por su amor. Hoy son objeto de la admiración y respeto de todos los que las conocieron y a quienes invocan con confianza, fiados de su poderosa intercesión. De todas partes nos piden que demos a conocer sus vidas, para la mayor gloria de Dios y provecho de las almas. A fin de satisfacer tan santo y justo deseo, nos hemos determinado a publicar estos datos biográficos, para que todos puedan respirar el aroma celestial que exhalan estas tres azucenas del Carmelo Reformado, las cuales serán, así lo esperamos, «como el árbol que está plantado junto a las corrientes de las aguas, el cual dará oportunamente su fruto»².

De nuestro convento de San José de Guadalajara.

19 de marzo de 1942.

1 I Cor., 1, 27 y 28.

2 Sal, 1, 3.

Al lector

*T*res flores sus corolas a tu mirada ofrecen
Y esparcen de azucenas y rosas el olor,
Son símbolos que expresan la caridad más fina,
Heroica pureza,... perseverante amor.

* * *

Son flores virginales que en su retiro casto
El claustro del Carmelo un día abrirse vió,
Los ángeles hermosos «hermanas» las llamaban
Y con envidia santa miraban su esplendor.

* * *

El huracán triunfante su albor manchar no pudo,
Mas el sangriento río, que impía mano abrió,
A estas tres humildes del cielo florecillas
De hermoso colorido divino engalanó.

* * *

Y a Cristo Rey ofrecen preclaro testimonio
De fe y pureza y prenda magnífica de amor;
Perenne ramillete de flores que en los cielos
Las vírgenes y mártires veneran con honor.

C. F.

PARTE PRIMERA



H.^a Maria Pilar de San Francisco de Borja



*Madre, perdónales,
porque no saben
lo que hacen.*

DATOS BIOGRÁFICOS

DE LA

*H.^a María Pilar de San
Francisco de Borja*

(1877-1936)

CAPÍTULO I

**Nacimiento de Jacoba.—Hogar modelo.
—Una víctima de la caridad.—Infancia
de Jacoba.**



EN la ciudad de Tarazona, provincia de Zaragoza, vió la luz del día, el 30 de diciembre de 1877, a las once de la mañana, una niña que vino a alegrar el cristiano hogar de sus padres que se llamaron Gabino Martínez y Luisa

García, los cuales la recibieron como una prenda de amor y una nueva bendición del cielo.

Ese mismo día, a las cinco de la tarde, fué regenerada en las aguas del bautismo en la iglesia parroquial de San Andrés Apóstol de dicha ciudad. Como en este día la Iglesia celebra la Traslación de Santiago Apóstol, patrón de España, le impusieron el nombre de Jacoba Martínez García.

La precedieron por orden de nacimiento, diez hermanos: María Ramos, Matías, Julián, Bernabea, Agustín, Teodoro, José María, Victoriano, Severiana y José. Fué ella la última hija de aquel dichoso matrimonio.

Cuando Jacobita vino al mundo ya habían volado al cielo seis hermanitos en su más tierna edad, a unirse a la falange de los Santos Inocentes y su hermana Matías también había muerto a los veinte años incompletos. El Divino Jardinero, al contemplar aquella hermosa flor, la trasplantó a los jardines celestiales antes que el hálito del pecado hubiese ajado su bella corola. Su hermanito José murió cuando Jacoba era aún muy niña. Su bondadosa madre, con una fe semejante a la de los primitivos cristianos, solía decir: «De los once hijos que Dios me dió, ya tengo en el cielo ocho. Todos me los ha llevado el Señor ya muy criaditos; pero muy niños, y la que murió de veinte años era tal, que de su gloria estoy tan segura como de la de los pequeños».

De esta manera se conformaba aquella cris-

tiana madre, y del mismo modo su esposo, por más que su paternal corazón, al recordar a sus queridos hijos, que, buenos y sanos, en pocas horas de enfermedad se le habían muerto, se enternecía y lloraba, y este sentimiento lo tuvo hasta morir, aunque muy conforme con la divina voluntad. Jesús, que lloró enternecido sobre la tumba de Lázaro, no nos prohíbe que en trances tales derramemos también lágrimas de dolor, con tal que en El busquemos el consuelo.

La principal ocupación de aquellos virtuosos padres, de costumbres verdaderamente patriarcales, era la educación moral y religiosa de sus hijos, a los cuales miraban como un sagrado depósito del cielo, imprimiendo en sus tiernos corazones el santo temor de Dios y una sólida piedad.

¡Qué felices son los hijos cuando les tocan en patrimonio, más que las riquezas temporales y los títulos de nobleza, las virtudes cristianas y los buenos ejemplos de sus progenitores, los cuales son tanto más eficaces, cuanto más domésticos! Jacoba con verdad podía decir: «Hijos de santos somos»¹.

En aquel hogar, profundamente cristiano, mezclaban con el alimento de los niños el conocimiento de la religión. Por eso, ella, más tarde, al oír hablar de la instrucción religiosa, solía decir con su habitual sencillez: «Yo no me acuerdo de cuando me enseñaron a rezar, ni de quien me enseñó».

1 Tob., II, 18.

¡Si todos los jóvenes de ahora pudiesen decir lo mismo!

De los once hijos que Dios concedió a aquel santo matrimonio, sólo sobrevivieron tres: Julián, Severiana y nuestra biografiada, que fué la benjamina, y, como tal, era de todos muy querida. Habiendo sido la menor de sus hermanos, recibió de ellos muy buenos ejemplos, en particular de su hermano Julián, que tenía diecinueve años más que su hermanita, y fué para ella como un segundo padre.

Desde niño oyó la voz de Dios que le llamaba a su santo servicio, y correspondiendo generosamente al divino llamamiento, manifestó a sus padres el deseo que tenía de abrazar el estado eclesiástico. Ellos, no sólo no pusieron obstáculos a su vocación, sino que procuraron fomentarla, sintiéndose dichosos de que Nuestro Señor se dignase escogerlo para tan alto ministerio; mas como todavía era muy joven para ingresar en el seminario, tuvo que esperar a la edad requerida para poder hacerlo. Allí sobresalió por una formalidad superior a sus años y por una conducta siempre ejemplar, acompañada de una piedad profunda.

Su madre tenía una hermana carmelita descalza en el convento de Santa Teresa de Zaragoza, llamada María de San Juan de la Cruz, la cual murió en opinión de santa, víctima de la caridad.

Como es sabido, el año de 1885, España fué asolada por el terrible cólera, que, como ángel exterminador, ministro de la divina justicia, hizo

apurar hasta las heces el amargo cáliz que el Señor le enviaba, para prueba de unos y castigo de otros. Su acción era tan mortífera como certera, y de todas partes llegaban los gemidos de los que Dios hería con tan riguroso azote. La hermana María de San Juan de la Cruz, sabiendo que la mano de Dios es la que «nos azota y nos salva»¹, llena de caridad, se ofreció al Señor como víctima para aplacar su ira tan justamente irritada y para que cesase tan tremendo castigo. Dios aceptó su generoso ofrecimiento, y poco después sucumbía a la acción de tan terrible epidemia, siendo de todos notado que tan luego como ella murió, cesó aquel azote, y de este suceso se ocupó la misma prensa local.

Jacoba era muy pequeñita cuando recibió el Sacramento de la Confirmación, y en aquel solemne acto ocurrió un caso muy gracioso, que fué como un presagio del especial cariño que siempre profesó a su hermano D. Julián.

Entre los que asistían al Señor Obispo en tan grandiosa ceremonia estaba su hermano, que entonces tenía muy adelantada la carrera sacerdotal. La niña, al verlo entre tanta gente, le echó al cuello sus tiernos bracitos y, apretándole fuertemente, no quería desasirse de él. Al ser interrogado el seminarista acerca de la causa de aquella manifestación de cariño por parte de la niña que tanto llamó la atención, contestó con su

1 Tob., XIII.

natural agrado: «¡Es mi hermanita!». Jacobita fué, con este motivo, objeto de especiales caricias de parte de los circunstantes.

De su inteligencia y despejo dió pruebas en las clases y exámenes, pues siempre tenía buenas notas, y para los discursos que en tales ocasiones las niñas recitaban de memoria, ella era siempre la preferida por su claridad y gracia para declamar.

Desde muy chiquitita tuvo gran afición y destreza para las labores de manos y su madre solía decir: «Esta pequeña va a ser muy dispuesta para el gobierno de la casa y para las labores». Y así fué, en efecto, pues los trabajos domésticos los hacía con gran desembarazo y le cundía mucho la labor.

CAPÍTULO II

Se trasladan a Torrellas.—Una travesura.—Primera comunión.—Sus cualidades.—La gracia de la vocación.— Muerte de su padre.—Cuatro años de espera.—Una gran alegría.—El adiós al mundo.

CUANDO Jacoba apenas contaba nueve años, sus padres se trasladaron a Torrellas, provincia de Zaragoza, porque su hermano D. Julián había sido nombrado párroco de la iglesia de San Martín de dicha villa.

De sus infantiles travesuras sabemos algunos episodios que nos revelan claramente su inocencia; pero sólo referiremos el siguiente, contado por ella misma.

Un día en que se celebraba la fiesta de la octava del Corpus, se fué de paseo con sus amiguitas, y entrando en una finca ajena, cogieron fruta y la comieron. Al volver a casa se lo contó a su hermana Severiana, y ésta, sabiendo que creía todo cuanto se le decía, impulsada por su fraternal cariño, aprovechábase en todas las ocasiones de su candor para divertirse apurándola. Por este motivo le dijo: «¡Buena la has hecho!; ya verás como vá a venir el guarda y te llevan a la cárcel».

La pobre niña, sin importarle ya ir a la procesión, no quiso salir a la calle, creyendo que la cogería el guarda y se metió en la cama como si estuviera enferma.

Acostumbrado su padre a su extremada viveza, le sorprendió que ella se acostase en un día tan de fiesta, y como todos sus hijos se le morían casi repentinamente, estando buenos y sanos, se afligió con tan inesperado suceso. Muy preocupado le tomaba el pulso y le tocaba la frente para ver si tenía fiebre, preguntándole qué le dolía; pero ella que no quería decir nada de lo ocurrido, le contestaba, cada vez más apurada: «Déjeme V., padre, que no tengo nada». Esta respuesta aumentaba cada vez más su intranquilidad, diciendo: «Muy mal debe estar esta chica cuando se mete hoy en la cama».

Jacoba hizo su primera comunión en la iglesia parroquial de San Martín de Torrellas con los demás niños, el día de la Ascensión del año 1889, a los once de edad, como entonces se acostumbraba. Con su vestido blanco, símbolo de la pureza de su alma angelical y coronada de rosas, fué al encuentro de Jesús para recibirle por primera vez en su corazón. Su hermano, que con tanto interés la había preparado para tan solemne acto, tuvo el consuelo de darle también la comunión.

No sabemos las gracias que Jesús derramó en su alma en ese día feliz; pero lo que no podemos dudar es que estaría muy a gusto en aquel inocente corazóncito, tan bien dispuesto. A partir de

aquella fecha, su devoción fué en aumento, comulgando con mucha frecuencia y asistiendo diariamente al santo sacrificio de la misa y demás funciones de iglesia. Hacía también sus lecturas piadosas; pero continuó siendo muy presumida y amiga de ir muy bien puesta, aunque sin pretensiones mundanas y siempre muy asida a la vida familiar. Aunque vanidosilla, como dejamos anotado, y antojadiza de todo lo que llevaban las demás niñas, deseando que se lo comprasen, fué siempre un modelo de hija de familia, por entero sometida a la voluntad de su madre. Esta, por su parte, procuraba complacerla en todo lo razonable, sin perder de vista su buena educación.

Tenía Jacoba muchas amigas de su edad. Como estaba dotada de un carácter tan alegre, expansivo, sociable y cariñoso, se conquistaba la estima y aprecio de todos. Correspondía ella a este afecto, y en su corazón hallaban todos simpatía y cariño, fuesen ricos o pobres, jóvenes o ancianos. Era tan popular su nombre, que su buen padre le decía: «Yo no sé lo que tiene esta hija, que por todas partes la oigo nombrar». A lo que ella contestaba: «Claro, como no hay otra Jacoba en el pueblo, por poco que me nombren, llama la atención. Si me hubiesen puesto Maria u otro nombre más vulgar, no sabían cuando me llamaban a mí». Y él replicaba: «No, hija, no. Es que tú te metes en todas partes». Y así era, pues D. Julián solía decir: «No sé como se las arregla esta pequeña, pues cuando voy a visitar a los enfermos o a ad-

ministrarles los Sacramentos, de ordinario ya la encuentro a su cabecera». Ella, con gracia celebraba todo esto, y como lo hacía por cariño natural y era la hermanita del señor cura, en todas partes era bien recibida.

Estuvieron en Torrellas tres años, y se trasladaron después, definitivamente, a Corella (Navarra), al ser nombrado D. Julián cura párroco de Nuestra Señora del Rosario de aquella ciudad, donde prestó sus servicios sacerdotales con gran celo durante veintisiete años.

Había cumplido Jacoba quince años cuando su hermana Severina, deseosa de corresponder al divino llamamiento, la dejó para entrar en este nuestro convento el día 12 de junio de 1893, llamándose en religión María Araceli del Santísimo Sacramento. Muy lejos estaba entonces Jacoba de seguir el ejemplo de su hermana. Cuando le preguntaban si quería ser monja, con gran resolución contestaba al momento que no. Su buena madre le decía: «Hija, contesta: «lo que Dios quiera», y ella replicaba: «Madre, ¿cómo voy a decir lo que Dios quiera, si yo no quiero ser monja?» «¿Y si Dios quiere que lo seas?», le insistía su madre; a lo que Jacoba volvía a replicar: «Si yo no lo quiero ser, ¿cómo lo va a querer Dios? Vaya, madre, que yo no quiero ser monja».

De este modo dialogaban madre e hija muchas veces, pues aún no había sonado la hora marcada por Dios para hacerle oír su llamamiento.

El anhelo de aquella cristiana madre era ver

sus tres hijos consagrados a Dios, y como el verdadero amor excluye todo interés, no se ocupaba de sí misma, deseando que a lo menos su pequeña quedase en su compañía para sostén y báculo de su vejez, al contrario, su única preocupación era el bien espiritual de sus hijos y su santificación. Por este motivo no dejaba de pedir a Dios que concediese a Jacoba la gracia de la vocación religiosa, convencida de que ella no era para el mundo. Petición tan santa y desinteresada no podía dejar de ser oída, como vamos a ver.

El 13 de junio de 1894 hizo su profesión religiosa la hermana María Araceli y en el mismo día recibió el sagrado velo, predicando en la misa solemne su hermano D. Julián. Asistieron a esta festividad sus padres, satisfechísimos de ver a su hija religiosa carmelita, como su tía. Jacoba asistió también, sin sospechar que se acercaba ya la hora en que la gracia de la vocación penetraría en su alma. Durante la ceremonia de la prostración, la recién profesada pidió al Señor que se dignase conceder la misma gracia a su hermana, y parece que fué entonces cuando Jacoba empezó a hacer serias reflexiones y a oír la voz de Dios. El momento no podía ser ni más solemne, ni más oportuno.

Nuestro Señor la iba atrayendo suavemente a su divino servicio con las amorosas inspiraciones de la gracia, hasta que ella, dócil a su voz, comunicó a sus padres y hermano el deseo de consa-

grarse al Señor. Mas la que hasta entonces decía que «no quería ser monja», tuvo que esperar cuatro años para poder realizar su ideal, pues su familia deseaba que entrase en el mismo convento en que estaba su hermana, y la comunidad también lo quería, si bien era imposible llevar la idea a realización por no haber plaza vacante. ¿Qué hizo entonces Jacoba? Dedicarse con entusiasmo al estudio del armonio, pues pretendía entrar como ayudante de organista.

Quiso Nuestro Señor visitar, una vez más, aquel cristiano hogar con la enfermedad de su padre. Como ya queda dicho, él tuvo el consuelo de ver a sus dos hijos consagrados a Dios y a su querida «pequeña» preparándose para ser también carmelita. No llegó a presenciar su entrada, pues Nuestro Señor, queriendo premiar sus muchas virtudes, le llamó a su divina presencia el día 1.º de marzo de 1896.

Cuatro años hacía que Jacoba estaba esperando para poder ingresar en este convento, cuando el Señor quiso cumplir sus deseos, llevándose al cielo a la Madre María Paz de Santa Teresa, que era la religiosa más anciana de la Comunidad, tenida, además, por todas, como un perfecto modelo de observancia regular.

El anhelo que Jacoba tenía por la vida religiosa lo prueba claramente el siguiente suceso. Cuando recibió la noticia de la muerte de esta santa religiosa, radiante de alegría, decía: «Madre, ya se ha muerto la monja ancianita; ¡ya puedo

entrar en el convento!» Su buena madre le decía: «Hija, ten a lo menos un poco de pena por la muerte de la Madre Paz, que tanto te quería». Y ella le contestaba con su ingenuidad acostumbrada: «yo no puedo estar triste por su muerte, porque si ella u otra religiosa no se muriese, yo no podría entrar. Ahora arreglen todo para que vaya pronto».

CAPÍTULO III

Breve noticia sobre la fundación de nuestro convento. — Entrada de Jacoba en el claustro y toma de hábito.

ACERCA de lo que las Crónicas de la Orden refieren de la fundación de nuestro convento, nos limitaremos a decir lo siguiente:

Deseando D.^a Magdalena de Frías, persona principal y rica de la villa de Arenas de San Pedro, provincia de Avila, hacer en dicho pueblo una fundación de Carmelitas Descalzas, escribió a nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, ofreciéndole su hacienda; pero con la condición de que aquel su convento habia de estar sujeto al Ordinario de Avila. La Santa le contestó que con aquella condición no lo admitía, pues quería que sus conventos estuviesen sujetos a la Orden.

Después de muerta nuestra Santa Madre, y estando D.^a Magdalena ya cercana a su fin, volvió a tratar de esta fundación, ofreciendo en el testamento seiscientos ducados de renta y una casa suya; mas con la misma condición de que el convento estuviese sujeto al Obispo. Como no lo consiguieron de la Orden, resolvieron los alba-

ceas llevar religiosas del convento de la Imagen de Alcalá de Henares, fundado por la insigne María de Jesús, amiga íntima de nuestra Santa Madre, que también guardaba la Regla primitiva del Carmen y estaban sujetas al Ordinario.

Se fundó el convento el día 11 de junio de 1594 bajo la protección de San Juan Bautista y las religiosas señaladas para esta fundación fueron: la Madre Ana de la Madre de Dios para el cargo de priora, la Madre Isabel de la Concepción, superiora, y Ana de San José, todas tres insignes en la primitiva observancia. Pasados tres años, las religiosas quisieron dar la obediencia a la Orden; pero algunas se resistieron, en particular la hermana Ana de San José. Estando ella un día, después de comulgar, encomendando este asunto a Dios, sintió que nuestra Santa Madre la reprendía interiormente por aquella resistencia. Reducida ya la H.^a Ana, dijo que estaba pronta a dar la obediencia a la Orden, y obtenido el consentimiento del Obispo de Avila, las admitieron los superiores de la religión, quedando este convento unido a los demás de la Reforma.

Envió el Padre General, como primera prelada, el año 1598, a la Madre Jerónima del Espíritu Santo, profesa de Salamanca. Fué esta religiosa muy amada de nuestra Santa Madre por sus muchas virtudes y gran talento, escogiéndola para priora de Malagón. El año de 1590 fué a Génova como fundadora y volviendo a España a los tres años, fué designada para prelada de



FACHADA DE LA IGLESIA Y CONVENTO DE LAS CARMELITAS
DESCALZAS DE SAN JOSÉ DE GUADALAJARA

Madrid, de donde pasó a nuestro convento de Arenas, muriendo allí a los dos años. No tardaron en seguirla las tres fundadoras.

Mucho tuvieron que sufrir las religiosas en el convento de Arenas, por la pobreza de la tierra y por la mengua de la renta que dejó la fundadora, amén de estar muy mal atendidas en lo espiritual por la escasez de sacerdotes en aquella villa. Por estas graves razones, determinaron los prelados de la Orden traerlas a Guadalajara, asegurándoles amparo en lo espiritual en el colegio de religiosos que iban a fundar en esta ciudad, y en lo temporal, dada la piedad de sus habitantes.

Tomaron el patronato de esta fundación los Excmos. Señores Duques del Infantado.

Los restos de las cinco religiosas que habían muerto en Arenas fueron trasladados al convento de Talavera de la Reina, y para demostrar el Señor cuán agradables le habían sido, permitió que al abrirse la caja en Talavera, viese la venerable Madre Constanca de la Concepción, en vez de huesos, unas hermosísimas flores.

Estando ya todo dispuesto, salieron las monjas de Arenas, con notable contradicción de la villa, y llegadas a Guadalajara, tomaron posesión el 29 de abril de 1615 en una casa de los Señores Duques, hasta que se hizo el convento, quedando por titular San José, a petición de la Señora Duquesa.

Era entonces prelada la venerable Madre Agueda de San José, profesa del convento de San José de Toledo donde tuvo por maestra de novi-

cias a la venerable Madre María de Jesús. Fué la dicha Madre Agueda, hermana del M. R. Padre Fr. Elias de San Martín, segundo General de la Orden. De Toledo la llevaron el año de 1588 como una de las fundadoras de Huete, y volviendo más tarde a su convento, pasó en el de 1596 al de Loeches en calidad de priora, y de allí al de Arenas, donde lo fué algunos años seguidos, y vino con el mismo cargo a este de Guadalajara.

Puede considerarse esta Madre como la piedra principal de esta fundación. Murió el año de 1626 en este convento de San José de Guadalajara, a la edad de 59 años, y su cuerpo exhalaba una fragancia tal, que se sintió dentro y fuera de la clausura.

Fueron entrando desde sus principios novicias de familias nobles y de gran virtud y talento, entre ellas, la Madre Isabel de la Cruz, prima hermana de D.^a Catalina de Mendoza, Duquesa del Infantado y Pastrana, la cual entró el año de 1627, y la H.^a Leonor de Jesús María, hija de los Señores Duques de Pastrana e Infantado y nieta de la fundadora, la Excma. S.^a D.^a Ana de Mendoza, que ingresó el año de 1654.

Tanto estas religiosas como sus sucesoras emularon a las primeras en el fervor y primitiva observancia, la cual siempre han reconocido los prelados, y han sido tantas las religiosas que en este monasterio se señalaron por su gran virtud, que le llamaban *un relicario de la Provincia*.

En este palomarcito de la Virgen, perfumado



JACOBA EL DÍA EN QUE INGRESÓ EN EL CLAUSTRO

por las heroicas virtudes de tan santas y venerables religiosas que en él vivieron, entró Jacoba a los veinte años de edad, el día 12 de octubre de 1898, día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Santísima Virgen del Pilar, de la que ella, como buena aragonesa, era tan devota.

Como entonces no había postulantado, la ceremonia de la toma de hábito tuvo lugar el mismo día por la tarde. Entró en la clausura con un vestido de terciopelo de seda blanco, regalo de la Excma. S.^a D.^a Francisca de Borja Fiteri, que fué su madrina.

Le impuso el santo hábito y pronunció una sentida plática alusiva a esta hermosa ceremonia, su hermano D. Julián, asistiendo llena de alegría, su buenísima madre, que con tanto gusto la ofrecía al Señor, no obstante ser la última hija que le quedaba. Su cariñoso padre hacía ya más de dos años que había muerto, y desde el cielo se uniría a la dicha de su querida «pequeña».

Nuestra Jacoba, que en religión tomó el nombre de Jacoba María Pilar de San Francisco de Borja, se encontraba ya en posesión de la felicidad por la cual tanto había suspirado, revestida del santo hábito de la Santísima Virgen del Carmen y en su tan deseado nido. Sus bellos ojos negros, expresivos y risueños, reflejaban la alegría y satisfacción que le inundaban el alma. Venía al Carmelo vigorosa en sus fuerzas físicas y morales, deseosa de abrazar de lleno la austera observancia de nuestra sagrada Orden.

CAPÍTULO IV

La vida de la carmelita.—Profesión de la H.^a Pilar.—Una Madre dichosa.—A solas con El sólo.—Sus virtudes.

LA vida de la carmelita es ante todo contemplativa. Tiene, sin embargo, un lado social admirable, que Santa Teresa cuidó de dejar consignado en varios lugares de sus inmortales escritos, diciendo explícitamente, que emprendió el gran trabajo de la Reforma para procurar la salvación de las almas y orar por los defensores de la Iglesia; que las oraciones, los deseos, las penitencias, los ayunos de sus hijas deben ser ofrecidos por estos fines y que no cumplirán el designio para el cual las reunió Nuestro Señor Jesucristo en el Carmelo, si cesan de ofrecer sus oraciones y penitencias a este fin enteramente apostólico.

»Pero éste lado de la vida de la carmelita es desconocido de muchos en este siglo tan desprovisto de fe cristiana, porque los resultados de esta vida pertenecen especialmente al orden espiritual, y ellos la consideran como vida absolutamente estéril. ¡Ah! proclamar estéril el sacrificio voluntario; ver a un alma inmolar todos los bienes de

la vida por amor a Jesucristo y por sus hermanos y atreverse a decir: *¡Pérdida inútil!* ¿No es esto razonar como Judas Iscariote cuando María Magdalena derramó sobre los pies de Jesús un perfume precioso y los enjugó con sus cabellos? ¿No es, como él, profanar la más alta santidad del corazón y desconocer los más sublimes impulsos del alma humana?

»¡Oh, carmelita!, tú cumples la obra más grande, la más fecunda, la más divina que sea dado al hombre realizar en la tierra»¹.

«Precia más Nuestro Señor un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, afirma nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, que todos los servicios que le podemos hacer»².

Es pues necesario o no tener fe, o ignorar que el fin principal de la carmelita consiste en rogar e inmolarse por los sacerdotes y por la salvación de las almas, para que se considere su vida como inútil a la sociedad.

El Santo Padre Pio XI, de feliz memoria, decía: «Dios en el cielo y Nos en la tierra, no deseamos nada más ardorosamente que la oración y los sacrificios por los sacerdotes».

Refiriéndose Santa Teresita a la necesidad que tienen de oraciones los sacerdotes, a quienes Jesús llama sal de la tierra, afirma: «¡Qué hermosa es nuestra vocación! A nosotras, al Carmen, corresponde conservar la sal de la tierra. Ofrecemos

1 R. Padre Sernin.

2 *Fund.*, Cap. 1.

nuestros sacrificios y oraciones por los apóstoles del Señor; nosotras mismas debemos ser sus apóstoles, mientras evangelizan ellos con sus palabras y ejemplos las almas de nuestros hermanos. ¡Hermosa misión la nuestra!»¹

«El apostolado de la oración, escribe la misma Santa, ¿no es, por decirlo así, más elevado que el de la palabra? A nosotras nos toca formar obreros evangélicos que salvarán millares de almas de las cuales seremos madres. ¿Qué tenemos, pues, que envidiar a los sacerdotes del Señor?»²

Si Santa Teresita, «la gran misionera de los tiempos modernos», conquistó tantas almas para Dios, fué por medio de la continua inmolación de sí misma unida al amor.

Esta vida de oración y sacrificio se determinó a abrazar la hermana Pilar al entrar en el Arca Santa, y su anhelo constante fué cumplir con el fin que se propuso nuestra Santa Madre al emprender la sagrada Reforma.

Habiendo terminado laudablemente el año de su noviciado, profesó con el fervor que se puede inferir, el día 15 de octubre del año 1899, fiesta de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, de la cual se mostró siempre muy amante hija. Grande fué su alegría y reconocimiento al ver realizados sus ardientes deseos de consagrarse por completo al Señor por medio de los votos solemnes.

1 *Hist.*, Cap. VI.

2 Carta II a Celina.

A la ceremonia de su toma de velo asistieron su madre y hermano, el cual tuvo la satisfacción de predicar en la misa cantada. Recordó a la recién profesa que se había desposado con un gran Señor que lleva escrito: «Rey de los reyes, y Señor de los señores»¹. Exhortóla a que no se contentase con hacer lo justo en su divino servicio, sino que procurase hacer siempre algo más, y después, con gran generosidad, le dijo que a él, más que a nadie, le haría falta su compañía; mas puesto que Dios la había llamado, era muy gustoso en que siguiese su divino llamamiento. Le impuso también el sacro velo y la corona.

La alegría de su cristiana madre no tenía límites, pues comprendía la gran dignidad a que Nuestro Señor elevaba a su hija, escogiéndola para su esposa, y no se cansaba de dar gracias a Dios y a la Santísima Virgen, a la cual, desde niños, había ofrecido a todos sus hijos. Esta su dicha la manifestó siempre, y recordamos que en una ocasión que vino a visitar a sus hijas, exclamó en el locutorio: «Hijas mías, el Señor me ha hecho demasiado feliz. ¿No os parece que esto es demasiado? Esta mañana, al recibir a Jesús de las manos de vuestro hermano, pensaba: Mi hijo único, que es un santo, dándome la sagrada comunión, y mis dos queridas hijas, ahí dentro del convento comulgando también de su mano». En estos pensamientos de gozo y de agradecimiento

1 Apoc., XIX, 16



INTERIOR DE LA IGLESIA

se quedaba sumida la buena y piadosísima madre, no juzgándose digna de tanta felicidad.

Como ya hemos dicho, Nuestro Señor dotó a la hermana Pilar de un carácter muy alegre y expansivo. En las recreaciones nos entretenía y alegraba mucho con sus narraciones, en las cuales tanto resplandecía su carácter sencillo que conservó hasta la muerte. De tal forma relataba los sucesos de su infancia y sus travesuras, que nos hacía pasar unos ratos muy divertidos, y todas la escuchábamos con gran atención.

Era al mismo tiempo muy recogida y amante de la celda, en la cual hallaba sus delicias en la presencia de Dios, entretenida con sus libros de piedad y con sus labores de manos, con las que, según ella nos decía, se encontraba muy bien su espíritu.

A solas con El sólo iba adquiriendo las virtudes propias de una esposa de Jesús. De ella podíamos haber afirmado:

«En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido»¹.

Tenía la hermana Pilar, como ya queda referido, una gran disposición para las labores de manos, principalmente para puntillas de malla, las que bordaba tan primorosamente que eran la

1 San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, Canc. XXXV.

admiración de cuantos las veían en la iglesia, quedando después de terminadas, como si no las hubiera tocado.

Era de una laboriosidad asombrosa y fué muy útil a la comunidad, dejándonos valiosos recuerdos en la sacristía. Entre otras muchas labores, hizo dos ternos de albas, con puntillas muy anchas de malla y dos juegos de sabanillas (de seis sabanillas cada juego), con puntillas muy anchas, también de malla, de gran mérito. Hizo además muchos encajes de bolillos para roquetes y sabanillas.

Causábanos admiración como en el oficio de sacristana y tornera podía hacer labores de tanto trabajo y relativamente en tan poco tiempo. Era muy activa y despachada y por eso, tanto en estos oficios como en otros que le encargó la obediencia, siempre le quedaba mucho tiempo para gozar de su tan querida celda. Luego que terminaba sus obligaciones, se retiraba en seguida; pero, como dice el autor de la *Imitación*, «en esta vida no hay perfección sin que lleve aneja alguna imperfección»¹. Por eso, el mismo afán de retirarse luego a la celda fué causa, algunas veces, de pequeñas mortificaciones y humillaciones.

Sentía natural aversión a los oficios de honor, y siendo una religiosa que valía, estaba convenida de lo contrario, dándolo a conocer en repetidas ocasiones. También practicaba la humildad no disculpándose aunque estuviese sin culpa.

1 Lib. I, Cap. III, 4.

Desempeñó muy a gusto de las preladadas, todos los oficios que le fueron confiados. Fué muchas veces sacristana, y trataba todo lo tocante al culto divino con aquel espíritu de fe y amor que nuestra Santa Madre nos dejó en herencia. Gozaba lo indecible, llena de fervor, trabajando para «El Vivo», como ella llamaba al Santísimo Sacramento. En los últimos años fué también clavaria.

Pocos son los datos que tenemos de su vida interior que nos den a conocer la acción divina en su alma. Su vida sencilla se deslizó oculta a los ojos de las criaturas y sólo bajo la mirada de Dios. Aunque era muy expansiva, en tratándose de su interior, poco o casi nada nos decía, acostumbrando repetir: «Mi secreto para mí»¹. No obstante, por lo que hablaba en las conferencias espirituales, que tenemos todas las semanas, daba bien a conocer que su oración consistía en una atención amorosa a Dios.

Cuando en estas conferencias era interrogada, respondía con sencillez lo que le parecía sobre la virtud de que se trataba, terminando siempre con palabras de confusión y humildad, deseosa de oír el parecer de las demás religiosas. Tampoco nos dejó nada escrito que nos pudiera dar a conocer lo que Dios iba obrando en su alma. Únicamente hemos encontrado tres papeles escritos de su mano con los propósitos de los santos ejerci-

1 Is., XXIV, 16.

cios; uno del año 1912, otro del 1930 y el tercero del 1933. El primero dice así:

«*Propósitos de los santos ejercicios de 1912.*

»1.º Amor ferviente al Santísimo Sacramento.

»2.º Procurar hacer bien la oración y todas las cosas con ese espíritu, pidiendo por la Iglesia nuestra Madre, Santo Padre, prelados, misioneros, institutos religiosos, por los pobrecitos pecadores y por todas mis obligaciones particulares.

»3.º Guardar con perfección la santa obediencia, una obediencia ciega.

»Todo esto, Señor, contando con vuestra ayuda y con el auxilio de vuestra Madre, y mía también, la Santísima Virgen del Carmen.

20 de noviembre de 1912».

Los propósitos del año 1930 fueron los siguientes:

»1.º Ser hormiguita de Jesús, procurando desde la mañana hasta la noche llevar mis granitos al sagrario, para que Jesús se consuele, y de esa manera, con mis pequeños vencimientos, mostrar que le amo y quiero amar cada día más.

»2.º Unión con Jesús, y así hacer todas las cosas por su amor, espiritualizándolo todo y sobrenaturalizándolo por amor de Dios; así que en Dios y por Dios sean hechas todas las cosas.

»3.º Caridad en pensamientos, palabras y obras.

»4.º Santo silencio.

»5.º Humildad y santo abandono en la divina voluntad.

»Estos son, Jesús mío, mis santos propósitos que, contando con vuestra gracia, prometo guardar, mediante la intercesión de Nuestra Santísima Madre, Nuestro Padre San José, Santos Padres y Santa Teresita».

El papel que contiene los propósitos de los ejercicios espirituales del año de 1933, predicados por el R. Padre Martín de la Virgen del Carmen, empieza con las siguientes reflexiones:

«¿Por qué soy carmelita? Por la bondad y misericordia de Nuestro Señor.

»¿Para qué soy carmelita? Para ser un alma toda de Dios y ser una gran santa.

»¿Qué me exige Jesús y qué espera de mí como carmelita? Que guarde mi santa profesión y que nada omita en el fiel cumplimiento de mis santos votos, procurando para esto ser alma de oración, como, por ser carmelita, estoy santamente obligada.

»*Propósitos de los santos ejercicios del año del Señor de 1933.*

»1.º Confianza sin límites en la misericordia de Dios, esperándolo todo de Jesús por María que, como Madre y Madre de misericordia, velará por mí.

»2.º Abandono para lo que Dios quiera de mí, y para eso, Jesús mío, amaros con locura y aspirar a la unión íntima con Vos. Que nada ni nadie ocupe mi corazón sino sólo Vos, Esposo mío.

»Éstos son mis propósitos, Jesús mío, que mediante vuestra gracia espero cumplir».

Los domingos y días festivos la hermana Pilar pasaba largos ratos en el coro en la presencia de Jesús Sacramentado, en la cual, decía, se le quitaban todas las penas. Afirmaba que muchas veces, unos minutos pasados ante el sagrario le causaban más paz en su alma, que todas las conversaciones espirituales que pudiera tener con las criaturas, verificándose en nuestra hermana lo que el autor de la *Imitación* pone en labios del Divino Maestro: «Cuanto más te desviases del consuelo de las criaturas, tanto más suaves y poderosos serán los consuelos que hallarás en Mí»¹. Por eso, en esos momentos de íntima unión con Jesús Sacramentado, repetiría ciertamente en medio de sus penas y pruebas interiores: «Busquen otros lo que quieran en lugar de Vos; que a mí nada puede agradarme, ni me agrada jamás, sino Vos solo, Dios mío, esperanza mía y salud eterna»².

Sentía especial atractivo por el santo tiempo de Adviento, preparando con gran solicitud el místico ajuar para el Niño Dios por medio de determinados actos de virtud, y solía decir que desde el nacimiento del Divino Infante hasta la Purificación, no salía del portalillo de Belén, acompañando a la Sagrada Familia y ofreciéndose por criada de la Santísima Virgen, y con este espíritu hacía todas las cosas.

1 Lib. III, cap. XII, 5.

2 Ibid., lib. III, cap. XXI, 5.

La hermana Pilar tenía una fe muy viva y decía con frecuencia: «Yo creo a ciegas sin discurrir nada».

Era muy amante de nuestra sagrada Orden y apreciaba mucho su vocación de carmelita, esmerándose en conservar las costumbres primitivas. Muchas veces afirmaba que si cien veces naciera, otras tantas sería carmelita descalza y siempre en el convento de San José de Guadalajara.

Se distinguió en la puntualidad a los actos de comunidad y en la pronta obediencia a las preladas, a las cuales tenía gran respeto, mirando a Dios en ellas, como lo recomienda nuestro Santo Padre. Del mismo modo se portó con su hermana, la Madre Araceli, cuando era prelada, a la cual amaba y veneraba profundamente.

CAPÍTULO V

En el crisol.—Al pie del sagrario.—Suspirando por el cielo.—Dos pruebas más.—Su abnegación.—Un acto heroico.

LA vida del hombre sobre la tierra es una lucha¹, y las almas que aspiran a la íntima unión con Dios, no llegarán a ese dichoso estado sin que el Señor las purifique primero, de un modo particular, por medio de tentaciones, luchas y muchos otros sufrimientos. Así como el oro se purifica en el crisol, así Dios hace pasar a las almas por penosas pruebas, a fin de hermostrarlas cada vez más. Por eso el Real Profeta dijo, que «son muchas las tribulaciones de los justos»²; y el Espíritu Santo nos avisa diciendo: «Hijo, entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia, y prepara tu alma para la tentación»³.

Deseando Nuestro Señor acrisolar las virtudes de la hermana Pilar, la hizo pasar por un largo e intenso martirio del alma, antes de concederle el del cuerpo.

1 Job., VII, 1.

2 Sal. XXXIII, 20.

3 Eccl., II, 1.

Para que podamos apreciar la pureza de su alma, referiremos un caso que ella misma nos relataba. En cierta ocasión, siendo aún muy niña, estaba jugando con sus amiguitas y se les ocurrió pensar cómo volaría un pájaro sin plumas. Y dicho y hecho, pelaron vivo a un pajarillo que tenían en sus manos. Este acto, practicado con infantil inocencia, torturó su corazón mientras vivió, dándole tanto escrúpulo, que, según decía, en todas las confesiones generales tenía que salir el pájaro.

Con esta delicadeza de conciencia podemos apreciar cuanto sufriría nuestra hermana toda la vida religiosa en medio de las pruebas interiores que Nuestro Señor le enviaba; aunque siempre resignada a la divina voluntad.

El temor de ofender a Dios le hacía repetir con el Apóstol: «¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?»¹

El deseo de morir fué en ella constante, a fin de verse libre del peligro de ofender a Dios. «¡Oh miserable suerte la de nuestra vida, exclama nuestro Padre San Juan de la Cruz, donde con tanto peligro se vive!»²

Cuántas veces suspiraba la hermana Pilar con nuestra Seráfica Madre Santa Teresa, a cuya escuela pertenecía:

«¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
Esta cárcel, estos hierros

1 Rom., VII, 24.

2 *Noche Oscura*, lib. II, cap. XVI.

En que el alma está metida!
 Sólo esperar la salida
 Me causa dolor tan fiero,
*Que muero porque no muero»*¹.

Cómo debían agradar a Dios los gemidos de esta mística paloma temerosa de ofenderle. Sus luchas y pruebas interiores las pasaba a solas con Dios sólo, sin consuelo de criaturas y

Sin otra luz y guía
 Sinó la que en el corazón ardía»²;

pero esa luz de la fe, que había heredado de sus cristianos padres, iluminaba las tinieblas de su alma, como el relámpago los espacios en una tenebrosa noche de tormenta, y junto al sagrario iba a buscar la fuerza y el consuelo.

Así como el Profeta Rey exclamaba: «¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?»³; así la hermana Pilar suspiraba por el cielo, cantando con gran entusiasmo y fervor:

¿Cuándo será que yo vuele
 De mi Dios enamorada
 A la celestial morada
 Donde mi alma me impele?»

Dos grandes sufrimientos vinieron también a herir su tierno corazón. Queriendo el Señor perfeccionar la obra de desprendimiento, la privó de los dos seres más queridos. Su virtuosa madre

1 Poesía I.

2 *Noche Oscura*, lib. II, cap. XXV.

3 Sal. LIV, 7.

falleció el día 7 de octubre del año 1914, y, cinco años más tarde, su hermano D. Julián entregaba su alma al Creador el 26 de septiembre de 1919.

Muchos ejemplos de abnegación nos legó la hermana Pilar durante los cuatro trienios que su hermana, la Madre Araceli, fué priora. A semejanza de Santa Teresita, era ella una de las religiosas que menos frecuentaba su celda. Mucho debió sacrificarse en este punto, pues la amaba con el profundo cariño que siempre dedicó a su familia, de la cual era la única sobreviviente.

Uno de los últimos actos de su vida fué, sin duda, este de abnegación heroica, el que le proporcionó la palma del martirio, ya que, en las circunstancias tan aflictivas en que nos hallábamos en aquellos aciagos días de persecución, bajo la opresión de la hoz y del martillo, nuestro principal deseo era estar todas reunidas, y al tener que separarnos, como ya se dijo, la hermana Pilar se ofreció espontáneamente para ir con la hermana Angeles a hospedarse en otra casa, teniendo para esto que separarse de su hermana, la Madre Araceli, que allí estaba también, y que a la sazón era priora.

Dios le premió tan gran sacrificio, recibéndola en su celestial morada, donde la esperaban seguramente sus virtuosos padres, que tan generosamente la habían ofrecido al Señor.

CAPÍTULO VI

**Se ofrece como víctima.—Blanco del odio comunista.—
El último himno y su dichosa muerte.**

NUNCA notamos en la hermana Pilar anhelo por el martirio, pero cuando de él se hablaba, mostrábase dispuesta a sufrirlo, si tal era la voluntad de Dios. En los últimos tiempos, en que circulaban rumores nada tranquilizadores, decía algunas veces en la recreación, con esa sencillez que le era tan propia: «Si nos llevan al martirio, iremos cantando como nuestros mártires de Compiègne. Cantaremos el *Corazón Santo, Tú reinarás*. Lo único que yo anhelo es morir con el santo hábito y no caer en manos de esos hombres». Nuestro Señor colmó sus deseos, ya que, debajo del vestido de seglar, llevaba el santo escapulario de religiosa y con él murió y fué enterrada; pero lo que nuestra hermana no sospechaba era que recibiría la palma del martirio en el mismo día en que la Iglesia celebra la fiesta de dichas mártires, de las cuales era tan amante, y que en lugar de dar su vida entre cánticos, la

daría lentamente, sumida en la mayor angustia, como su Divino Esposo en la cruz.

El día 22 de julio, durante el bombardeo de la ciudad, dijo a la prelada: «Ya dije a Nuestro Señor que, si quiere alguna víctima, me lleve a mí y deje a Vuestras Reverencias».

Al ofrecer a Dios su vida y su cuerpo, según el consejo del Apóstol «como una hostia viva, santa y agradable a sus ojos»¹, practicó seguramente en alto grado las tres virtudes teológicas. Hizo ese ofrecimiento, no impulsada por un atractivo sensible, sino en pura fe, como Jesús en Getsemaní. Esperó, además, confiadamente, que Dios le daría fuerzas para sufrir todo lo que El permitiese; y, finalmente, practicó la caridad, ofreciéndose para que, en caso de que Nuestro Señor buscase una víctima en esta comunidad, la escogiese a ella y dejase a las demás religiosas.

Dios aceptó su generoso ofrecimiento haciéndole beber hasta las heces el amargo cáliz de un horrible sufrimiento y coronándola con la doble corona del martirio del alma y del cuerpo.

El día 24 de julio, después del gran sacrificio de abandonar su amado convento, la hermana Pilar escogió también generosamente el de la separación, según se ha dicho.

Como vírgenes fuertes y prudentes salieron, pues, nuestras hermanas, con las lámparas de su vivísima fe encendidas, con el corazón abrasado

1 Rom., XII, 1.

en caridad y su confianza puesta en «Aquel que venció al mundo»¹, marchando en medio de la noche de una infernal persecución, pero sin sospechar que iban al encuentro de su Celestial Esposo, para recibir la recompensa prometida «al que venciere»².

Serían las cuatro de la tarde cuando se marcharon, y como hallasen cerrada la casa a donde iban, se volvieron, subiendo por la calle de Francisco Cuesta. En la de Miguel de Fluiters estaba un grupo de milicianos y milicianas vestidos de mono. Una de ellas que, según dijeron, tenía unos dieciocho años, al verlas, dijo: «¡Disparadles que son monjas!» Al instante todos se dirigieron hacia aquellas inocentes palomas como fieras sedientas de sangre. Las pobrecitas, atemorizadas, retrocedieron, intentando bajar otra vez por la calle de Francisco Cuesta, pero aquellos facinerosos las apuntaron con los fusiles y dispararon.

La hermana Angeles cayó en la acera, cerca de la puerta N.º 5 de la mencionada calle de Francisco Cuesta, y la hermana Pilar, dando unos pasos, cayó también junto a la acera de enfrente. Como vieron que daba señales de vida y exclamaba: «¡Dios mío, Dios mío!», volvieron a descargar sobre ella, quedando acribillada por las balas. No contentos con esto, aquellos inhumanos, aun le dieron un terrible golpe con arma blanca.

1 Juan, XVI, 33.

2 Apoc., III, 21.



CALLE DE FRANCISCO CUESTA

La cruz marca el sitio donde cayó fusilada la H.^a Angeles. A la derecha está la puerta n.º 5. La H.^a Pila cayó un poco más arriba, casi enfrente de la puerta n.º 3.

Su cuerpo quedó en un lastimoso estado, y empezó a gritar con los excesivos dolores. ¡El cuadro era imponente! Se juntó la gente, como suele suceder en tales circunstancias, a presenciar el sangriento espectáculo, y un guardia de Asalto, que se hallaba presente, increpó a los asesinos por tan horripilante acto de salvajismo. Condujeron a la hermana Pilar a una farmacia, situada casi en frente, precisamente cuando el dueño, temiendo la excitación popular, iba a bajar las puertas del establecimiento. Se encontraba allí un médico el cual, al ver su estado, dijo que allí no le podía hacer nada, que la llevasen a la Cruz Roja.

Al pasar un auto, los guardias de Asalto lo hicieron parar, con el fin de que la transportasen, pero un hombre que iba en él, sacando un puñal por la ventanilla del coche, les dijo: «¡Traédmela acá, que yo aquí la remataré!» Entonces uno de los circunstantes, indignado, exclamó: «¡Qué bestias!» El auto siguió su camino y poco después, pasó otro, que la recogió, el cual, custodiado por guardias de Asalto, la condujo a la Cruz Roja, instalada entonces en la Plaza de Marlasca. En dicha plaza se hallaban aglomeradas todas las milicias ferroviarias y milicianos venidos de Madrid para la toma de Guadalajara, verificada dos días antes por el ejército rojo. Los ánimos estaban lo más acalorados que se puede imaginar, y nuestra hermana fué el blanco del odio de aquellas turbas enfurecidas, pues a la vista del auto que

conducía a una monja, aquel populacho desenfrenado empezó a gritar: «¡Rematadla! ¡rematadla!» Así asoció Nuestro Señor su víctima a su dolorosa pasión, haciéndola participante de su «¡Tolle, tolle, crucifige!»

Al llegar a la Cruz Roja los guardias de Asalto intentaron sacarla, pero muchos milicianos y milicianas, rodeando por completo el auto, no los dejaban, queriendo rematarla allí mismo, hasta que imponiéndose los de Asalto consiguieron llevarla al dispensario.

La echaron en la mesa de operaciones para registrarla, y los médicos y demás personas que la rodeaban estaban horrorizados al ver el estado en que se encontraba. Un balazo le había roto la columna vertebral, y una perdigonada le atravesó el vientre. Las piernas se le caían para todos los lados, y una rodilla y un hombro estaban destrozados por las balas. Dicen que también tenía en la espalda señales de una perdigonada, y se la veía en una cadera, la herida que le hicieron con arma blanca, quedándole un riñón al descubierto. Estaba ya en estado agónico, con los ojos en blanco y como desatinada por la horrible angustia que sentía, exclamaba: «¡Agua, agua, que me ahogo! Pero ¿qué les he hecho yo para que así me traten? ¡Dios mío, perdónales, que no saben lo que hacen!» Y estas frases las repetía constantemente.

A ejemplo de su Divino Esposo, a los gritos de odio de sus enemigos, salían de sus labios

palabras llenas de perdón y de amor, cumpliendo el divino precepto: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen»¹.

Era una escena desgarradora, y no sólo las personas que le asistían caritativamente, sino también otras que se señalaron después por sus ideas comunistas, estaban conmovidísimas.

Lágrimas de compasión se asomaron a los ojos de algunos circunstantes, mas el terror era tal, que ni siquiera se atrevían a darles libre curso por temor de que fuesen juzgadas como un acto de protesta que les podía costar la vida. Temor muy justificado, pues a unos pasos, en la plaza, la agitación y tumulto que reinaba era capaz de amedrentar el ánimo más valeroso.

Pero en aquellos trágicos momentos, lo que más hacía sufrir a nuestra querida hermana, era el darse cuenta de que estaba entre hombres; esto sólo lo podemos comprender bien las que hemos conocido su manera de ser en este punto.

La Srta. María Carrasco, odontóloga de profesión, que había ofrecido sus servicios a la Cruz Roja, se hallaba presente, y con gran caridad y cariño sostenía la cabeza de la pobre víctima en sus brazos, metiéndole unos pedacitos de hielo en la boca para mitigar su ardiente sed. Al darse cuenta la hermana Pilar, por su voz, que era una señora que estaba a su lado, a pesar de estar ya en agonía, haciendo un angustioso esfuerzo, alzó

1 Mat., V, 44.

la cabeza y le dijo en tono suplicante y aflitivo: «¡No me deje V., señora!» Al ver su aflicción, uno de los médicos que estaba presente—el jefe provincial de Sanidad, D. Luis Suárez de Puga, persona de muy buenas cualidades—impresionadísimo, le dijo para tranquilizarla: «No se apure V. que nosotros la estamos curando»

Como su estado era desesperado, pues ya se estaba muriendo, no pudieron hacerle ninguna operación. Limitáronse apenas a vendarla con un enorme rollo de gasa y algodón para que no fuera chorreando sangre por la calle, y la metieron en una camilla a toda prisa, para que la llevasen al hospital y no muriese allí. Desde entonces no volvió más a hablar y aún tuvo que permanecer allí algún tiempo, esperando a que los amotinados se retirasen para que los camilleros la condujesen al hospital.

Una religiosa de las Hijas de la Caridad que estaba en dicho hospital y le asistió en sus últimos momentos, nos contó que cuando llegó allí la hermana Pilar, uno de los médicos le dijo muy bajito: «Es una monja». La llevaron a una sala retirada y la registraron para ver el estado en que se hallaba. Vieron que estaba empapada completamente en sangre con muchas heridas en la espalda, en las piernas y otras partes, causadas por los rojos. La echaron en una cama, y dicha religiosa le decía algunas jaculatorias en voz baja para no ser oída, y le dió a besar un crucifijo. Entonces la hermana Pilar la miró y lo besó.

Si en aquellos momentos pudiéramos haber levantado el velo de lo sobrenatural, seguramente hubiéramos contemplado a nuestra Santa Madre Teresa de Jesús que, amorosamente inclinada sobre ella, la alentaría con estas consoladoras palabras: «Alégrate, hija mía, de ser participante de la pasión de Cristo, para que cuando se descubra su gloria, te goces con El llena de júbilo»¹.

Al besar la H.^a Pilar el crucifijo, sumida en un mar de horribles sufrimientos, entonó una vez más, como su Divino Esposo en la cruz, en voz muy apagada, el último himno de su vida que fué un himno sublime de amor y de perdón: «Dios mío, perdónales que no saben lo que hacen!», y en este acto de amor su alma voló a las eternas moradas.

¡Oh odio infernal de los ministros de Satanás! No te glories de haber quitado la vida a esa inocente paloma, porque

«*Matando, muerte en vida la has trocado*»²,

y ella repetirá con el Apóstol: «Mi vida es Cristo y la muerte mi ganancia»³.

Seguramente que en el cielo nuestra Santa Madre habrá salido al encuentro de esta mártir afortunada de Cristo, acompañándola hasta el trono del Cordero que la esperaba para darle

1 I Pedro, IV, 13.

2 San Juan de la Cruz, *Llama de Amor Viva*, canción II, verso 6.

3 Filip., I, 21.

la palma del martirio y «coronarla de gloria y de honor»¹.

Grande es la falta que nos hacía esta nuestra querida hermana, tan llena aún de vida y de tanta utilidad para la comunidad; pero no la hemos perdido; la tenemos presente ahora más que nunca, y parece que nos dice llena de júbilo:

«¡Madres y hermanas mías! en la gloria
 Gozando estoy de Dios, y enajenada
 Mi alma sigue el cándido cortejo
 De vírgenes sagradas
 Que siguen al Cordero
 En la celeste patria.
 Oid el nuevo cántico que os quiere
 Cantar hoy vuestra hermana:
 "Como Inés y Cecilia he conquistado
 De mi martirio al expirar la palma;
 Y al eco de sus liras desde entonces
 A mi Dios, Trino y Uno, gloria canta
 Mi alma eternamente
 Sin sentirse cantando fatigada.
 Cuando antes viviendo a vuestro lado
 Al silencio entregada
 Anhelaba el martirio
 Y padecer por Cristo suspiraba,
 Mi Jesús, en su amor, oyó el ardiente
 Deseo de mi alma.
 ¡Oh, sí, mi sangre toda
 Vertí cuando llegaba
 De morir el momento, y como Cristo
 Un día del Calvario en la montaña,
 En suspiro amoroso
 Pude exhalar mi última plegaria:
 "Perdona, ¡Padre mío!,
 Perdona su ignorancia,
 Mirad que no os conocen
 Los que me abren las puertas de la Patria".

1 Sal. VIII, 6.

¡Madres y hermanas mías!
Tres ángeles tenéis que allá os aguardan
Y a Dios presentan cada día el himno
De vuestras alabanzas,
Esperando que un día logréis todas
Por Jesucristo Rey dar vuestras almas,
Y en vuestra muerte sea
La Augusta Trinidad glorificada»¹.

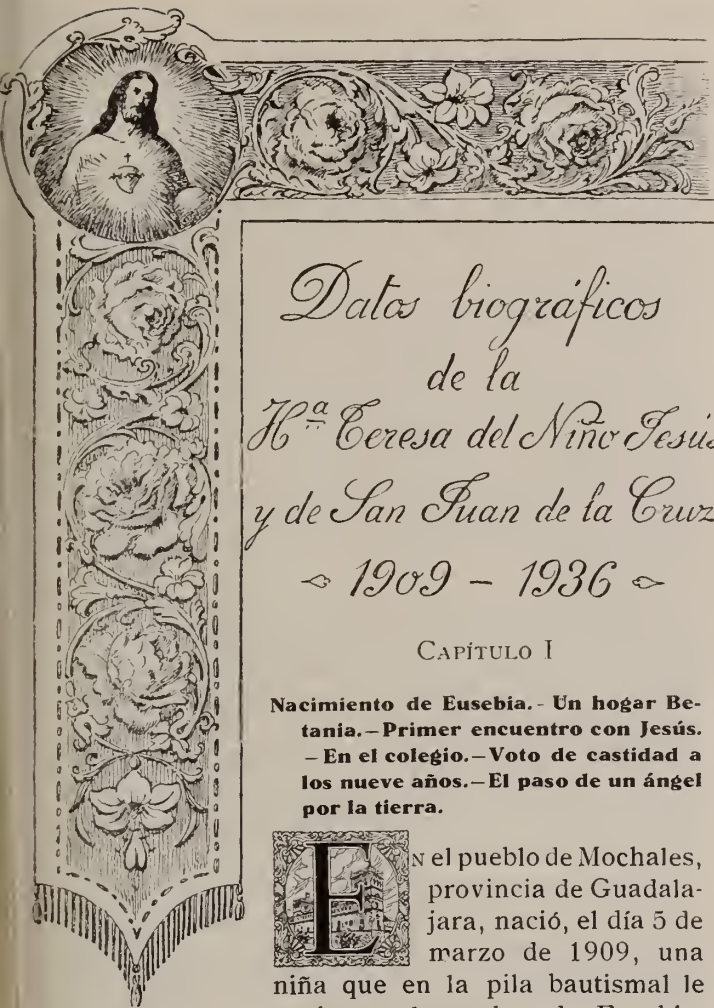
¹ Poesía de una recreación piadosa dedicada a nuestras mártires por las Carmelitas de Marsella y traducida por el R. Padre Eladio de Santa Teresa, C. D.

En aquel observantísimo convento estuvieron siete meses, durante la guerra, cinco religiosas de nuestra comunidad, entre ellas la R. Madre Araceli del Santísimo Sacramento, hermana carnal de la H.^a Pilar, después que consiguieron salir del infierno rojo de Barcelona, reclamadas por las Carmelitas de Lisieux.

PARTE SEGUNDA



H.^a Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz



Datos biográficos
de la
H^a Ceresa del Niño Jesús
y de San Juan de la Cruz
◊ 1909 - 1936 ◊

CAPÍTULO I

Nacimiento de Eusebia. - Un hogar Betania. - Primer encuentro con Jesús. - En el colegio. - Voto de castidad a los nueve años. - El paso de un ángel por la tierra.



EN el pueblo de Mochales, provincia de Guadalajara, nació, el día 5 de marzo de 1909, una niña que en la pila bautismal le pusieron el nombre de Eusebia.

Sus padres, Juan García y Eulalia García, la recibieron con gran alegría, pero sin sospechar siquiera que aquel capullito de rosa estaba destinado a entreabrirse en el jardín del Carmelo, para más tarde deshojarse y perfumar con sus pétalos ensangrentados las plantas de Cristo Rey, y que por este motivo aquella niña había de ser un día la gloria de su familia y también la de la Orden carmelitana. Fué bautizada el día 6 del mismo mes por el párroco D. Valentín Valenciano.

El Señor concedió a aquel cristiano hogar dos hijas y seis hijos. Sus nombres, por orden de nacimiento, fueron los siguientes: Victoria, Eusebia, Julián (que se consagró a Dios en el estado eclesiástico), Florentino, Quintín, José, Jerónimo (que ingresó en la Compañía de Jesús), y Gaudencio.

Sus padres habían recibido de Dios el mayor de todos los tesoros, cual es el inapreciable don de la fe, acompañado de una gran piedad y sólida virtud, y al igual de los de Santa Teresita, hubieran entregado todos sus hijos muy gustosamente al servicio de Dios, si El se hubiese dignado escogerlos. En esta escuela fueron criados Eusebia y sus hermanos, los cuales supieron aprovecharse muy bien de tan santos ejemplos.

Todas las noches se rezaba el santo Rosario en familia, y sus fervorosas preces subían, como humo de incienso, hasta el trono de la Reina del cielo, atrayendo sobre aquel dichoso hogar las bendiciones de la Soberana Señora.

Dice una piadosa sentencia:

«Cuántos el cielo han logrado
Por rezar bien el Rosario»,

y ¡cuántos se han santificado también y alcanzado innumerables gracias por medio de tan santa devoción! ¡Qué diferentes serían los hogares de nuestros días, si los padres reuniesen todas las noches a sus hijos a los pies de la Santísima Virgen para ofrecerle este obsequio tan de su agrado.

Eusebia, antes de los siete años, fué a vivir a Sigüenza con su tío materno, D. Florentino García, que era sacerdote y profesor del seminario, el cual vivía en aquella ciudad en compañía de una hermana, siendo nombrado después canónigo de aquella Catedral y canciller secretario del Obispado¹, pasando no obstante la niña algunas

1 El M. I. Sr. Lic. D. Florentino García fué una de las víctimas del odio marxista. El día 10 de agosto de 1936, los milicianos se dirigieron a su domicilio, haciendo el consabido registro. Cuando terminaron, D. Florentino les suplicó le concediesen tiempo para terminar el rezo del Oficio divino, a lo que accedieron. Mudos de asombro, se quedaron ante su misma presencia, contemplando aquella serenidad, verdaderamente sobrenatural, con que rezaba el Oficio divino y las demás oraciones que hizo con el fervor que le inspiraría el convencimiento de que había llegado la hora de su holocausto. Largo rato estuvieron esperando, sin que le interrumpieran. Algo extraño para ellos y extraordinario debieron vislumbrar en aquella fortaleza de ánimo verdaderamente sobrenatural.

La víctima se había preparado ya para el sacrificio; había hecho ya la oblación de su vida a Dios, y, levantándose, dijo a sus verdugos: «A vuestra disposición». Salió con ellos de su casa, dirigiendo en su despedida palabras de cariñoso consuelo a su pobre hermana, que estaba anegada en lágrimas por tan cruel separación.

No se sabe dónde le tuvieron el resto de la noche; pero al amanecer del 11 de agosto le sacaron en automóvil por la carretera de Barbatona, y en la Ortaza, término municipal de Sigüenza, fué fusilado.

(Del *Eco Diocesano* de Sigüenza).

El Excmo. Sr. Obispo de Sigüenza también murió asesinado por los rojos el día 26 de julio de 1936, después de sufrir toda clase de ultrajes. Su cadáver lo quemaron en la carretera de Sigüenza a Molina de Aragón, en el kilómetro 4 en dirección a Estrégano.

temporadas en el hogar paterno, en la paz de aquel pueblo en que las armonías de la naturaleza convidaban a alabar al Criador. Aquellos campos esmaltados de variadas flores que se mecían suavemente sobre sus tallos, fueron testigos muchas veces de sus paseos y expansiones en compañía de sus hermanitos.

Educada en Sigüenza al lado de tan santo y sabio varón y bajo su dirección, no podía menos de copiar sus virtudes, mostrándose siempre muy inclinada a la piedad.

Recibió a Jesús Sacramentado por primera vez a los ocho años de edad en la iglesia parroquial de su pueblo natal.

A fin de adquirir una esmerada educación, algunos meses después ingresó, como colegiala interna, en el convento de las Ursulinas de Sigüenza, con las que estuvo hasta los catorce años, siendo el encanto de profesoras y compañeras.

Durante muchos años fué D. Florentino confesor de aquella fervorosa comunidad, por eso, aunque su sobrina se confesaba con D. Francisco Toro, confesor entonces de las colegialas, él seguía muy de cerca los pasos de su sobrina en el camino de la virtud y ésta, a su vez, correspondía a su interés confiándole los secretos de su alma. Con su consentimiento y el de su confesor, hizo a los nueve años voto de castidad. Grandes fueron sus deseos de hacerlo perpétuo; mas su confesor, a fuer de prudente maestro de espíritu, no se lo permitió, por ser un acto tan transcendental, dán-



EUSEBIA EL DÍA DE SU PRIMERA COMUNIÓN

dole sólo licencia para que lo hiciese por un año y lo fuese renovando.

Este suceso nos da a conocer claramente cuáles eran las disposiciones interiores de Eusebia en tan tierna edad. Quizá por su amor a esta angelical virtud, tuvo particular devoción al Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino.

Habiendo heredado de sus piadosos padres una tierna devoción a la Santísima Virgen, hizo también el voto de esclavitud a esta Celestial Señora.

Cuando tenía casi diez años, Nuestro Señor, posando su divina mirada sobre el vergel de sus cristianos padres, cortó para Sí la primera flor que les había dado. Victoria, que vino al mundo el 4 de noviembre de 1907, murió a los once años de edad, el 29 de noviembre de 1918. Era el embeleso de sus padres, pues desde sus más tiernos años dió pruebas de una extremada inteligencia, de un carácter muy bondadoso y de una profunda piedad. Todos los que la trataban decían de ella que más parecía un ángel que criatura humana. Desde la edad de cuatro años practicaba todos los actos religiosos con tanto fervor y recogimiento que era la admiración de sus convecinos.

De lo precoz de su inteligencia da idea el siguiente detalle. A los cinco años sabía leer y escribir de tal forma, que al visitar la escuela el señor inspektor, se quedó tan admirado, que publicó el caso en un periódico escolar de Guadalajara. A medida que iba creciendo en edad se hacía más virtuosa y por su formalidad más parecía

una mujer que una niña de tan cortos años. Evitaba el trato de otras niñas por no gustarle sus modales poco correctos, y cuando su madre se lo reprochaba, le contestaba: «Déjeme V., madre; estoy mejor en casa en su compañía». Había hecho su primera comunión en la parroquia de San Pedro de Sigüenza, a los siete años, y desde entonces aumentó su piedad de una manera extraordinaria, comulgando con relativa frecuencia, cosa que entonces no era lo ordinario.

Cuando Victoria murió, el párroco del pueblo, conocedor de su virtud, dijo a su padre que le parecía que se le debía hacer entierro de ángel y no de adulta, y así se hizo. En efecto, fué un ángel que, después de haber sido el consuelo de sus padres durante once años, y edificado con sus virtudes a todos los que la conocieron, tendió sus blancas alas y se remontó a la patria celestial.

Al morir Victoria, se quedó Eusebia siendo la mayor de sus hermanos.

CAPÍTULO II

Vocación religiosa.—Dos años de espera.—La última prueba.—En el hogar paterno.—La separación.

MUY temprano sintió Eusebia la vocación religiosa, y aunque no sabemos la edad que tenía cuando recibió tan señalada gracia, lo cierto es que fué en el colegio, en ese ambiente de piedad y de recogimiento tan favorable para escuchar el divino llamamiento, el cual se hizo oír al leer la *Historia de un alma*. Desde entonces el Angel de Lisieux ocupó un lugar predilecto en su corazón y ejerció un poderoso influjo en todos los actos de su vida. Santa Teresita fué el Angel que Dios le envió para conducirla hasta la cima de la montaña del amor por medio de su caminito de confianza y total abandono.

Herida por el Divino Arquero nada le satisfacía ya en el mundo donde todo le sonreía. Más tarde, el año 1922, al oír un sermón predicado por el R. Padre Gabriel de Jesús, C. D., en un Triduo que se celebró en Sigüenza para solemnizar el III Centenario de la canonización de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, se sintió claramente

llamada al claustro carmelitano, y desde entonces, su único anhelo fué llegar cuanto antes al puerto bendito del Carmelo, a fin de imitar a la Reina de las almas pequeñitas y llegar a ser una santa como ella.

Comunicó este deseo a su confesor y también a su tío, que seguía con gran interés todas las fases de su vida espiritual, las cuales se lo aprobaron muy gustosamente; pero como no tenía la edad requerida para entrar, fué preciso esperar.

Desde que se decidió a ser carmelita se inclinó a entrar en este palomarcito, y más de una vez sintió deseos de presentarse a pedir la admisión, y lo hubiera hecho, a no estar segura de que era imposible recibirla tan joven.

Le hicieron proposiciones ventajosas en otros conventos, y un religioso de otra Orden intentó por varios medios inclinarla a que ingresase en la suya; pero ella mostró empeño decidido en ser carmelita.

A los catorce años salió del colegio y el tiempo que medió desde su salida hasta que entró en el convento lo pasó, casi en su totalidad, en Sigüenza en casa de su tío, que, como ya dijimos vivía allí en compañía de una hermana. Eusebia lo aprovechó para perfeccionarse en la música y en el estudio del armonio, bajo la dirección del distinguido organista de la Catedral, D. Nicolás Villanueva, el cual mostrábase muy satisfecho de las aptitudes de su discípula. También ayudaba mucho a su tía en los quehaceres domésticos.



NOVICIADO Y ERMITA DE SAN JUAN BAUTISTA

Estos dos años de espera le parecieron siglos, pues su alma no se hallaba bien en el mundo y suspiraba ardientemente por la soledad del claustro a fin de poder entregarse totalmente al amor del Divino Jesús, que en su infinita bondad la había escogido para esposa suya.

Mientras no conseguía tan gran dicha, pidió permiso a su tío para ponerse el hábito del Carmen. El, satisfecho con los santos deseos de su sobrina, le dió unos ejercicios preparatorios, y después de haberlo bendecido él mismo, se lo impuso y ya no lo dejó hasta entrar en el convento.

En ese tiempo, por orden de D. Florentino, que tenía presente el régimen austero del Carmelo, ponían para cenar, casi todas las noches, un plato de verdura, con el fin de que se fuese acostumbrando, pues a ella no le gustaba. A pesar de su repugnancia, que al principio le producía náuseas y hasta vómitos, fué tal su fuerza de voluntad, que nunca dejó nada en el plato, como si la comiera con gusto.

Faltaba a Eusebia la prueba más fuerte para su vocación; el consentimiento de sus padres, pues hay que tener en cuenta que era hija única y que tenía seis hermanos menores que ella y el último sólo contaba algunos meses.

Sus padres, y sobre todo su madre, querían que, una vez completada su educación, fuese a casa para ayudar en la penosa tarea de atender a sus hermanos. Como tenía ya quince años y medio D. Florentino, que era muy querido y respetado de

toda la familia, se decidió a comunicar a los padres de Eusebia su resolución de entrar en el Carmelo a los dieciséis años y a pedirles su consentimiento por ser menor de edad, apoyando fuertemente el deseo de su sobrina.

Sólo Dios sabe la lucha que se trabó en el corazón de Eusebia y cuánto sufriría, pues sabía muy bien el dolor que iba a causar a sus padres con la perspectiva de tan pronta separación. Pero cuando la voz de Dios se hace oír en el fondo del alma, es menester escucharla y corresponder fielmente a su llamamiento. Por eso ella, rechazando todos los temores, estaba dispuesta, con ánimo varonil, a sobreponerse a todos los obstáculos para cumplir la voluntad de Dios que la llamaba tan fuertemente y realizar cuanto antes su ideal. Ella misma nos contaba, con gracia, lo que entonces ocurrió.

El 8 de septiembre de 1924 llegó a la casa paterna acompañada de su tío, y sabiendo que él, después de la cena, pensaba hablar a sus padres sobre este asunto, luego que ésta terminó, se retiró discretamente, a fin de que pudiese abogar mejor su causa. Como no quería que sus hermanitos se enteraran, procuró que se acostasen; pero ellos, ignorando el motivo, no estaban dispuestos a irse tan pronto a la cama, hasta que, por fin, logró convencerlos con alhagos. Conseguido su intento, se retiró a su alcoba para enterarse mejor de la conversación, esperando con ansiedad el resultado de aquella entrevista. Como era de esperar, la sor-

presa y el dolor de sus padres fué enorme, pues, cuando ellos creían que iba para quedarse ya definitivamente en casa, D. Florentino les pide permiso para que entre religiosa.

Gran prueba fué para aquellos cristianos padres el proponerles tan gran sacrificio, y suplicaban a su hermano que, como era tan joven aún, se la dejase algún tiempo más hasta que los niños fuesen mayores. D. Florentino les animó a hacerlo generosamente, y ellos, convencidos de que aquella era la voluntad de Dios, se resignaron, aunque sus corazones estaban oprimidos de angustia con el pensamiento de su cercana partida.

Eusebia estaba en el colmo del gozo y del sufrimiento. Estos sentimientos tan opuestos se explican fácilmente. Rebosaba de alegría al pensar que muy pronto iba a realizar sus ardientes deseos de entregarse por completo a Nuestro Señor, y al mismo tiempo sentía el corazón dilacerado por el dolor que le causaba la separación de sus padres y hermanitos a quienes tanto amaba.

Luego que se terminó la entrevista, sus padres se dirigieron a su alcoba a fin de hablarle y presentarle sus amorosas quejas; pero ella, temiendo el asalto, se echó en la cama haciendo que dormía. Su pobre madre viéndola, al parecer, sumida en el más profundo sueño, con el alma traspasada de amargura, no pudo dejar de exclamar: «¡Mira con qué tranquilidad duerme mientras que nosotros estamos sufriendo!» Eusebia lo oía todo, mas no lo dió a conocer y continuó haciendo que dormía,

aunque su corazón latía violentamente con tan fuertes emociones.

Al día siguiente, su madre, con los ojos arrasados en lágrimas, le rogó repetidas veces que no la dejase sola y que aplazase la realización de sus deseos hasta que sus hermanos fuesen mayores; pero Eusebia, con gran determinación, le contestó, siempre sonriente, que no quería dilatar más su entrada, pues podía morir entre tanto. Parece que presentía lo poco que iba a vivir, y podía haber repetido entonces:

«Mi vida es un instante fugaz y veleidoso;
Mi vida con el tiempo deslízase veloz»¹.

También dijo a su madre que conocía ser aquella la divina voluntad y que cumpliéndola, podría, tal vez, ayudarla más desde el convento, puesto que Nuestro Señor premiaría tan gran sacrificio dándole salud y fuerzas para cuidar a sus hermanos, mientras que si se oponían a la voluntad de Dios, El podía castigar su egoísmo.

Al ver sus padres tal constancia y comprendiendo, como buenos cristianos, que no debían oponerse a los designios del Señor sobre aquella alma privilegiada y que serían responsables si perdía la vocación por hacerla esperar, le otorgaron su consentimiento, sacrificando sus miras interesadas, aunque humanamente justificadas.

1 Santa Teresita. *Mi cántico de hoy*.

Eusebia, desde esta fecha hasta su entrada en el Carmelo, no cesó de animar y consolar a su querida madre, la cual, cristianamente resignada, no volvió a exhalar la menor queja. Cuando estaba en el hogar paterno ayudábala mucho ocupándose de sus hermanitos y de los trabajos de la casa, pues era muy dispuesta para todo. Es digno de particular mención el siguiente suceso que demuestra claramente lo que acabamos de afirmar y nos pone de relieve el dominio que sobre sí tenía, a la par que su presencia de ánimo, a pesar de ser tan joven.

El 19 de septiembre de 1924, su hermano Quintín, yendo de paseo por el campo con su hermano Julián, se cayó por un precipicio de unos veintiséis metros de altura. El niño quedó en tal estado, que tuvieron que llevarlo a casa en una sábana. Eusebia, con una presencia de ánimo superior a sus años, mandó llamar al médico, y al ver a sus padres consternados y como fuera de sí por tan gran desastre, se puso ella al frente de la casa y con gran serenidad, acudía a todo y disponía cuanto era necesario en semejante caso. Ofrecía al médico y practicante lo que hacía falta y se constituyó en enfermera de su hermano, cuidándole con solicitud y cariño verdaderamente maternal. Ella misma ayudaba al practicante a hacerle las curas y a cortarle la carne que no estaba sana.

En ese día tocaba ir a su casa la Visita Domiciliaria de la Virgen Milagrosa y al mismo tiempo entraban por una puerta al niño todo en-

sangrentado y por otra la capilla de la Virgen, la que no salió ya de la alcoba del emfermito mientras duró la gravedad.

Todos consideraron como un milagro de la Reina del cielo, no sólo que el niño quedara con vida, sino sin defecto alguno y ella misma quiso que se publicase esta insigne gracia. De este modo pagó la Santísima Virgen a aquella cristiana familia la devoción con que todos los días le rezaban el Santo Rosario.

Habiendo obtenido Eusebia de sus padres la deseada licencia para entrar en el convento, su confesor, D. Francisco Toro ¹ escribió a esta comunidad, pidiendo su admisión como organista. Poco después vino ella misma a visitarnos con su tío, para que la conociésemos personalmente. Nos causó muy buena impresión, pues tenía un carácter muy expansivo y no podía ocultar la alegría que sentía. D. Florentino mostrábase también muy satisfecho, porque todo su anhelo era que la sobrina se consagrara cuanto antes al Señor.

Cumplió el 5 de marzo de 1925 los dieciséis años y habiendo desaparecido ya todos los obstáculos que se oponían a su entrada en el Carmelo, no quiso dilatarla por más tiempo, la cual se fijó para el 2 de mayo de dicho año.

1 D. Francisco Toro, canónigo de aquella Catedral, tuvo una hermana religiosa en este convento, la cual murió a los 35 años de edad, en noviembre de 1918, después de habernos dado ejemplo de grandes virtudes. Ejercía entonces el cargo de supriora.

Los últimos días que permaneció entre los suyos, fueron seguramente días de mucho sufrimiento, pues su corazón noble y afectuoso no era insensible al cariño de que se veía rodeada en la casa paterna y como ella misma nos la afirmaba, fué grande el sacrificio que tuvo que ofrecer a Dios al separarse de su hermanito Gaudencio, que en la cunita tendía los bracitos a su querida «Chacha», como el la llamaba en su infantil lenguaje, pues había sido para él una segunda madre. Aunque su corazón sangraba, sostenida por la divina gracia, se portó siempre con ánimo varonil, consolando a todos.

CAPÍTULO III

Entrada en el Carmelo.—Rebosando de gozo.—Una excelente organista.—Luchando.—Toma de hábito y profesión.

EN el día elegido, la puerta de nuestro convento se abría para recibir a la joven postulante que atravesaba los umbrales llena de una felicidad que jamás había de desvanecerse. Al entrar en el Arca Santa hallóse desde los primeros momentos como en su elemento. Parecía que toda la vida había estado con nosotras. Todo ia embelesaba y le parecía encantador. Aún recordamos la primera recreación a que asistió en la huerta la misma tarde en que entró. Alegre, sumamente viva y juguetona, hacía recordar a un pajarillo que, durante largo tiempo aprisionado en bonita jaula, recobra, por fin, la tan deseada libertad. Mas si la inocente avecilla se siente feliz al poder cruzar libremente los espacios infinitos que llena con sus melodiosos cantos, ella se sentía mucho más al hacerse prisionera por amor a los dieciséis años, cuando la vida le empezaba a sonreír, pudiendo cantar con el Angel de su vocación:

«Jesús, hermano nuestro,
Tu cielo por nosotros has dejado;
Mas bien sabes que hizo
En el Carmelo un palomar tu mano,
Y aunque de oro no sea nuestra jaula,
Con tierno amor la amamos.
No importa que ya nunca por los bosques
Y campos azulados
Volvamos a volar. Jesús, del mundo
Los bosques ya no pueden contentarnos
Y en la profunda soledad nosotras
Por Ti solo anhelamos
Cantar nuestros cantares,
Cautivas ya de tu menuda mano»¹.

Grande fué, en efecto, su gozo al ingresar en el Carmelo, nido de sus amores y de sus más dulces sueños; pero este aumentó con el nombre que le fué concedido.

Dotada de una gran inteligencia y de una memoria privilegiada, a los dieciséis años era ya una excelente organista. Un Padre carmelita, muy entendido en el Arte, después de haberla oído tocar en cierta ocasión, no dudó en afirmar que era una de las mejores organistas de la Orden. Poco después de ingresar se estrenó en su oficio en el solemne novenario que celebramos a últimos de mayo con motivo de la canonización de Santa Teresita.

Nuestra hermana venía al claustro sedienta de santidad; mas para alcanzarla, un vasto campo se le presentaba que había de ser teatro de sus continuas luchas, como también de sus derrotas y victorias. Desde su entrada empezó a luchar con-

1 La pajarera del Niño Jesús.

tra su carácter naturalmente altivo y dominante, su extremada sensibilidad y otros defectos propios de nuestra naturaleza decaída por el pecado original, los cuales no se quedan a fuera cuando se entra en el convento, pues la santidad no es como el hábito que se viste en un determinado día. Para alcanzarla es menester luchar y esta lucha la emprendió ella sin desanimarse por sus caídas, siguiendo el consejo que se encuentra en la *Imitación*: «Pelea como buen soldado, y si alguna vez la fragilidad te hace caer, recobra fuerzas mayores que las primeras, confiando en mis poderosos auxilios; pero guardándote mucho de la vana gloria y de la soberbia»¹. Porque «los que principalmente hacen progresos sobre los demás en las virtudes, son los que se esfuerzan más varonilmente en vencer los obstáculos que se oponen a ellas. El que es diligente y celoso, será más animoso para el aprovechamiento, aunque haya de combatir fuertes pasiones, que el de buen natural, si pone poco cuidado en las virtudes»².

La hermana Teresa tenía muy presentes en sus combates las palabras de la Santita: «Si las almas débiles e imperfectas, como la mía, sintieran lo que yo siento, ninguna de ellas desesperaría de llegar a la cumbre de la montaña del amor, puesto que Jesús no pide acciones extraordinarias sino tan sólo el abandono y la gratitud»³.

1 Lib. III, cap. VI.

2 Ibid., lib. I, cap. XXV.

3 Hist., cap. XI.

Jamás la vimos desalentada, pues cuanto más se rebelaba la naturaleza tanto más se esforzaba en dominarla, y desconfiando de sí misma, ponía toda su confianza en Dios, esperando de El todas las gracias necesarias para vencerse y caminar a la perfección. Más de una vez la oímos afirmar: «No me desaniman mis defectos, al contrario, pues así tengo más ocasiones de merecer luchando contra ellos, y harán un día resplandecer en mí la infinita misericordia de Dios». Y después añadía: «No me gustan las vidas de los santos en las cuales sólo hablan de sus virtudes, ocultando sus faltas y sus combates, como si ya hubieran nacido santos y no hubiesen tenido que luchar contra sus pasiones para alcanzar la perfección, porque de este modo no se rinde homenaje a la infinita misericordia de Dios y a su acción en las almas. Cuando yo me muera, al escribir la carta de defunción, no oculten mis defectos, para que brille más la misericordia de Jesús para conmigo».

Qué bien había comprendido la hermana Teresa las enseñanzas de su celestial maestra: «No me aflijo al ver que soy la misma flaqueza; al contrario, me glorío en ella y cada día atiendo a descubrir nuevas imperfecciones en mí»¹. A pesar de haber entrado tan joven, jamás fué mimada. En el noviciado bajo la dirección de la experimentada maestra de novicias, apren-

1 Hist., cap. IX.

dió a ser varonil, según el deseo de nuestra Santa Madre.

Dice el Espíritu Santo «que en el fuego es probado el oro y la plata; mas los hombres aceptables, en el horno de la humillación»¹ y como no puede haber purificación sin sufrimiento, éste no podía faltar en el postulamiento de nuestra hermana. Amén de otras pruebas, Nuestro Señor sirvióse principalmente de sus mismos defectos para hacerla beber el amargo cáliz de la humillación y, de este modo concederle la insigne gracia del propio conocimiento. Más tarde podrá repetir con Santa Teresita: «Gracias, Dios mío, por todos los dones que me habéis otorgado, y especialmente por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento»².

Aunque a la naturaleza le repugna la humillación y el sufrimiento, la hermana Teresa sabía apreciar su valor, considerándolos como medios de que se sirve el Divino Artífice para hacer en las almas la obra de su santificación, y así lo demostraba al repetir estas sentencias:

«Ama mucho el ser humilde
Y aún más el ser humillada,
Si deseas que Jesús
En tí tenga su morada».

—
«Gózate en ser contrariada
Y sé constante en sufrir,
Si quieres a grandes vuelos,
Al cielo pronto subir».

1 Ecl., II, 5.

2 Hist., Acto de ofrecimiento.



PATIO CLAUSTRAL

De este modo fueron transcurriendo los meses de su postulanteo, ansiando, cada vez más, por verse vestida con la santa librea de la Virgen del Carmen y acercarse a Jesús Sacramentado envuelta en su blanca capa, para ella más preciosa que un manto real. Vió realizados estos sus deseos el día 4 de noviembre de 1925, Año Santo. Le impuso el santo hábito su tío, después de haber hecho una fervorosa plática alusiva al acto. Asistieron a esta ceremonia sus padres y hermanos y D. Valentín Valenciano, párroco de Mochales, que la había bautizado.

Cuando D. Florentino vió por primera vez a su sobrina con el hábito de carmelita, exclamó «¡Aquí está otra Teresita! Sólo le falta la aureola; pero ésa tiene que ganarla». Y no sospechaba que el Señor le tenía preparada la aureola del martirio.

Muy en breve íbamos a entrar en el santo tiempo de Adviento, durante el cual la hermana Teresa debía prepararse con particular fervor para la fiesta del nacimiento del Divino Salvador. Llegaron, por fin, los alegres días de Navidad, celebrados en el Carmelo con tanto regocijo y fervor. ¡Cuánto gozó nuestra joven novicia tocando y cantando devotos villancicos!

Pasado el año de su noviciado, fué admitida a la profesión simple, la cual tuvo lugar el día 7 de noviembre de 1926. Durante el retiro preparatorio para tan solemne acto, una religiosa de esta comunidad que estaba muy enferma y viaticada, agravóse de tal modo que nos convencimos de que

había llegado su fin. Después de quince días de penosa enfermedad, el médico tenía pocas esperanzas de poder salvarla. Habían empezado una novena a Santa Teresita por su curación, la cual terminaba justamente el día de la profesión de la hermana Teresa. Dijéronle que durante la postración pidiese esta gracia. Así lo hizo, y su oración fué tan eficaz, que ese mismo día, cuando vino el médico la declaró fuera de peligro

No es fácil describir su felicidad al verse ya profesa y seguramente repetiría a su vez:

«Ya soy dulce prisionera
Del amor de mis amores;
Ya no quiero yo más flores
Que escuchar su amante voz;
Ya, por fin, dejé la tierra,
Las ansias, goces y anhelo,
Y habito este lindo cielo
Para en él morir... de amor»¹.

Como la hermana Teresa sólo contaba entonces diecisiete años, tuvo que hacer sus votos simples hasta cumplir los veintiuno, edad requerida por los sagrados Cánones para ese acto tan transcendental.

Una vez que se vió profesa, dedicóse con más fervor y con toda la energía de su alma a la adquisición de todas las virtudes y a la observancia regular, sin la cual no se puede alcanzar la perfección, pues todo su anhelo era imitar a Santa Teresita y remontarse como ella hasta la cumbre

1 Santa Teresita, *Lo que yo amaba*.

de la santidad. Pero ¡cuánto tuvo que luchar aún!; mas el divino amor que la dominaba, le daba fuerzas para combatir con valor.

No contenta con verse ya profesa, suspiraba ardientemente por el dichoso día en que había de consumir su sacrificio, y a medida que el tiempo iba pasando, no tan velozmente como era su deseo, aumentaba su solicitud por agradar a Nuestro Señor y prepararse para sus místicos desposorios. Cuando aún le faltaban algunos meses para su profesión solemne, se le hacía tan largo el tiempo, que andaba contando los días, y empezó a preparar, por medio de determinados actos de virtud y prácticas piadosas, los reales atavíos con que había de adornar su alma para celebrar su desposorio espiritual con el Divino Rey de los reyes, y a imitación de Santa Teresita, invitó por escrito a los ángeles y demás ciudadanos del cielo a asistir a sus místicas bodas.

También aprendió de memoria todas las ceremonias que prescribe nuestro Ritual para tan solemne acto, a fin de poder seguir las interiormente.

La hermana Teresa no cumplió los veintiún años hasta el 5 de marzo de 1930. Largo tiempo había suspirado por el feliz día de su profesión solemne, y no queriendo esperar más tiempo, se fijó el acto para el día siguiente. Excusado será decir el fervor con que hizo el retiro que la precedió. Estaba llena de gozo y reconocimiento al considerar la inmensa gracia que iba a recibir sin

merecimiento alguno de su parte. Durante esos días de profundo recogimiento, Nuestro Señor la concedió luces particulares sobre su nada y miseria, y eran tales los sentimientos de humildad, confusión y amor de que estaba penetrada, que llegó a manifestar deseos de declarar públicamente las faltas de su vida pasada, cuando la víspera de su profesión pidió perdón a la comunidad en el refectorio, y lo hubiera hecho de no habérselo prohibido.

Llegó, por fin, el día 6 de marzo en el cual se iba a unir para siempre a su Celestial Esposo, y a las 6 de la mañana, estando toda la comunidad reunida, pronunció sus votos solemnes, con voz firme y gran fervor, en manos de la prelada. Cantó la misa y le impuso el velo su tío, predicando en tan festivo acto el R. Padre Rodrigo de la Virgen del Carmen, C. D.

¡Con qué unción y espíritu la oímos cantar en medio del Coro el *Suscipe me, Domine*, y el *Posuit signum in faciem mean!* Sus padres asistieron a tan conmovedora ceremonia, ofreciendo generosamente al Señor a su querida hija; y aunque sus corazones sufrían por tan sensible separación, se sentían al mismo tiempo santamente orgullosos con aquella hija que Dios les había dado, y del sacrificio que acababan de realizar. Más tarde, estos cristianos padres, después del martirio de la hermana Teresa, pedirán al Carmelo, como único consuelo por la pérdida de aquel ser tan querido, un recuerdo en sus oraciones.

Como su celestial patrona, llevaba junto al corazón una cuartilla en la cual había escrito todas las gracias que deseaba obtener de su Divino Esposo en aquel memorable día, y muchas debieron ser las que recibió. Nuestro Señor derramó sobre su corazón, tan bien preparado, torrentes de celestiales consuelos, que la tenían como fuera de sí. Estaba radiante de alegría y de lo íntimo de su corazón brotaban sentimientos de amor y gratitud para con un Dios, infinitamente bueno y misericordioso, y estos favores divinos se prolongaron durante algún tiempo. Pero la fervorosa profesora, en medio de tantos consuelos, manifestaba deseos de padecer, a fin de probar a Dios su amor. No tardó mucho Nuestro Señor en satisfacerlos, trasladándola de las delicias del Tabor a las amarguras de Getsemaní, por medio de pruebas interiores, llegando a saciar su sed de padecer. También le envió una enfermedad de la piel, que fué para ella, durante algún tiempo, no sólo ocasión de gran sufrimiento, sino de serias preocupaciones. Con gran fervor invocó a nuestro Padre San Juan de la Cruz, al cual profesaba una tierna devoción, y poniéndose una reliquia suya, quedó curada.

CAPÍTULO IV

En pos de la santidad. — Su amor a Dios. — Celo apostólico. — Amor al prójimo.

Viéndose ya la hermana Teresa obligada con los votos solemnes a caminar a la perfección de un modo particular, emprendió con nuevo fervor la observancia regular, y grandes fueron sus progresos en la vida espiritual. En un cuadernito de apuntes que tuvimos la felicidad de encontrar, escribió el modo cómo procuraba santificar todos los actos de su vida. «*Modo de santificar y espiritualizar mi vida ordinaria de carmelita descalza*».

AL LEVANTARME

«Al oír las tablillas he de hacer cuenta que es Jesús que cansado de no encontrar en toda la noche sino desprecios, afligido con tantos pecados como durante ella se cometen y lleno de rocío y escarcha, entra en la celda y me llama para que en aquel día le ame por los que no le aman, le sirva por los que le ofenden, y con mis sacrificios le ayude en la salvación de las almas. Debo inmedia-

tamente ofrecerme a Jesús y, aunque sienta pereza, saltar de la tarima y ofrecerle mi lecho para que descanse diciéndole: «Amado mío, hoy quiero ser toda tuya; te ofrezco este día; quiero en él amarte, trabajar, sacrificarme e inmolarme por Tí para darte gusto, salvarte almas y darte gloria. Jesús mío, la gloria para Tí, la pena para mí y el provecho para mi prójimo» Mientras me visto, recostar el Crucifijo sobre la tarima y después, tomándolo con mucho amor y poniéndolo sobre mi pecho, decir: «No permitáis, Dios mío, que me gloríe en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo»¹.

«Después, arrodillada, rezar muy despacio y en unión con Jesús, un *Padre Nuestro*, pidiendo a Dios que santifique, durante ese día, su nombre, que reine en mí, que cumpla su santísima voluntad, etc., etc., y un *Veni, Sancte Spiritus*, pidiendo baje el Espíritu Santo para que gobierne todas mis obras y me conceda su santo amor.

AL IR A LA ORACIÓN

«Hacer cuenta que Jesús, que durante toda la noche está en el sagrario, me señala esa hora de audiéncia. Al entrar, decir: «Pensamientos importunos, ocupaciones del día, no entréis conmigo; quedaos a la puerta; esta hora me concede mi

1 Gal., VI: 14.

Jesús para que negocie mi satisfacción. Bastante solo está toda la noche; ya es hora de que venga a acompañarle». Con este espíritu entrar en el coro y pensar que habrá muchos pecadores agonizantes y almas necesitadas que esperan la oración de un alma amante.

AL OFICIO DIVINO

«El Oficio divino es una de nuestras primeras obligaciones. Los ángeles nos asisten como turiferarios para presentar nuestras alabanzas a Dios. ¡Qué modestia, qué atención! A esa misma hora ¡cuántas blasfemias!, ¡cuántos pecados! Pero también, ¡cuántas alabanzas a Dios en el cielo y en la tierra! A todas me uniré, deseando dar a Dios toda la gloria de que es capaz una criatura. Lo rezaré con el espíritu que nuestra Madre la Iglesia desea al imponernos esa obligación. Al decir el *Gloria*, haré intención de decirlo en aquellos lugares donde nunca se haya dado gloria a Dios; haré cuenta que lo digo en medio de los infieles, y aún en el profundo de los infiernos, oponiéndolo a las blasfemias que allí se profieren. Rezaré el Oficio divino en unión de Jesús.

ENTRE DÍA

«Fidelidad en las cosas pequeñas. Dice el Esposo: «Heriste mi Corazón, esposa mía, con una mirada de tus ojos y con un cabello de tu ca-

beza»¹. Eso significa que con los pequeños actos del día, puedo herir el Corazón de mi Esposo; aprovechando todas las ocasiones, puedo conquistar a mi Jesús; espiritualizando todas las cosas, puedo ganar muchos méritos. Aun las cosas más ordinarias, como comer, beber, fregar, etc., haciéndolas por amor, por mi Jesús, purificando la intención, puedo tener gran mérito en la presencia de Dios. No negaré nada a Nuestro Señor de cuanto me pida durante el día: miradas, palabras inútiles, pensamientos vanos, todo he de sacrificarlo por amor; así seré una *hormiguita de amor* que, grano a grano, llene mi vida de pequeños sacrificios que, unidos a los méritos de Jesús, pueda con ellos comprar las almas de los pobres pecadores. No hizo más Santa Teresita que aprovechar y espiritualizar todas las cositas de la vida ordinaria, pero ¡con cuánto amor! Para esto necesito de mucha vida interior y continua presencia de Dios. Por eso, ahora, mi principal trabajo será procurar alcanzar el recogimiento interior, poniendo en práctica este verso de mi Santo Padre:

«Olvido de lo criado,
Memoria del Criador,
Atención a lo interior
Y estarse amando al Amado»².

1 Cant., IV, 9.

2 *Suma de la perfección*. (Cuarteta).

LAS RECREACIONES

«Las recreaciones han de ser para mi ocasión para ganar méritos. Primeramente, antes de empezarla, diré esta corta oración: «Jesús mío, os pido vuestra gracia para que este acto de recreación sea a mayor gloria vuestra, provecho mío y de mis hermanas. Que no me sirva de él para distraerme de vuestra presencia, sino para que después me entregue más de lleno a la observancia; que durante ella no os ofenda, ni a mis hermanas, y que aproveche todas las ocasiones de ofreceros algún sacrificio. Esta gracia os pido también a Vos, Santísima Virgen, amadísima Madre mía»¹. Entraré en la recreación preparada y sobre mí, para ceder, no discutir, no justificarme, ni hablar de cosas del mundo, procurando dejar caer alguna palabra espiritual, mostrándome con todas alegre y contenta; y, finalmente, en cuanto toquen la campana para terminar la recreación, no decir ni media palabra más.

LECTURA ESPIRITUAL

«Procuraré no omitirla sino fuere por causa muy legítima, pues es de mucha importancia en la vida espiritual. Antes de empezarla rezaré un *Ave María*; leeré despacio; y si algún paso me

1 De comunidad se dice la oración que prescribe el Ceremonial.

mueve interiormente, no pasaré adelante, meditando y rumiando aquello que me hubiere movido. Terminada, rezaré un *Ave María* para conseguir la gracia de poner por obra aquello que he leído».

AL IRME A ACOSTAR

«Mi último pensamiento ha de ser *Jesús*, como ha sido el primero. Rogaré a mi corazón que, puesto que él no cesa de latir, permanezca toda la noche junto al sagrario y en cada una de sus palpitaciones, diga a Jesús que le amo; que estoy dispuesta a *dar mi vida por su gloria*. Me uniré a todos los actos de virtud que durante la noche se practiquen en todo el mundo; haré intención de oír todas las misas que se celebren; tomaré la bendición de Nuestra Madre Santísima del Carmen y, después de renovar la profesión y hacer una fervorosa comunión espiritual, me entregaré al sueño porque es lo que Jesús entonces quiere».

Lo que la hermana Teresa no menciona aquí es el acto de ofrecimiento de sí misma, como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios que hacía todas las mañanas al despertar.

En el mismo cuadernito escribió resumidamente, al terminar unos ejercicios, las inspiraciones que recibió durante aquellos días de gracias y bendiciones. Vamos a reproducir esas líneas que constituyen la base del programa de su vida espiritual.

«Para alcanzar la perfección, o para caminar seguros a ella, se necesita: 1.º *Querer de veras*; una voluntad firme, sin desmayar, sin cansarse de luchar. Nuestra Santa Madre quiere a sus hijas con un corazón varonil, quiere almas animosas, deseos grandes. Es una pena que enriqueciéndome Dios Nuestro Señor con tantas gracias, por la debilidad de mi voluntad, ande como un sapo, sólo por no esforzarme. Santa Teresita dice que comprendió que para llegar a ser santa era menester sufrir muchísimo; no negar a Dios nada y olvidarse de sí misma, y después añade: «¡Dios mío, lo escojo todo! No quiero ser santa a medias»¹. Así debo hacer yo, no querer ser santa a medias, sino escoger todos los sufrimientos. Si soy víctima, ¿por qué me quejo cuando me clavan el cuchillo? A las víctimas destinadas al holocausto se les clavaba el cuchillo y después se quemaban para que quedasen todas consumidas. Así debo yo dejarme clavar el cuchillo, despedazar y consumir.

«2.º *La obediencia*. Obedecer prontamente, sin replicar, sin murmurar, interior ni exteriormente. Los superiores representan a Dios, sean como sean, con sus defectos o virtudes. El alma obediente a sus superiores y confesores, puede estar segura de que va por el camino recto de la perfección».

En pocos años la comunidad tuvo ocasión de

1 *Hist.*, cap. I.

observar las transformaciones operadas en esta alma sedienta de amor y de santidad. Parece que Nuestro Señor se complacía en anonadarla con la luz que le enviaba sobre sus faltas. Esta luz purificadora, de la cual habla nuestro Padre San Juan de la Cruz en la Noche Oscura¹, la apreciaba ella mucho, pues sabía muy bien que «el verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo es la lección más sublime y la más útil»².

Aunque estaba bien convencida de que Nuestro Señor le había perdonado todas sus faltas pasadas y concedido la insigne gracia del segundo bautismo por medio de la profesión religiosa, «arrojando en el fondo del mar todos sus pecados»³; sin embargo, le gustaba considerar todas las infidelidades de su vida pasada para humillarse en la divina presencia, pues no ignoraba que «lo primero que ha de tener el alma para ir al conocimiento de Dios es el conocimiento de sí propio»⁴; pero, cuanto más se humillaba, más atraía sobre sí sus miradas misericordiosas, porque «para enamorarse Dios del alma, no pone los ojos en su grandeza, mas en la grandeza de su desprecio y humildad»⁵.

Considerábase nuestra hermanita una gran pecadora, y así lo afirmaba. Cuando veía que no la creíamos, contestaba: «Si no lo creen, en el día

1 Libro II, cap. V y siguientes.

2 *Imit.*, lib. I cap II.

3 Miqueas, VII, 19.

4 San Juan de la Cruz, *Avisos y Sentencias*.

5 S. J. de la C., A. y S.

del juicio lo verán y no podrán decir que las engañé». Esto lo decía con gran encarecimiento. En cierta ocasión declaró a una religiosa que la invocación de la Letanía de Nuestra Señora que le daba más devoción era la de *Refugium peccatorum*, pues sentía gran atractivo en refugiarse, como gran pecadora, en los brazos de la Santísima Virgen.

Le gustaban mucho las azucenas coloradas, y solía decir que eran la imagen de su alma, porque Jesús la había teñido con su preciosísima Sangre para limpiarla de sus muchos pecados. Un día esta blanca azucena será en verdad una azucena colorada, pues sus bellos pétalos serán teñidos con su propia sangre, derramada por su Celestial Esposo.

Impulsada por el amor divino, sentía imperioso anhelo de hacer penitencia. No tatisfecha con las austeridades de nuestra vida, inventaba otros medios de afligir su cuerpo. Póníase garbanzos en las alpargatas para mortificar los pies. Conservamos unas plantillas que ella hizo con ese fin, las cuales las llevó consigo cuando salimos del convento, como joyas que tanto apreciaba, así como una cruz con puntas de hierro. Dormía muchas veces sobre una tabla desnuda y otras ponía un madero por almohada. Tomaba dos o tres disciplinas por día, y era éste uno de los medios de que se servía algunas veces para ahuyentar el sueño que tanto la molestaba. El confesor y la prelada, al ver sus deseos de santidad, le conce-

dían fácilmente las licencias pedidas, y nuestra hermana las sabía aprovechar muy bien, pues tenía muy presente esta sentencia que ella había escrito en un cuadernillo:

«Cuanto más te mortificas,
Tanto más te santificas».

Mucho trabajó también en la mortificación interior y de los sentidos. Con su natural vivo, cuánto tuvo que trabajar hasta lograr no dar su parecer en las recreaciones sin ser preguntada y no tomar parte en determinadas conversaciones que le interesaban sumamente, limitándose a escuchar, entregada a su labor. Lo mismo le sucedió hasta conseguir negar su propio juicio; y aún en ocasiones que ella tenía razón, especialmente cuando se trataba de la música, la hemos visto condescender con la mayor indiferencia con el parecer de las demás, y todo esto sin llamar la atención.

Se mortificó de un modo extraordinario en las comidas, pues, como ya queda dicho, no le gustaban las verduras y ciertas legumbres, y como éstas son nuestro principal alimento, ya podemos colegir cuántos sacrificios tuvo que ofrecer al Señor. A pesar de la natural repugnancia que algunas le causaban, no sólo no quería dejar de comerlas, sino que pedía que no le pusiesen menos que a las demás, con el fin de no perder aquella ocasión de mortificarse. Llevada de este espíritu de mortificación, tenía particular complacen-

cia en ejercitarse en los trabajos más penosos y humildes, como coger hierba, cuidar de los animales, acarrear la basura, ayudando de este modo a las hermanas legas que tenían a su cargo esos trabajos.

Era muy servicial y todas la hallaban siempre dispuesta para ayudarlas en todo lo que le pedían, y esto lo hacía con gran gusto y jovialidad, derramando constantemente la alegría en torno suyo, según el deseo de nuestra Santa Madre, que quería que sus hijas fuesen alegres. Pero cuántas veces con sus risas ocultaba sus luchas y sufrimientos. El siguiente suceso nos demuestra claramente su amor al sacrificio. En una ocasión, durante la hora de recreación, andaba con otras religiosas acarreando tierra que los obreros habían sacado para hacer un pozo en la huerta. El trabajo era bastante pesado, porque la tierra estaba mojada y tenían que llevarla en una carretilla y el terreno no era nada a propósito. Ella, lejos de mostrarse molestanda con esta fatiga, dijo a una de sus compañeras de trabajo: «¡Qué gusto experimento en sentirme así cansada!». Esto lo decía porque quería mortificar su cuerpo en todo, y sentía gran placer cuando encontraba ocasión para ello, y con su ejemplo animaba a las demás jóvenes.

A todo esto le impulsaba el amor, porque, como dice el autor de la *Imitación*, «el amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos; desea más de lo que puede, no se queja de que le

manden lo imposible, porque cree que todo lo puede en Dios»¹.

Una noche llegó a la celda después de Maitines rendida del trabajo del día, y no queriendo dejar de tomar la disciplina de costumbre, sentóse en el poyo de la ventana a descansar un poco; pero estaba tan cansada que se quedó dormida hasta la mañana siguiente, que despertó con la disciplina en la mano.

También nos dió grandes pruebas de su desprendimiento. Si conocía que a alguna religiosa le gustaba cualquier objeto que ella tenía a uso, luego, con el debido permiso, se desprendía de él, aunque lo apreciase mucho, y se lo ofrecía, insistiendo para que lo recibiese.

Sabia muy bien nuestra hermana que «el alma que tiene asimiento en alguna cosa, aunque más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión»²; por eso procuraba poner por obra las enseñanzas de nuestro Padre San Juan de la Cruz sobre el desprendimiento y desnudez de todo lo criado a fin de poder cantar con el Cisne del Carmelo:

«Mi alma está desasida
De toda cosa criada,
Y sobre sí lavantada,
Y en una sabrosa vida,
Sólo en su Dios arrimada»³.

1 Lib. III, cap. V

2 Subida del Monte Carmelo, lib. I, cap. XI.

3 Poesía VII.

Amar a Dios hasta la locura fué el constante anhelo de la hermana Teresa. Con qué unción y amoroso acento la oíamos recitar frecuentemente, como plegarias inflamadas, varias poesías que expresaban perfectamente las aspiraciones de su apasionado corazón. Cuántas veces habrá repetido con el Angel de su vocación:

«Tu amor es mi martirio;
y cuanto más el alma me traspasa,
Mayor es el delirio
Porque mi alma pasa:
¡Dichosa muerte si tu amor me abrasa!»¹

El verdadero amor de Dios no sólo es afectivo, sino también efectivo, pues consiste en buscar en todo su gloria, en cumplir su divina voluntad y en hacerlo todo con el único fin de agradarle y corresponder a su infinito amor. El alma que ama verdaderamente a Dios, desea que todos santifiquen, alaben, bendigan y glorifiquen su santo nombre; que El sea amado de todos y que nadie le ofenda. Todo esto está encerrado en las tres primeras peticiones del *Padre Nuestro* que el Divino Maestro enseñó a sus discípulos: «Santificado sea el tu nombre; venga a nós el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo».

Nuestra hermanita, que vino al claustro a los dieciséis años, sedienta del divino amor, bien podía cantar con su Seráfico Padre San Juan de la Cruz:

¹ *Sed de amor.*

«No pienso que podría,
 Según la viva sed de amor que siento,
 Amar como querría;
 Ni las llamas que cuento
 Satisfacer mi sed por un momento.
 Porque ellas, comparadas
 Con aquel fuego eterno sin segundo,
 No son más abultadas
 Que un átomo en el mundo,
 O que una sola gota en el profundo»¹.

A fin de poder amar a Dios en la medida de sus deseos, se ofreció como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios, para de este modo amarle con su mismo amor.

Mas no contenta con esto, deseaba también que todos los corazones le amasen, y en ellos estableciese el dulce imperio de su amor; y por el triunfo de su reinado derramó generosamente su sangre.

No puede haber amor de Dios sin celo; porque el celo es el amor de Dios manifestado exteriormente en nuestras obras. Como muy bien lo expresa un piadoso autor, «el celo es para el amor lo que la llama al fuego: la prueba de su ardor»².

Muchos casos podríamos referir que probasen la extensión del celo de la hermana Teresa por la salvación de las almas y por la santificación de los sacerdotes. En medio de sus trabajos, principalmente cuando eran penosos, solía repetir esta frase que le infundía mucho fervor: «Da mihi animas; cœtera tolle Tibi»³.

1 Poesía XXII.

2 R. Padre Martín. — *El Caminito de Infancia Espiritual*.

3 Gen., XIV, 21 (Dame almas, y toma para Ti lo demás).



VISTA PARCIAL DEL CONVENTO DEL LADO DE LA HUERTA

Sintiéndose un jueves muy cansada, se disponía a acostarse después de Maitines sin tomar la disciplina que acostumbraba, cuando repentinamente se le ocurrió si aquella penitencia haría falta para la conversión de algún pecador. Enervorizada con este pensamiento, la tomó e hizo la Hora Santa como solía.

A los pocos días recibió la noticia de que un ateo, con el cual su tío D. Florentino y ella, cuando estaba en el siglo, habían tenido, sin resultado alguno, grandes discusiones, se había puesto repentinamente enfermo, y, estando muy grave, D. Florentino le visitó de nuevo, procurando en aquel último trance ganar aquella alma para Dios. De tal modo penetró la gracia en aquel corazón, hasta entonces empedernido, que, con gran admiración de todos los que le conocían, recibió los Santos Sacramentos con mucho fervor, y a los pocos días murió muy santamente. Según lo supimos más tarde, esta repentina mudanza sucedió poco después de haber hecho la hermana Teresa aquel vencimiento en favor de un pecador.

Su celo apostólico le hacía rogar con particular interés por la evangelización de los infieles, pues le causaban mucha lástima las almas que están sepultadas en las tinieblas y sombras de la muerte. Anhelaba poder ir un día al Japón a tomar parte en una fundación, sin duda con la esperanza de poder realizar sus deseos de martirio, no sospechando que Dios se lo tenía preparado en su misma patria.

Sólo Dios sabe el apostolado que nuestra hermana ejerció desde la soledad del claustro. Nuestro Padre San Juan de la Cruz dice que «no hay obra mejor ni más necesaria que el amor»¹, y después añade: «Es más precioso delante de Dios un poquito de este puro amor, y más provecho hace a la Iglesia, que todas las otras obras juntas»².

Santa Teresita, su fiel discípula, afirmaba lo mismo: «Las almas abrasadas no pueden permanecer inactivas. Es indudable que, como Santa María Magdalena, permanecen a los pies de Jesús escuchando su dulce y ardiente palabra. Aunque al parecer están inactivas, hacen mucho más que Marta, que se inquietaba por muchas cosas»³.

La hermana Teresa, que había venido al Carmelo para salvar las almas, y sobre todo para rogar por los sacerdotes, apreciaba mucho el estado sacerdotal y deseaba ardientemente tener, a lo menos, un hermano sacerdote. Tuvo la gran dicha de ver realizado este su deseo, pues, siete meses antes de recibir la palma del martirio, su hermano D. Julián cantó la primera misa el día 27 de Diciembre de 1935. ¡Cómo acompañaba en espíritu a este querido hermano cuando recibía las sagradas Ordenes; pero de un modo especial al acercarse los solemnes días de su ordenación sacerdotal y canta-misa! ¡Qué alegría y entusiasmo!

1 *Cántico Espiritual*, anotación de la canción XXIX.

2 *C. E.*, anot. de la can. XXIX.

3 *Hist.*, cap. X.

Con todo el cariño que le inspiraba su amor fraternal, le hizo el corporal y purificador que había de servir para celebrar, por primera vez, el santo sacrificio de la misa.

Vamos a transcribir algunos fragmentos de la carta que le escribió en el mismo día de su ordenación sacerdotal, la cual refleja su fraternal amor y los deseos y sentimientos que embargaban su alma en tan solemne acontecimiento.

†
«J. M. y T.

»20 de diciembre de 1935.

«Si hubiera sido sacerdote, ¡con cuánto entusiasmo habría yo hablado de la Virgen María!»
(Santa Teresita).

»La gracia del Espíritu Santo sea siempre en nuestras almas, mi queridísimo hermano Julián. Por fin ha llegado el día más grande y el más hermoso de tu vida. No sé cómo ni por dónde empezar esta carta de felicitación. ¡Tantas cosas quisiera decirte! Y por otra parte pienso que todo cuanto yo te pueda decir ya lo sabes tú, y estos días en los ejercicios habrás meditado y te habrán dicho cosas mucho más hermosas que cuanto esta pobre carmelita pueda decirte. Con todo, el gran cariño que te tengo, no me permite dejar pasar este gran día sin ponerte unas letras. Y lo primero sea felicitarte y felicitarme. Felicitarte, porque ya ves cumplidos tus deseos y el anhelo de tu vida

de consagrarte del todo y por completo al servicio del mejor Señor, y felicitarme también por la dignidad tan sublime a que hoy te ha elevado, la más grande que una criatura pudiera apetecer ni imaginar; al lado de ella parecen basura todos los señoríos y dignidades del mundo. Cuando se piensa despacio y a la luz de la fe, parece que Dios ha hecho el último esfuerzo de su bondad al querer comunicar a una criatura tal poder, que El mismo se hace como súbdito de esa criatura, pues le obedece a las primeras palabras de la consagración, y le da potestad para abrir o cerrar a los demás las puertas del cielo. ¿Qué cosa hay más admirable que este poder del sacerdote?...; ese poder que ya es tuyo.

»Me felicito también, porque desde hoy tengo un hermano que, al ofrecer el santo sacrificio, se acordará de mí, ¿verdad? Sólo Dios sabe cuánto he pedido por ti para que te preparases lo mejor que pudieras para tu ordenación, y seguiré pidiendo y ofreciendo mis pobres oraciones y las mortificaciones y austeridades de mi vida de carmelita para que seas fiel siempre a las obligaciones de tan santo estado, y para que tu apostolado sea fecundo y salves muchas almas. Después de todo, ese es el fin que nuestra Madre Santa Teresa se propuso al hacer sus fundaciones, el que ayudásemos con nuestra continua oración a los sacerdotes, ya que nosotras, por ser mujeres, no podíamos dedicarnos al ministerio de las almas; por eso Santa Teresita, hablando de esta vocación de

las carmelitas, dice: «¡Qué hermosa es nuestra vocación! A nosotras, al Carmen, corresponde conservar la sal de la tierra. Ofrecemos nuestros sacrificios y oraciones por los apóstoles del Señor; nosotras mismas debemos ser sus apóstoles, mientras evangelizan ellos con sus palabras y ejemplos las almas de nuestros hermanos. ¡Hermosa misión la nuestra!»¹. Cuenta, pues, con mis oraciones y sacrificios; pero no te olvides de pedir por mí.

»Ahora me perdonarás que, como hermana mayor, te dé solos tres consejos: El primero, que seas un amante apasionado del Santísimo Sacramento, celebrando el santo sacrificio con tanta devoción, que la pegues a quien te vea, y, cuando tengas a tu cargo algún sagrario, poniendo todo tu esmero en que lo que se relacione con el Santísimo esté limpio y aseado, aunque sea pobre, y que antes te falte a ti de comer, que un pedazo de jabón para lavar los corporales y purificadores. Para que te esmeres en este amor y reverencia al Santísimo Sacramento, te voy a decir una cosa que a nosotras nos ha dicho un padre, y es, que los masones en Francia han fundado una Asociación, cuyo fin es que los que pertenecen a ella, se entreguen en alma y cuerpo al demonio, y comprar hostias consagradas para hacer en ellas toda clase de desacatos, y por cada hostia pagan veinte francos; y lo más horrible es que hay un sacerdote que se gana la vida consagrando

1 *Hist.*, cap. VI.

hostias a esos desgraciados... ¡Cuánto tenemos que amar a Jesús!

»El segundo consejo que te quería dar es que tengas mucha vida interior, vida de oración, vida sobrenatural, muy sobre lo que es terreno y humano, esa vida de fe que nos hace triunfar de las tentaciones, como dice San Juan: «Lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo, es nuestra fe»¹. De todas las definiciones que he leído de lo que debe ser un apóstol, la que más me gusta es la que da el Padre Mateo Cravoley. Dice que «un apóstol es un cáliz lleno hasta los bordes de Jesús y que, al desbordar, da ese Jesús a las almas»². Que eso sea tu vida, para que puedas decir con el Apóstol: «Mi vivir es Cristo»³.

»El tercer consejo sea que ames mucho a la Santísima Virgen y ocupes siempre junto a Ella el lugar de San Juan, ya que en su día vas a cantar tu primera Misa. Muchas más cosas quisiera decirte, pero hago punto final para no hacer demasiado pesada esta carta.

»Me parece que no tengo que decirte que pidas mucho por nosotras, en particular por N. R. Madre Priora y por todas sus intenciones.

»Adiós, hasta que vengas a darnos la comunión. Tu hermana que besa con cariño tus manos ungidadas

»*Teresa del Niño Jesús, i. c. d.*»

1 Juan, V, 4.

2 *Jesús, Rey de Amor*, Apostolado.

3 Filip., I, 21.

Ocho días después su hermano cantaba la primera misa. En la antevíspera de tan solemne día, le escribió otra fervorosa carta, de la cual vamos a reproducir los siguientes párrafos:

«J. M. y T.

»25 de diciembre de 1935.

»Mi queridísimo hermano: Sólo dos letras a vuela pluma, para decirte que, como no tengo el don de bilocación (estas cosas son muy sublimes para mí), y ya que en el gran día no te pueda acompañar personalmente, estaré unida contigo en espíritu, que para esto no hay distancias ni clausura. Yo pasaré en el coro de 11 a 12 muy unida a Jesús que tu vas a tener en tus manos, que, obediente a tu voz, bajará del seno del Padre para ponerse a tu disposición, y lo tendrás en tus manos tan real y verdaderamente como lo tuvo la Santísima Virgen. ¿Qué valen al lado de estas realidades divinas las felicidades del mundo? ¡Si no te chiflas ese día por Dios que tan gran amor te muestra!... Desde ese momento de cielo vive sólo para las cosas del cielo, y que con tus obras digas siempre con el Apóstol: «Mortuus sum (a todas las cosas del mundo), et vita mea est abscondita cum Christo in Deo»¹.

»Cuando tengas la Hostia santa en tus manos, un recuerdo para tu hermana, y vamos los dos a

¹ Colos., III, 3. — (Estoy muerto y mi vida está escondida con Cristo en Dios).

santificarnos, pues Dios nos tiene muy obligados con esta vocación santa, eligiéndonos «ante mundi cōstitutionem», como dice San Pablo, para que fuéramos santos e irreprehensibles en su presencia»¹.

»Esa sacristana² lleva el encargo de suplirme en la gran fiesta del 27. Ella y San Juan serán tus padrinos celestiales; la Santita, para que te comunique su confianza en Dios y el celo por la salvación de las almas, y San Juan, para que te ceda su sitio junto al Maestro. En estos días en que no faltan los Judas y Pedros, que seas tú el discípulo fidelísimo que acompañes a Jesús, no sólo en las dulzuras del Cenáculo, sino también en las amarguras del Gólgota. Que siempre te vean a su lado el Maestro y la Santísima Virgen».

Algunos meses más tarde, confiándole su hermano el desaliento que sentía al ver el poco fruto de sus trabajos apostólicos, la hermana Teresa, llena de celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, le escribió la siguiente carta animándolo:

†
«J. M. y T.

»Jesús. La gracia del Espíritu Santo sea siempre en tu alma, mi queridísimo hermano.

»...Quisiera que esta carta fuera así como una inyección de alcanfor que reanimase tu espíritu,

1 Efes., I, 4.

2 Una estampa de Santa Teresita.

aunque no por lo que te diga, sino porque el Señor quiera valerse de este medio, y sobre todo por las oraciones de estas Madres y hermanas que tanto piden por ti, sobre todo tu capellana; y pensando que almas tan santas están pidiendo por ti, debes animarte y desechar como tentación los pensamientos de desaliento, pues Nuestro Señor no dejará de atender tantas oraciones y darte las gracias necesarias para que puedas dar buena cuenta de la viña que te ha confiado. Pero no siempre quiere el Señor que palpemos los frutos de nuestros esfuerzos, aunque sean muy agradables en su divina presencia. Ya ves, nuestro Apóstol Santiago cuánto trabajaría en esta España, y cuando se volvió a Jerusalén ¡qué reducido era el número de los cristianos! Es Dios quien ha de dar el incremento. Tú podrás sembrar, regar; pero después...

»Por eso es una lección siempre oportuna aquel consejo de San Ignacio, que en nuestras empresas hemos de poner todo cuidado y desvelo como si el fruto dependiera de eso; pero después hemos de abandonar en manos de Dios el resultado de los trabajos, como que en realidad de El depende, y así quedar tranquilos, sea cual fuere el resultado. Y no olvides que estamos en unos tiempos que se prestan muy poco para esos adelantos tan rápidos que tú quisieras en tus feligreses. Claro, con esto no quiero decir que te contentes con lo hecho, pues, al contrario, has de desear y no descansar hasta que todas las almas que el Señor ha

confiado a tus cuidados lleguen a la perfección que El les tenga señalada en el plan divino de la santificación de las almas. Si en cinco o diez meses no ves tan copiosos frutos, no debes desanimarte y desistir de tus planes de evangelización, y más que el Señor no mira si han correspondido o no; sólo, sí, si tu has trabajado en la medida de tus fuerzas, y según las inspiraciones que El te ha comunicado. Todo esto tú lo sabes mejor que yo, sólo que al enemigo le conviene que lo olvides porque no debe estar muy contento de tu actuación en ese pueblo y quisiera que desistieras de trabajar, y así desecha esos pensamientos como desearías los que fueran contra la fe o cualquiera otra tentación».

Otro no menor consuelo recibió en el mismo día del glorioso alzamiento militar en Guadalajara. Fué éste el último gozo que tuvo en este destierro, tres días antes de volar a la patria celestial. Su hermano Jerónimo, que estaba en el colegio de los Padres Jesuitas en Carrión de los Condes, vino a Guadalajara a despedirse de ella y a arreglar los pasaportes para ir a Bélgica, al noviciado, a donde los superiores le enviaban, porque entonces no lo tenían en España, por haber sido expulsada la Compañía de Jesús por la República.

Tenía el presentimiento de que no le volvería a ver tan pronto, convencida de que desde allí le enviarían al Japón, según el ardiente deseo que tenía de ser misionero. Estaba lejos de sospechar

que ella muy pronto volaría al cielo, desde donde le asistiría con particular amor en sus trabajos apostólicos.

Lástima que no se hayan conservado las cartas que se cruzaron entre los dos hermanos, cuyos corazones estaban fuertemente unidos en un mismo ideal: la gloria de Dios y la salvación de las almas. En dichas cartas el futuro jesuíta confiaba a su hermana carmelita las ansias que tenía de ir a las misiones del Japón. ¡Qué proyectos hacían sobre una fundación de carmelitas en aquellas lejanas tierras cuando él llegase a ser misionero! Remitía a la hermana Teresa, con mucha frecuencia y no menor entusiasmo, hojitas y revistas que hablaban de las misiones y de los japoneses, las cuales eran leídas con gran gusto, y ella, a su vez, juntamente con sus oraciones y sacrificios, enviábale sellos y otras cosas que reunía para ese fin. Ahora desde el cielo ayudará a este hermano predilecto en sus trabajos apostólicos y a Santa Teresita a derramar sobre él su lluvia de rosas.

¡Qué apostolado tan fecundo ejerció también nuestra hermana desde el rincón de su celda con las cartas que escribió a los demás hermanos, todas saturadas de fraternal ternura y de gran interés por el bien de sus almas! Casi siempre iban acompañadas de algunas estampitas de Santa Teresita, y contribuyeron grandemente a aumentar en ellos el amor a la virtud.

El hermano sacerdote, D. Julián, nos decía en una ocasión en el locutorio, hablando de la her-

mana Teresa: «Parece que ella recogió todas las gracias, y desde el Carmelo nos ha empujado a todos a la virtud».

A medida que aumentaba en el corazón de nuestra hermana su amor a Dios, iba creciendo más el que tenía al prójimo en general y a sus hermanas en particular, pudiendo afirmar con la Santita: «Cuanto más unida estoy a Jesús, mayor es el amor que tengo a mis hermanas»¹.

No se puede amar a Dios sin amar al prójimo, porque el amor al prójimo es la expresión de nuestro amor a Dios; por eso cuando el amor divino prende en un alma, necesariamente tiene que amar a sus hermanos, y si no les ama, su amor a Dios no es verdadero. Además, para amar a Dios tenemos que guardar sus mandamientos: «Si me amáis, observad mis mandamientos»², y el amor al prójimo no es solamente un consejo, sino un precepto divino: «Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis unos a otros como Yo os he amado»³.

No contento el Divino Maestro con que nos amásemos de cualquier manera, El mismo se propuso como nuestro modelo, diciendo: «Como Yo os he amado»; y para encarecer la necesidad del cumplimiento de este su mandamiento, añadió: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos»⁴. Amar al prójimo por amor de Dios es amar al mismo Dios. El Señor lo afirmó claramente: «Lo

1 Hist., cap. IX.

2 Juan, XIV, 15.

3 Ibid., XIII, 34.

4 Juan, XIII, 35.

que hicisteis a alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis»¹.

La hermana Teresa, cuya aspiración constante era hacer todo cuanto pudiese para agradar a Dios, esforzábale mucho en la práctica de esta virtud, y esto a costa de muchas luchas interiores, constante oración y fuerza de voluntad para dominarse en las ocasiones. A semejanza de Santa Teresita, tuvo que luchar contra la antipatía que le causaban algunas religiosas, ya por su manera de ser, ya por otros motivos que Nuestro Señor permite para acrisolar las almas; pero a su imitación «se aplicó también a hacer por ellas lo que hubiera hecho por la persona más querida»², y podemos afirmar de ella lo mismo que Celina dijo a este respecto de la Santita: «Se dominaba de tal modo, que no se veía en ella nada de esfuerzo. La veíamos tan amable y complaciente para con esas hermanas, que las hubiéramos tomado por sus mejores amigas»³.

Impulsada por esta bella virtud de la caridad, reina de todas las demás, tenía gran cuidado en disculpar a las ausentes, teniendo muy presente esta sentencia que había escrito en un cuadernito que se halló después de su muerte:

«No culpes, ni te disculpes,
Si de paz quieres gozar;
Pues si esta lograr deseas,
Has de oír, ver y callar».

1 Mat, XXV, 40.

2 Hist., cap. IX.

3 Summarium de 1919.

Había adoptado como estribillo esta frase: «Ante todo la caridad», que un día oyó en el locutorio a un religioso al referirnos un caso gracioso, y la repetía en tono jovial a propósito de cualquier cosa. De este modo, entre amables sonrisas y frases juguetonas, practicaba la caridad y divertía a sus hermanas, dejando a todas alegres y edificadas.

Donde más resplandeció su caridad para con el prójimo fué en el oficio de enfermera, que lo desempeñó muy a satisfacción de la comunidad con gran igualdad, prestando sus servicios con mucho espíritu de fe, viendo a Jesús en sus hermanas enfermas o necesitadas. Fué grande su desvelo, y sólo el amor divino podía inspirarle ciertas delicadezas para aliviar las necesidades de las religiosas y evitar todo lo que podía serles molesto.

Abnegada en extremo, no miraba al trabajo, ni le importaba perder las noches, sin abandonar la cabecera de las enfermas mientras no las veía aliviadas. La última noche que pasó sobre la tierra, estuvo asistiendo a una de ellas que se puso peor debido a un susto. Luego que supo lo ocurrido, se levantó y, con gran solicitud y cariño, a pesar de estar en casa ajena, fué a hacerle una taza de tila, y no se retiró a descansar, hasta que la vió tranquila.

Si tenía alguna enferma de gravedad y se ponía peor, se afligía mucho, pues pensaba que era por su culpa. Con qué presteza y buena voluntad deja-

ba la oración cuando alguna hermana necesitaba de sus servicios, sacrificando el gusto que tenía en estar en la divina presencia; y parece que Nuestro Señor se complacía en probar su caridad, pues solía decir con gracia: «Cuando en la oración estoy muy fervorosa, Nuestro Señor hace que se ponga enferma alguna religiosa para que tenga que salir del coro, y, en cambio, cuando no puedo hacer nada en la oración, ninguna se pone mala.

Algunas veces también pedía licencia a la prelada para llevar a las que estaban en la celda enfermas, el postre que le ponían a ella en el refectorio. Sólo Dios sabe el espíritu de caridad con que lo hacía todo.

CAPÍTULO V

**Su presencia de Dios.—Alma eucarística.—Baños de Sol.
—Ejercicios espirituales.—Su amor a la Iglesia, a la
Orden y a España.**

Es la presencia de Dios el camino que nos conduce a la perfección. Por eso dijo Nuestro Señor a Abraham: «Anda en mi presencia y serás perfecto»¹.

La hermana Teresa era una alma de mucha vida interior; pero tuvo que trabajar durante largo tiempo hasta alcanzar esa presencia de Dios por la cual tanto había anhelado. Hablando de ella decía que se sentía rodeada de Dios como una esponja dentro del agua, y de este modo, aun en medio de sus ocupaciones exteriores, se conservaba en la divina presencia, sirviéndose de todas las cosas para elevar su pensamiento a Dios, sobrenaturalizándolo todo.

Cuando ayudaba a barrer el coro lo hacía con gran espíritu de fe, y en una ocasión dió a conocer los sentimientos que la embargaban, exclamó:

¹ Gen., XVII, 1.

mando con fervor: *Domine, dilexi decorem domus tuæ*¹. También le gustaba mucho repetir esta frase de nuestra Santa Madre: «Trabaje el cuerpo y descanse el alma»² que es lo mismo que Santa Teresita recomendaba a sus novicias cuando les decía: «Recuerdo haber leído que los Israelitas edificaron las murallas de Jerusalén trabajando con una mano y empuñando en la otra una espada»³. Esto es la figura exacta de lo que nosotras hemos de hacer: trabajar, en efecto, con una mano y con la otra defender nuestra alma de la disipación que la impide unirse con Dios»⁴.

Solía la hermana Teresa llevar a la recreación, dentro de una caja de cerillas, unas sentencias espirituales escritas en papelitos sueltos, y para que las jóvenes renovasen la presencia de Dios y se enfervorizasen, les ofrecía la cajita, diciéndoles con gracia: «¿Quieren una cerilla?», comparando las sentencias a los fósforos que producen luz y fuego.

Rezaba el Oficio divino con tal devoción y recogimiento, como si alternando con los ángeles las divinas alabanzas, quisiese igualarlos en el fervor.

Cuando tocaba el armonio, lo hacía con mucho espíritu interior, y algunas veces nos llamaba la atención su actitud tan recogida. Parecía que se remontaba a las alturas en busca del Amor de los

1 Sal., XXV, 8.—(Señor he amado la hermosura de tu casa).
2 *Camino de Perfección*, cap. XXXIV.
3 II Esdras, IV, 17.
4 *Consejos y Recuerdos*.

amores. Una religiosa cuenta que estando un día la hermana Teresa tocando las Vísperas de la fiesta del Santísimo Sacramento, al llegar a la antifona que dice: *¡O quam suavis est, Domine, spiritus tuus!*, parecía que su alma se elevaba al cielo. Seguramente el Señor la estaba llenando de inefable suavidad, pues su rostro tenía una expresión tal de paz y de amor, que sólo al mirarla causaba devoción.

Le gustaba mucho esta máxima: «Al exterior, como todas; al interior, como ninguna». Su recogimiento interior se reflejaba en su porte exterior. Cuando tenía que salir de la celda, siempre la encontrábamos muy modesta y recogida, con los ojos bajos y las manos debajo del escapulario; pero si nos dirigíamos a ella para alguna cosa necesaria, inmediatamente nos atendía y su rostro se iluminaba con una amable sonrisa. Había días en que se notaba algo de celestial en su mirada, y su rostro estaba inundado de tal alegría que bien podía cantar con su Extático Padre:

«¡Dichosa y venturosa
El alma que a su Dios tiene presente!
¡Oh mil veces dichosa!
Pues bebe de una fuente
Que no se ha de agotar eternamente»¹.

Mucho se le debía comunicar Nuestro Señor en la oración, haciéndole experimentar las dulzuras de su divino amor. Sentía particular atractivo en pasar la mayor parte de ella postrada en espí-

1 Poesía XXI, 34.

ritu junto a la cruz de Jesús, cual otra Magdalena, llorando sus pecados y bañándose en su preciosísima Sangre. Aprovechando la oscuridad del coro durante ese tiempo, estaba largos ratos postrada con el rostro en tierra. Tenía gran devoción a Santa María Magdalena y quería imitarla en el apasionado amor que demostró al Divino Maestro al pie de la cruz.

Era un alma verdaderamente eucarística. Los domingos pasaba largos ratos junto a la reja del coro para estar más cerca del sagrario, deseosa de unirse más y más con Jesús-Hostia; y, abismada en la grandeza de su amor misericordioso, acompañaba al Divino Prisionero en sus dolorosos abandonos. Este su anhelo lo manifestaba ella en esta sentencia que solía repetir:

«Al Amante del sagrario
Más y más has de acercarte,
Si, cual sediente paloma,
De su amor quieres saciarte».

Otras veces se ponía delante del sagrario a tomar, como ella decía, *baños de Sol*. Exponía su alma a la acción de los rayos del Sol Divino, para que la penetrasen y abrasasen, purificándola de sus menores faltas con los ardores de su amor, pudiendo decir con la Santita:

«Aquí a los rayos expuesta
De aquesta Hostia divina,
En este fuego de amor
Yo quedaré consumida»¹.

1 *Dirupisti, Domine, vincula mea.*

Un día de Semana Santa, ayudando la hermana Teresa a una religiosa a llevar a la portería el cofrecito que se pone en el monumento del Jueves Santo, dijo con una expresión llena de amor: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar!*¹, y después añadió: «¡Cuánto me gustan estas palabras! ¡Qué deseos tan grandes tenía Nuestro Señor de instituir el Santísimo Sacramento!».

También sentía particular atractivo por la Hora Santa, y todos los jueves, con el debido permiso, la hacía de 11 a 12 de la noche. Al principio la pasaba en un oratorio de la comunidad que da frente al sagrario, y después, cuando le dijeron que en esa hora era más perfecto estar en la celda, la hacía allí. Esto era para ella tanto mayor sacrificio, cuanto que entonces la dominaba mucho el sueño. Vez hubo que se quedó sin acostarse, pues, habiéndose quedado dormida, no se despertó hasta la mañana siguiente.

Los ejercicios espirituales eran siempre para nuestra hermana un nuevo vuelo hacia la perfección. Se preparó con particular fervor para los que empezamos a fines de octubre del año 1934, como si presintiese su cercano fin. Poco antes había hecho una confesión general con el confesor ordinario de la comunidad, D. Vital Villarrubia², el cual la conocía muy a fondo, y,

1 Luc., XXII, 15 (Ardientemente he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes de mi pasión).

2 Fué apresado en Madrid por los marxistas el año de 1936 y asesinado.

al ver el vehemente deseo que tenía de santificarse, la guiaba y animaba en el camino de la perfección.

Purificada ya su alma con aquella confesión, se dedicó durante aquellos días de bendición a oír la voz de Dios en el fondo de su corazón y la de su representante, el R. Padre Evaristo de la Virgen del Carmen, C. D., que nos los dió aquel año, el cual, al ver sus bellas disposiciones interiores, procuró con gran interés secundar la acción divina en su alma. Nuestro Señor la colmó de gracias, derramando sobre ella torrentes de luz y de amor, y su rostro, lleno de celestial gozo, reflejaba lo que pasaba en su interior.

Al año siguiente los hicimos con el R. Padre Nazario del Sagrado Corazón, C. D.¹, los cuales empezaron el 26 de noviembre. Fueron estos los últimos que hizo la hermana Teresa, y de su comunicación espiritual con ese santo carmelita, recibió las últimas luces y esfuerzo para proseguir animosamente la postrera etapa de su vida, hasta sucumbir gloriosamente, cual invicto atleta, por el reinado de Cristo. Hemos encontrado un papel en el cual nuestra hermana escribió las resoluciones que hizo durante aquellos ejercicios, los cuales reflejan claramente sus disposiciones interiores y nos dan una idea de los chispazos que

1 Superior del convento de Toledo y asesinado en aquella ciudad, el cual, según expresión del R. Padre Evaristo de la Virgen del Carmen, C. D., «dejó un recuerdo imprecadero de su grandeza de ánimo».

durante aquellos dichosos días saltaron de la Divina Hoguera sobre su corazón tan bien dispuesto, y fueron los siguientes:

«*Propósitos de los santos ejercicios de 1935.*

»1.º Continuar el examen particular del silencio.

»2.º Caridad. (Este para toda la vida).

»3.º Intensificar la vida interior por medio de la mortificación de los sentidos.

»Durante este Adviento meditar a Jesucristo como causa ejemplar de nuestra santidad. (Su vida, sus ejemplos, etc.).

»Todo bajo la protección de mi Santísima Madre. (5-12-1935».

Después escribió estas dos frases como el lema de su vida espiritual: «*Age quod agis*»¹. «*In ordinariis non ordinarius*». Estas palabras le recordaban la necesidad de hacer bien todas las cosas, esto es, la de hacer la vida ordinaria de un modo no ordinario, para llegar a la santidad a que aspiraba.

La hermana Teresa era un alma de fuego, y, como verdadera hija de nuestra Santa Madre, amaba mucho a la Iglesia. Todo lo concerniente a la Liturgia la entusiasmaba, causándole particular devoción y consuelo espiritual el repetir las oraciones y textos sagrados en la misma lengua en que ella nos los presenta. Por este motivo hemos

1 Haced bien lo que haceis.

encontrado entre sus apuntes, varias frases escritas en latín, por las cuales sentía especial atractivo, para avivar la presencia de Dios, o animarla en el camino de la perfección.

También tenía entrañable amor a nuestra sagrada Orden, de la cual se mostró siempre gran entusiasta, y gustaba mucho de leer las vidas de nuestras antepasadas y los demás sucesos ocurridos en la comunidad desde la fundación del convento.

Dotada de gran patriotismo, en su pecho estaban íntimamente unidos el amor de Dios y el de la patria. Sus glorias la enardecían y su ardiente corazón latía de entusiasmo al oír hablar de sus hijos ilustres. Parecía que en sus venas corría sangre de guerreros, y compuso algunas hermosas poesías para expresar sus sentimientos patrióticos. Su sufrimiento era indecible ante los acontecimientos desarrollados en su amada España, sintiéndose humillada como si se tratase de algún oprobio personal.

CAPÍTULO VI

**Suspirando por el martirio.—Los mártires de Méjico.—
Una despedida.—Atleta de Cristo.—El glorioso triunfo
de la Virgen-Mártir.**

HABIENDO hallado, escribe Santa Teresita, el lugar en donde combatían los mártires, nos arrodillamos sobre aquella tierra bendita, confundíendose nuestras almas en una misma plegaria: Mi corazón latía violentamente cuando acerqué mis labios al polvo enrojecido con la sangre de los primeros cristianos. Imploré la gracia de ser también mártir por Jesús, y sentí en lo íntimo de mi corazón que era atendida mi petición»¹. «Cueste lo que cueste, quiero ganar la palma de Inés; si no es por el martirio de sangre, al menos será por el de Amor...»²

Estos hermosos pasajes que se leen en la *Historia de un alma*, nos demuestran cómo la Santita apreciaba la insigne gracia del martirio, y cómo anhelaba poder derramar un día su sangre por Cristo.

La hermana Teresa, fiel discípula de Santa

¹ *Hist.*, cap. VI.

² Carta IV a la M. Inés de Jesús.

Teresita, también albergó en su corazón los mismos sentimientos y deseos que rayaban en locura, y muchos episodios de su vida nos lo han probado claramente. Cuántas veces, haciendo violencia al cielo para alcanzar su realización, habrá repetido a su vez: «Jesús, que muera yo mártir por Vos; concededme el martirio del corazón o el del cuerpo. ¡Ah, dadme los dos!»¹

El Señor satisfizo sus aspiraciones, concediéndole el uno y el otro, pues tuvo la dicha de ser víctima de amor, y por lo tanto, mártir de amor, y de derramar su sangre por el reinado de Cristo. Si el Angel de Lisieux, al contacto con la tierra empapada en la sangre de los mártires, sintió nuevos impulsos de ofrecer a Dios el testimonio de su sangre, la hermana Teresa se enardecía y llenaba de entusiasmo al leer los martirios sufridos por los católicos de Méjico que daban heroicamente sus vidas por la fe, y en las recreaciones de los días extraordinarios, en que las jóvenes hacen algunas representaciones piadosas, le gustaba mucho desempeñar el papel de los mártires mejicanos que morían al grito de «¡Viva Cristo Rey!»

A raíz de la proclamación de la República, una persona le escribió una carta encabezada con un «¡Viva la República!» Ella le respondió: «*A tu ¡Viva la República! contesto con un ¡Viva Cristo Rey!, y ojalá pueda un día repetir este viva en la guillotina.*»

1 Hist., cap. VIII.



CAMINO DEL CEMENTERIO DE GUADALAJARA

La cruz señala el lugar donde cayó asesinada la H.^a Teresa

Era tal el aprecio que hacía de esta gracia tan grande, que en una ocasión la oímos decir: «Los mártires en el cielo tendrán particular amor a sus verdugos, por la gran felicidad que les proporcionaron».

Una de las últimas veces que se confesó, cuando ya empezaba a rugir a lo lejos la tempestad comunista, salió del confesonario radiante de alegría y en su rostro se traslucía el gozo espiritual que la inundaba. Más tarde comunicó a una religiosa el motivo de su alegría, diciéndole: «*Ya me he despedido del padre hasta el cielo, por si nos martirizan*». Hasta el cielo se despidieron y muy pronto allí se reunieron en la falange de los mártires. Parecía que cuanto más amenazadas nos veíamos, más aumentaba en ella el deseo del martirio que había heredado de su Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, y, como hija de tal Madre, en los últimos días de su vida, pasados fuera del claustro, dió pruebas de gran intrepidez y ánimo varonil exponiéndose a los peligros y conservando siempre su carácter vivo y jovial.

Llegó, por fin, el día en que nuestra querida hermana iba a consumir su sacrificio y a «servir de espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres»¹, combatiendo como un valeroso soldado de Cristo. Era la ocasión de poder exclamar:

Con las armas del Dios Omnipotente,
Por su divina mano engalanada,
Jamás el miedo nublará mi frente,

1 1 Cor., IV, 9.

Porque ya no hay espada
Que del amor de Dios pueda arrancarme.
A su lado a luchar sobre la arena,
Yo marcharé serena,
Que no podrá arredrarme
Ni el fuego, ni el acero;
y mi enemigo fiero
Sabrá que yo soy reina poderosa,
Sabrá que todo un Dios me llama esposa»¹.

Cuando dispararon los fusiles y cayeron las otras dos religiosas, la hermana Teresa no quedó herida y, como paloma asustada, se metió en el portal de la casa n.º 1, pero no sabiendo donde refugiarse, intentó entrar en el *Hotel Palace*, situado en la calle de Miguel Fluiters, pero estaban a la puerta varios milicianos que se lo impidieron. En este crítico momento apareció allí un miliciano, hombre de bajos sentimientos y de bien acentuadas ideas comunistas, y al ver el alboroto, preguntó: «¿Qué es lo que pasa?» Habiendo sido enterado de lo que se trataba, cogió a nuestra hermana del brazo y procurando engañarla, le decía con irónica compasión: «Ven conmigo, que esos son unos bárbaros». La pobrecita se mostró temerosa, pero él, disimulando sus malas ideas, le dijo: «No tengas cuidado, que yo te llevaré a donde no te pasará nada». Entonces ella, cual inocente cordero, se dejó conducir por aquel lobo infernal que la metió en la calle de San Juan de Dios, camino del cementerio, pasando por el puente de San Antonio.

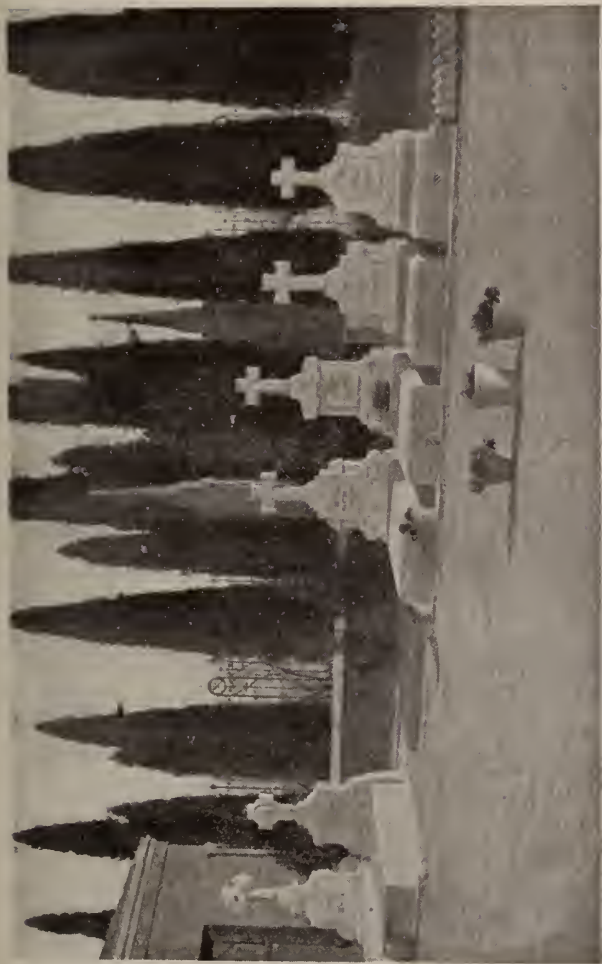
1 Santa Teresita, *Mis armas*.

No tardó la hermana Teresa en conocer el peligro en que se hallaba. Ha llegado el momento de probar cómo una débil joven se hace invencible cuando se apoya humilde en Aquel que es su Fortaleza.

Su malvado acompañante se quita desvergonzadamente la máscara con que ocultaba sus perversas intenciones. El virginal pudor de nuestra hermana se ve atacado por el lenguaje licencioso de aquel libertino, quien se vale de promesas y de amenazas. Todo fué en vano. Fiel a su Celestial Esposo, le resiste con energía y rechaza indignada, luchando valerosamente por conservar en todo su esplendor la joya que más estima y que desde los nueve años había consagrado al Señor. Está sola y sin auxilio humano, ni dispone de otras armas que su viva fe y su ardiente caridad. Nada importa, pues triunfará sostenida por la divina gracia. Dios está con ella y no puede ser vencida

Como si no bastara tener que luchar con una fiera armada, momentos después se ve rodeada de tres o cuatro milicianos más. ¡Vano intento! Aunque «se arme contra ella un ejército, no temerá su corazón»¹. Quieren obligarla a gritar: «¡Viva Azaña! ¡Viva el Comunismo!», prometiéndole dejarla con vida si lo hace; pero ella, hecha un prodigio de religiosa fortaleza, desprecia esa vida, que no quiere conservar a tan bajo precio.

1 Sal. XXVI, 3.



ENTRADA DEL CEMENTERIO DE GUADALAJARA

Los tres tiosos de geranios indican el sitio donde dejaron tirada toda la tarde a la H.^a Teresa hasta echarla en la fosa

Obligada a escoger entre la muerte o la apostasía, sin vacilar un momento, con extraordinario entusiasmo y no menor intrepidez, grita con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Viva Cristo Rey!», grito que repite invencible, cuantas veces la amenazan de muerte si no grita: ¡Viva Azaña! ¡Viva el comunismo!».

El corazón acelera sus latidos al ver que se aproxima veloz el momento de su martirio, por ella tan ardientemente deseado, y, ofreciéndose gozosa a Dios, se desentiende del grupo de sus asaltantes y echa a correr con los brazos abiertos, cual si Jesús le ofreciera los suyos, gritando siempre: «¡Viva Cristo Rey!». Una descarga certera y rabiosa del enfurecido comunista corta sus pasos. ¡No importa! El hombre perverso no ha logrado su intento; la fiera salvaje y taimada, ha quedado vencida por la viril debilidad de la desposada de Cristo. El infierno se bate en retirada. *¡La mártir ha triunfado!* ¡Viva Cristo Rey!

Un balazo por la espalda ha derribado en tierra el cuerpo virgen de nuestra heroína, que se desploma del lado derecho¹. Brota la sangre por la herida, y mientras que el hilo de su vida se diluye por momentos, sus cobardes asesinos se alejan².

1 Quedó atravesada en la acera, con la cabeza hacia la tapia, entre el 2.º y 3.º banco de piedra que están en el camino del cementerio, y a tres metros de distancia de este último.

2 Según han asegurado, la hermana Teresa cuando iba camino del cementerio, con gran intrepidez increpó a los comunistas por su cobardía por haber fusilado a dos religiosas indefensas. Entonces, al conocer ellos que también era monja, enfurecidos, la maltrataron cruelmente de palabra y de obra.

Un testigo de vista nos contó que iba al cementerio, y estando ya cerca,

¡Llor a la *Virgen-Mártir de Cristo Rey* y por Cristo Rey! «Con valor ha combatido el buen combate, ha concluído su carrera en este suelo y guardado la fe»¹. Teñida de rojo su blanca estola, su esperanza goza ya del premio de la inmortalidad. Bien puede repetir en estos sus últimos momentos, como tantas veces lo hizo durante su vida con extraordinario entusiasmo:

«Por sólo tus amores, Jesús, mi Bien Amado,
En Ti mi vida puse, mi gloria y porvenir;
Y ya que para el mundo soy una flor marchita,
No tengo más anhelo, que,... amándote, morir.

—
¡Qué dicha tan suprema... *dar yo por Ti la vida!*
Qué dicha, . . . ir deshojando mi ya marchita flor!
Así podré probarte, ¡Jesús idolatrado!,
Que el alma que me diste, *te da todo su amor*².

Pasa breve el tiempo de esta penosa agonía sufrida por Jesús, y la hermana Teresa muere

vió que iban más adelante unos individuos que llevaban a nuestra hermana, y, poco después, ella echó a correr con los brazos en cruz, gritando: «¡Viva Cristo Rey!». Entonces uno de ellos, apuntándola con el fusil lo disparó. Una bala le atravesó el corazón, cayendo al suelo de un lado. Ellos, acercándose, le registraron un maletín que llevaba, pero no encontrando más que unos objetos de piedad, lo arrojaron al suelo y se fueron. Luego que ellos se marcharon, dicho testigo siguió el camino hacia el cementerio y al pasar junto a nuestra mártir se detuvo y vió que echaba sangre por la herida y estaba en estado convulsivo. Cuando llegó al cementerio comunicó lo ocurrido y le contestaron: «Déjala, si no fuera monja no la hubieran matado».

Quizá una media hora después, dicho testigo tuvo que hacer un segundo viaje, y la encontró ya dentro del cementerio, cerca de la puerta, tendida en el suelo, muerta. Allí la habían tirado como si fuese un fardo. Estaba muy blanca, con una blancura extraordinaria.

Otros testigos de vista afirmaron que sus asesinos, así como unos moralbetes que se hallaron presentes, y que más tarde la condujeron al cementerio por orden del conserje, comentaban después indignados la tenacidad de la monja, que sabiendo que la iban a matar todavía gritaba: «¡Viva Cristo Rey!»

1 II Tim., IV, 7.

2 Santa Teresita, *Una rosa deshojada*.

como había vivido, como una verdadera heroína, venciendo a los enemigos de su honor, de su patria y de *su Dios*, quien desde el empyreo la invita y llama con el: *Veni, sponsa mea... Ven, esposa mía, ven y serás coronada*¹.

Cual blanca paloma, vuela su dichosa alma al cielo, rodeada de ángeles testigos de sus triunfos. Virgen fiel, ha luchado con valor por la causa de Dios y confesado la realeza de Cristo ante los hombres perversos y ante el infierno. «Fué fiel a Jesús hasta la muerte y El le da la corona de la vida»². Cual otra Santa Teresita, la Reina de las almas pequeñitas, cruzando los espacios, volverá a la tierra, para ayudarla, según eran sus deseos, a derramar sobre el mundo y en especial sobre España, su *lluvia de rosas*, cantando el cántico de su triunfo:

«A *Cristo-Rey*, ¡Bien mío, dichosa he confesado;
Tendiendo a El mis brazos, ¡oh cuánto le aclamé!
Tanto, que, con la fuerza de mi amoroso grito,
La nube que su rostro ocultaba desgarré.
Y en El, al encontrarme en sus brazos descansando,
Su faz de luz divina radiante contemplé.
¡Cuán dulce fué el instante de aquel triunfo mío,
Cuando desde estas playas me transportaba El
A las lejanas playas del cielo, donde amante
Abierto a mis anhelos su Corazón hallé!...

Que nadie me censure si aseguro
Que de mi ardiente corazón las ansias
De ser santa y ser mártir se han cumplido,
¡Oh sueño de mi alma!

1 Cant., IV, 8.

2 Apoc., II, 10.

La caridad de Cristo me apremia y enajena,
Y a todos desde el cielo deseo hacer el bien:
Y quiero, enternecida, que broten en sus almas
Las flores que florecen del cielo en el Edén.

Mis ansias son de nuevo volver sobre la tierra
Y hacer que todos amen a *Jesucristo Rey*.
De todos bendecido será Dios, nuestro Padre,
Que tantas maravillas en mí ha querido hacer.

¡Ah!, compartid conmigo aquesta mi esperanza
Dulcísima que tengo de que se van a ver
Cumplidos mis deseos, como mi amado Cristo
Así me lo asegura, como confío en El.

Su Corazón dulcísimo querrá que sin tardanza,
Se cumpla aquí en mi patria aquel su «Reinaré».
Y reinará en España... más que en el mundo entero,
Aunque en el mundo reine como Señor de él.

Ya veo, ya, el torrente que brota de su pecho
Y en río convertido de paz y luz de fe
Llevar hasta los últimos confines de la tierra
La dicha prometida por su palabra fiel.

Llebad ecos lejanos y céfiros suaves,
Llebad, oh frescas brisas, y dadlo a conocer
En vuestras ondas este mensaje de los cielos,
Y mi Madre la Iglesia al oírlo gócese.

¡El reinará! es el grito postrero de mi alma
Que brota de mi pecho con su postrer aliento.
¡El reinará! es un fuego vivísimo que siento,
Anhele a quien no puedo poner ahora ley.

Y más allá del límite del tiempo y del espacio
Escucho por doquiera triunfante el alarido
Del mundo que dichoso, por la gracia vencido,
A Jesucristo aclama su Salvador y Rey.

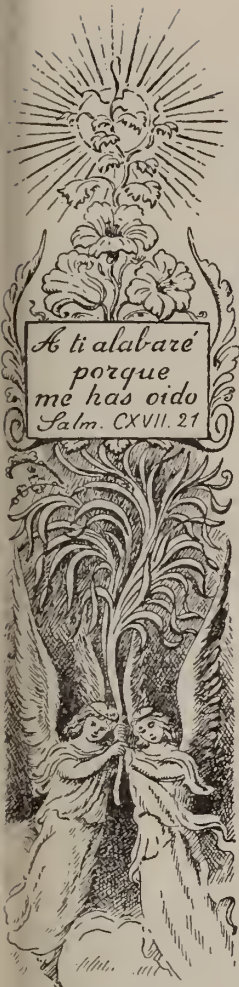
¡Oh Cristo vencedor!, llegue la hora
Bendita del reinado de tu amor:
¡Ah! no quisiera descansar ahora,
En la paz de la patria, hasta la aurora
Deste día dichoso. ¡Ven Señor!»¹

¹ Poesía de dicha recreación piadosa. Traducción del R. Padre Eladio de Santa Teresa, C. D.

PARTE TERCERA



H.ª María Angeles de San José



Datos biográficos de la S^{ta} Maria Angeles de San José

❖ 1905 - 1936 ❖

CAPÍTULO I

Nacimiento de Marciana y su infancia.
—Una familia privilegiada—Preven-
ciones divinas y correspondencia a
la gracia. — Muerte de su madre.



EL día 6 de marzo de 1905, en Getafe, provincia de Madrid, vino al mundo, a las cinco de la mañana, una niña cuyos padres se llamaron Manuel Valtierra Serrano y Lorenza Tor-

desillas Muñoz. Le habían precedido nueve hermanos, cuatro niños y cinco niñas, y ella fué el décimo vástago de aquel cristiano hogar y la última de sus descendientes; pero la recibieron con más júbilo y cariño que si hubiera sido la primera, pues ya no la esperaban.

Al igual de lo ocurrido con los padres de Santa Teresita, deseaban mucho que fuese un niño, pues los cuatro que el Señor les había concedido, así como otras dos niñas, volaron a la patria celestial en los albores de la vida; más no fué esa la voluntad de Dios y les envió esta niña, que fué recibida como un don del cielo, como si adivinasen el tesoro que el Señor les otorgaba.

En la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de dicho pueblo, el día 13 del mismo mes, a las nueve de la mañana, surgía de las aguas bautismales. Renació a la vida de la gracia bajo la protección de esta insigne Santa, que si es el modelo de las almas penitentes, también lo es de las almas amantes de un Dios todo amor. Le impusieron el nombre de Marciana Valtierra Tordesillas, siendo madrina su hermana mayor, Marcelina, que a la sazón tenía diecisiete años de edad.

Tuvo Marciana en su vida muchos puntos de semejanza con la de Santa Teresita, como lo iremos viendo en el decurso de su biografía.

La madre no tuvo el consuelo de poder criar a su hija, y por este motivo tuvieron que llevarla a casa de una nodriza para que la criase, lo que causó a todos gran sentimiento por tener que

separarse de aquel angelito. Nuestro Señor les deparó una que fué para la niña como verdadera madre, cuidándola con el mismo cariño que a sus propios hijos, de los cuales, el mayor, que se llamaba Celestino, y tenía a la sazón unos cinco años, quería mucho a su nueva hermanita. Parecía que Dios ligaba ya con lazos del más inocente amor aquellas dos almas que más tarde habían de consagrarse a El y recibir casi al mismo tiempo la palma del martirio¹.

En la alcoba donde dormía la niña hacía él altarcitos y «decía misa», terminada la cual, besaba tiernamente a su hermanita.

Marciana era muy cariñosa y mansa, dando muy poco que hacer. Su hermana mayor afirmaba que nunca la vió llorar, y cuando iba a verla, la dejaba en el suelo o le apretaba la cara para que llorase, por el gusto que tenía de oirla; mas no lo conseguía, porque ella se quedaba tan tranquila como siempre. Era esto un presagio de la paciencia y espíritu de mortificación que tendría toda su vida, pues conservó siempre en medio de las contrariedades, una serenidad inalterable.

Cuando Marcianita volvió a la casa paterna su hermana mayor la tomó a su cuidado.

1 Fué monaguillo de los Reverendos Padres Escolapios y en su colegio pasaba todo el día. Era muy querido de todos por su buen carácter y comportamiento. Más tarde entró en el noviciado que tienen en Getafe, profesando a su tiempo.

El R. P. Celestino fué asesinado por los rojos el día 16 de agosto de 1936, habiendo profetizado él mismo a su madre el género de muerte que había de tener cuando la vió llorar inconsolable al recibir la noticia de que habían fusilado a su querida Marciana.

Grande era la alegría que reinaba en aquella casa, pero muy pronto se trocó en la más profunda tristeza, porque la niña, que apenas tenía dieciséis meses, cayó enferma, y todos estaban alarmados con la gravedad del mal. Apenas se había repuesto de esta enfermedad cuando a los veinte meses fué atacada de una bronquitis y pulmonía, llamando la atención de todos, y principalmente del médico, al verla tan sufrida y sin quejarse en medio de las curas que le hicieron tan dolorosas, entre ellas, los cáusticos que tuvieron que ponerle.

Si por casualidad no tenía la ropa bien puesta, pedía que la arropasen, diciendo en su infantil lenguaje: «Mamá, a opar». Hicieron todo lo posible para salvarla; pero sin esperanza humana de conseguirlo.

Su hermana Marcelina, bañada en lágrimas, le decía: «¿Quieres morir para ir al cielo?» Y ella le contestaba: «Sí». Cuando le daba una estampita de la Santísima Virgen con el Niño Jesús, la besaba, y si le preguntaba: «¿A dónde vas a ir?», respondía: «Al sielo con el Niño Jesús».

Aunque conformes con la voluntad de Dios, todos estaban llenos de la más viva angustia al pensar que muy pronto iba a desaparecer de su vista aquel angelito. Muchas fueron las oraciones que se elevaron al cielo, y el Señor se dignó escucharlas, devolviendo la salud a la enfermita y, con ella, la alegría a todos los corazones. Mas no fué esta la última enfermedad que tuvo que soportar.

Las cuatro hijas que sobrevivieron, Marcelina, Pilar, Petra y Marciana, nuestra biografada, fueron educadas por sus cristianos padres con todo esmero y solicitud, los cuales se esforzaron en inculcarles, desde la más tierna edad, el amor a Dios y a su Santísima Madre, en el que tanto se distinguieron, y en transmitirles sus virtudes.

Del acendrado catolicismo de esta familia privilegiada es prueba evidente los once miembros de ella que, abandonando el mundo, se consagraron al Señor en la vida religiosa. Tuvo el señor Valtierra una prima religiosa, la primera de la familia, la Madre Escolástica, que fué muchos años abadesa del monasterio de las Bernardas Recoletas de Alcalá de Henares, la cual, ya muy anciana, murió en olor de santidad.

Tres de sus hermanas abrazaron también el estado religioso. La primera, llamada en el siglo Manuela Valtierra Serrano, entró en el convento de las Concepcionistas Franciscanas de Alcalá de Henares, a la edad de diecinueve años, con el nombre de Sor María del Espíritu Santo, la cual se distinguió de un modo particular en la virtud de la pobreza, y murió a los setenta y dos años de edad. La segunda, que se llamó Petra, fué clarisa en el convento de la Encarnación de Valdemoro (Madrid), recibiendo en el claustro el nombre de Sor Purificación. Fué un alma de mucha oración, y después de haber vivido sólo ocho años en la religión, murió a los treinta y cuatro de edad en gran concepto de santidad. La tercera, Gregoria,

también ingresó en el convento de las Concepcionistas Franciscanas de Alcalá, con el nombre de Sor María del Santísimo Sacramento, a los diecinueve años, y murió a los treinta y seis de edad. Se distinguió por su sencillez e inocencia y en la práctica de las virtudes de la caridad y del silencio.

Tenía, además, una prima carnal religiosa agustina y otra en el convento de las Trinitarias de Madrid. Finalmente, dos sobrinas segundas entraron también religiosas; una en las Adoratrices, y otra en el convento de las Carmelitas Descalzas de la Imagen de Alcalá de Henares.

Mucho apreciaba el señor Valtierra, como el padre de Santa Teresita, esta insigne gracia concedida a su familia, y más de una vez le oyeron decir: «Cuatro hijas tengo, y mi mayor alegría en este mundo sería verlas todas consagradas a Dios». Nuestro Señor le realizó tan santo deseo, escogiendo tres para su divino servicio; pero no sin que el acerbo dolor de la separación le desgarrase su paternal corazón. Sólo una hija se quedó en el mundo por falta de salud, como se dirá más adelante.

Marcelina no perdió la ocasión de imprimir en la tierna alma de su ahijadita el amor a Dios y a la Santísima Virgen. Tenía apenas algunos meses cuando le preguntaba: «¿Dónde está Dios?» Y ella, sonriéndose, apuntaba al cielo con su dedito. Lo mismo hacía cuando le preguntaba dónde estaba el cielo y los angelitos.

Correspondiendo a los desvelos de su madrina, se mostró Marcianita desde los más tiernos años muy inclinada a la piedad, como lo prueba el siguiente episodio. Fueron un Jueves Santo por la noche a la parroquia a oír el sermón de la sagrada Eucaristía. Entraron en la iglesia y, como en esos días quitan el agua bendita de las pilas, pasaron adelante sin tomarla. La niña, que iba en brazos de la nodriza, quería como desprenderse de ellos, y con el dedito señalaba a la pila balbuciendo algo que no entendían. La llevaron a donde ella indicaba y, metiendo su manecita dentro de la pila, se santigüó y tan contenta.

Apenas sabía hablar cuando su madrina la hacía santiguar todas las mañanas al levantarla, y de sus balbucientes labios se elevaban al cielo inocentes plegarias que su Angel Custodio se apresuraría, seguramente, a presentar ante el trono de Dios.

Siendo algo mayorcita, cuando oía tocar a misa, empezaba a dar palmaditas y a decir: «¡Quiero ir a micha, a micha!» Su hermana la llevaba consigo, y ella, con una alegría que no es fácil explicar, subía los escalones que había antes de entrar en la iglesia. Allí esperaba a que su madrina le abriera la puerta, pues ella no lo podía hacer con sus manecitas de dos años, y se iba a buscar a su mamá para rezar.

Marcelina la contemplaba con admiración al ver el modo como asistía al santo sacrificio de la misa, tan recogida y con un fervor tal, que lla-

maba la atención, en especial en el momento de la elevación de la sagrada Hostia. Convencida de que estaba en la presencia de Dios, a quien tanto amaba, bajo las especies sacramentales, hincada de rodillas, dábale golpes de pecho con sus tiernas manecitas, dando bien a conocer como estaba ya compenetrada de los altos misterios a pesar de tan corta edad.

Tales fueron los primeros latidos de aquel corazoncito, y todo hacía presentir que una predestinación divina se cernía sobre aquella candorosa niña, pues se veía claramente que Dios, ya antes del uso de la razón, la enriquecía con los tesoros de su gracia.

Desde muy pequeñita dió a conocer la gran inclinación que siempre tuvo al trabajo y a ayudar a los demás. Por las mañanas, después que su hermana la arreglaba, iba a dar los buenos días a sus padres y besarles la mano. Cuando veía a su madre entregada a los trabajos domésticos, decía que quería ayudarla, y si veía cerca una escoba, la cogía diciendo que quería barrer.

Muy pronto Nuestro Señor iba a coger en aquel dichoso hogar la primera flor para trasplantarla al claustro, pues los sinceros deseos de tan piadosos padres no podían dejar de tener efecto.

Siempre que Marcianita oía decir a su hermana Marcelina que iba a ser monja, ella decía: «Cuando sea mayor, voy a ser monca», y, riéndose, daba palmaditas, según su costumbre.

Para corresponder Marcelina al llamamiento

divino, entró en el convento de las Concepcionistas Franciscanas de Alcalá de Henares y, según ella misma afirmó, fué muy grande la pena que sintió al tener que separarse de su querida ahijadita que sólo contaba dos años y medio.

Cuando le escribía su madre, siempre le hablaba de la niña, la cual continuaba siendo muy piadosita.

Después de un postulado de dos meses, Marcelina tomó el santo hábito el día 29 de diciembre de 1907 con el nombre de Sor Marcelina de la Santísima Trinidad. En la víspera de tan feliz acontecimiento fué su madre con sus tres hijas a Alcalá de Henares para asistir a la ceremonia. Marcianita tuvo una gran alegría al ver a su querida madrina, a la cual abrazaba y besaba cariñosamente. Según la costumbre de entonces salió de la clausura vestida de blanco, y Marcianita no se separó de su hermana. Al contemplar las flores que embellecían su virginal atavío, exclamó con todo el candor de su inocente corazón: «Macela¹, ponme a mí esas fores». Su madre la retiraba diciéndole: «No le toques, que vas a romper el velo». Ella contestaba: «No lo ompo, que me lo pongan a mí».

Asistió a la ceremonia con tanta devoción como si en aquella edad pudiera comprender ya la grandiosidad de aquel acto.

Qué dichosa se sentía D.^a Lorenza al ofrecer

1 Quería decir Marcela, como acostumbraban llamarla.

a Dios su hija; aquella solemnidad fué para ella, sin duda alguna, su última fiesta en este suelo.

En tan cristiano hogar todo era felicidad y bienestar, y los primeros años de Marcianita se deslizaron entre sonrisas y caricias, a las cuales correspondía con tierno afecto y dulzura encantadora; mas llegó un día en que la muerte arrebató a D.^a Lorenza al cariño de los suyos, a la edad de cuarenta y cinco años, dejando a todos sumidos en el más profundo dolor. Marcianita perdía a la edad de tres años y medio a su querida madre. Dios, que quería para Sí a esta alma privilegiada que iba formando desde la cuna y enriqueciéndola con sus dones, empezó desde tan tierna edad a probarla, como sabe hacerlo con las almas que más ama, no dejándola disfrutar del cariño materno.

Mucho debió impresionar al pobre angelito tan duro golpe, pues su padre, en una carta que escribió a su hija religiosa le decía: «Algunas veces la niña me hace llorar. Se despierta por la noche y me dice desde su camita: «Papá, ¡qué solitos estamos!» Echaba de menos a su querida madre y no sabía explicar de otra manera la honda pena que le causaba su ausencia.

Las tres huérfanas quedaron entregadas al cuidado de una tía paterna que con ellas vivía, D.^a Venancia, la cual prodigó a sus sobrinas tantos desvelos y cariños como si fueran sus propias hijas. También tenían en casa una hermana de su difunta madre que siempre había vivido con ella;

pero ésta nada podía hacer por sus sobrinas por estar medio impedida. Pilar tenía a la sazón trece años y Petra ocho.

Dos meses después de tan triste acontecimiento, Sor Trinidad hizo su profesión de votos simples. Estuvieron presentes a la ceremonia sus tres hermanas, acompañadas de su tía Venancia, que fué la madrina. Cuando bajó al locutorio y vió a sus hermanitas de luto, empezó a llorar, y con ella las demás, la pérdida de su querida madre; pero Marcianita, sin derramar una lágrima, dijo: «Macela, se ha muerto mamá. Yo no he llorado. Voy a rezar por ella». Y al decir esto, se fué a la iglesia y puesta de rodillas, con las manos cruzadas, rezaba con fervor.

CAPÍTULO II

En el colegio. — Primer beso de Jesús. — El llamamiento divino. — Desarrollo de sus virtudes. — Celo apostólico.

MARCIANITA empezó a ir al colegio de las religiosas de la Sagrada Familia de Getafe, antes de cumplir los cuatro años, quedando todas edificadas de su afabilidad y buen proceder; y sus cualidades la distinguían entre todas las niñas. Era muy humilde, obediente y respetuosa con sus profesoras, las cuales no se cansaban de alabar su candor, docilidad y sobre todo su piedad, considerándola como una niña modelo.

La siguiente carta que nos escribió una de sus maestras, Sor María Rafaela Valcárçel, confirma lo que acabamos de asegurar: «Recibí a Marcianita en mi clase de Getafe a los tres años de edad y algunos meses. Su carácter, desde el primer día y siempre, era muy tímido, dócil y humilde; una verdadera violetita que exhalaba su perfume sin hacerlo notar; un verdadero angelito, siempre obedecía y era muy aplicadita. Nunca me dió el menor disgusto. Desde muy chiquitita fué congregante del Niño Jesús de Praga y con mucha pie-



MARCIANA EL DÍA DE SU PRIMERA COMUNIÓN

dad guiaba el rosarito del mismo Divino Niño. Su primera comunión la hizo con mucho fervor y desde entonces decía que quería ser monjita. Yo le decía que fuera de las nuestras, pero ella me contestaba: «Ya me gustan, pero quiero hacer más penitencia».

«Cuando entró en el Carmelo yo no estaba ya en Getafe, y me escribió una carta que siento no haberla conservado, porque no respiraba más que amor a Jesús y deseo de ser santa. Me decía que pidiera mucho para que así fuese, y que ella no olvidaría que yo había sido la que echó la primera simiente de piedad en su alma. Yo no puedo dar más detalles, pues era tan humilde que nunca sobresalió en nada».

Con esta religiosa estuvo hasta los ocho años en que hizo su primera comunión, y después estuvo con Sor María de los Angeles. La última profesora que tuvo hasta que dejó de ir al colegio, a la edad de catorce o quince años, fué Sor San Luis. Esta religiosa era la que podía decirnos mucho de su virtud, pero ya murió y sólo sabemos que, algunas veces, hablando con las otras religiosas, alababa mucho la aplicación y buen comportamiento de Marcianita. Las notas de los exámenes eran casi todas sobresalientes y muy pocas notables.

En una carta que su hermana Pilar escribió por entonces a Sor Trinidad, le decía: «He visto a Sor San Luis y me ha dicho: «¡Qué hermana tiene V.! ¡Es un ángel; es un encanto! En la clase,

todas las pequeñas, a porfía, piden para estar a su lado, no por entretenerse con ella, porque no pierde un momento, sino sólo por verla trabajar». Esto es prueba evidente de cómo sus compañeras, atraídas por sus cualidades y buenos ejemplos, cifraban en ella su amor y confianza.

Tenía Marcianita una gracia especial para representar los papeles que le confiaban, cuando en el colegio hacían alguna velada. En una ocasión, siendo aún pequeñita, representó el papel de huerfanita, y se poseyó de él de tal manera, que hizo derramar lágrimas a los circunstantes. A los doce años también representó muy a satisfacción de todos, el de religiosa cisterciense, y tuvieron el gusto de retratarla con el hábito de dicha Orden.

De este modo iba creciendo, cual cándida azucena, derramando por todas partes el perfume de sus virtudes, porque, si en el colegio era un consuelo para sus profesoras y compañeras, no menos lo era de todos en el hogar paterno.

Desde muy niña mostró ardientes deseos de recibir en su pecho al Dios que tanto amaba, y que desde el albor de su vida le había cautivado. ¡Con qué ardor suspiraba por ese venturoso día en el cual podría ofrecer a Jesús su corazoncito que siempre había latido por El! Su hermana Pilar, en una carta escrita a Sor Trinidad, cuando la pequeñuela no tenía más que unos cinco años, le contaba el siguiente episodio que lo manifiesta al vivo: «Marciana ha ido hoy conmigo a misa, y, al ver que yo iba a comulgar, se levantó y quería

ir también. Le dije que se quedase en su sitio hasta que yo volviese; pero no me hizo caso y me seguía llorando diciendo: «Yo quiero comulgar. ¿Por qué no he de recibir también a Jesús?»

Al cumplir los ocho años, sus maestras la prepararon para la primera comunión y, deseosa de disponerse lo mejor posible para tan solemne encuentro, practicaba muchos actos de virtud con el fin de adornar su alma para recibir al Señor. Comprendiendo ya en tan tierna edad cuán agradables son a los ojos de Dios las obras de misericordia, hizo el propósito de ofrecerle algunas. Con este fin deseó vestir en ese día una niña pobre, y que las prendas con que la había de obsequiar fuesen confeccionadas por ella. Expuso este su caritativo deseo a una compañera suya de primera comunión, la cual, animada de su buen ejemplo, quiso también contribuir a tan buena obra.

Con qué entusiasmo estaban haciendo las diferentes prendas para vestir a la niña ya elegida, cuando el Señor permitió que el demonio, envidioso de tanta caridad, desbaratase sus planes, interponiéndose algunas personas que no veían bien lo que iban a hacer las niñas, de modo que no pudieron realizar sus planes. Pero esto no afligió a aquel amable angelito. Su corazón se elevó considerando que Dios lo había permitido, y que este sacrificio que le pedía era aun más agradable a sus divinos ojos; y como no quería más que cumplir su santa voluntad, lo aceptó gustosa, dejando que dispusiesen de lo que tenían preve-

nido para este fin. De este modo se preparaba para su encuentro con Aquel por el cual suspiraba su tierno corazón.

Llegó, por fin, el día 1.º de mayo de 1913, día venturoso en que Marcianita iba a saciar sus ardientes deseos de estrechar por primera vez en su pecho a su Dios Sacramentado. Este solemne acto se realizó en el colegio de las religiosas de la Sagrada Familia. Vestida de blanco y coronada de rosas, en sus hermosos ojos se reflejaba la inocencia de su alma y la felicidad de que estaba inundada. En aquel dichoso momento de íntima unión con Dios en el albor de su existencia, Marcianita podía repetir la siguiente estrofa que Santa Teresita compuso ya en el ocaso de su vida, que es, sin duda alguna, el reflejo de los deseos que entonces embargaban su inocente corazón.

«Tú que mi pequeñez miras piadoso
Y no desdeñas descender a mí,
Entra en mi corazón, ¡Rey del sagrario!
Ya lo ves palpitar... sólo por Ti.
Y luego... ¡nada más!... Seré dichosa
Si me dejas, mi Bien, morir de amor...
Mira, ¡oh Jesús! el grito de mi alma:
¡Reina en mi corazón!»¹

Las gracias que Marcianita recibió en tan feliz día las ignoramos; pero debieron ser muchas. Lo que sabemos es que, desde entonces, como ya queda referido, empezó a decir que quería ser monja. Seguramente en el decurso de su vida

¹ *Hist.*, cap. XII.

habrá repetido más de una vez con su celestial protectora: «Mi primera comunión será siempre para mí un recuerdo sin nubes. Me parece que no hubiera podido estar mejor preparada... ¡Qué dulce fué el primer beso de Jesús a mi alma! ¡Sí, fué un beso de amor! Sentíame amada y repetía a mi vez: «¡Os amo, me entrego a Vos para siempre!» El encuentro de aquel día no pudo llamarse simple mirada, sino verdadera *fusión*»¹.

Marciana fué siempre modelo de niñas cándidas e inocentes, no teniendo nunca amigas que pudieran hacerle perder su inocencia, y tuvo la gran dicha de no haber manchado jamás la blanca estola del bautismo, según lo afirmó su confesor. Como a Santa Teresita, Nuestro Señor, desde su infancia, «la había resguardado totalmente bajo sus alas»².

Conforme iba creciendo en edad, iba adelantando en virtudes, uniéndose más a su Dios. Es admirable cómo desde los más tiernos años apreciaba el valor de los sufrimientos. Ya hemos visto que aún antes de asomar en ella el uso de la razón soportaba los dolores causados por las diversas enfermedades que tuvo sin quejarse, y con una paciencia que llamaba la atención. Más tarde, pero aún muy niña todavía, cuando ya se sabía expresar, manifestó claramente el aprecio que hacía del sufrimiento, considerándolo como un don divino. Por este motivo, cuando alguna persona

1 *Hist.*, cap. IV.

2 *Ibid.*, cap. XII.

estaba enferma, decía que Dios la amaba mucho porque le enviaba aquel sufrimiento.

Habiéndose enterado que su hermana religiosa tenía una mano mala, le escribió diciéndole: «¡Qué envidia me das! Jesús a los que más ama da más que sufrir. A mí no me da nada que sufrir. Se conoce que no me ama tanto». Estas palabras dieron mucho que pensar a Sor Trinidad al ver que una niña tan pequeña daba lecciones de sufrimiento a una religiosa.

En todas sus cartas manifestaba el deseo que tenía de sufrir por Dios, diciendo que si El le enviaba sufrimientos, eso sería para ella una señal de su particular amor. Mas cuando le enviaba alguno, decía que era porque lo merecía por sus muchos pecados.

La virtud que más resplandeció en ella fué, sin duda, la caridad que había heredado de sus cristianos padres, los cuales no veían necesidad que no socorriesen, y de un modo especial la practicaron con las personas que tenían a su servicio.

Antes de morir el señor Valtierra, recomendó mucho a su hija Pilar, la única que dejaba en el siglo, que mientras viviese, socorriese a los que habían servido en su casa. Tales ejemplos influyeron mucho en el corazón de Marcianita tan inclinada a todo lo bueno.

Aún no sabía hablar, ni casi andar, cuando veía a su madre repartir la limosna a los pobres, ella se la quitaba de las manos diciendo: «Mamá,

yo doy a los p^os». Cuando aquellos pobres se marchaban y veía otros, se ponía muy contenta y corriendo a donde estaba su madre le decía: «Mamá, ¡otos p^os, otos p^os!» Su lengua de nena no sabía pronunciar aún: «*otros pobres*», pero su caritativo corazón sabía compadecerse ya a la vista de sus necesidades. Los pobres la besaban diciéndole: «¡Dios la bendiga!», enternecidos de su mucha caridad. Cuando iba al colegio y veía alguno en la calle, le preguntaba si tenía que comer, y si le contestaba que no, lo llevaba a casa para socorrerlo. Todo esto era presagio de la mucha caridad que tuvo toda su vida, como se irá viendo en el decurso de esta biografía.

Cuando el fuego del divino amor prende en un alma, necesariamente tiene que manifestarse en obras, y si todas son agradables a los ojos de Dios, cuando llevan el sello de la pureza de intención, de un modo particular lo son las obras de misericordia, porque la caridad es la reina de todas las virtudes. Por eso Marciana, en vez de pasar su juventud en los devaneos e ilusiones que lleva consigo la edad, la empleó en el ejercicio de esta hermosa virtud, la cual se extendía a todos los necesitados. Cosía ropa para vestir a los niños pobres y, perteneciendo a las Conferencias de San Vicente de Paul, visitaba a los necesitados, prodigándoles toda clase de auxilios, no solamente materiales, sino también espirituales.

Acudía siempre a donde veía mayores necesidades que remediar, y, conociendo el valor de un

alma, animaba a los menesterosos a soportar con paciencia y por amor de Dios las necesidades inherentes a esa pobreza. Los alentaba diciéndoles que esa pobreza, sufrida con resignación y amor, sería un día su corona en el cielo. De este modo irradiaba en torno suyo la caridad que abraza su corazón.

En el hogar paterno era el consuelo de todos y el alivio de las criadas, porque, como tenía tanto espíritu de sacrificio y amor al trabajo, tomaba siempre para sí lo más penoso y dejaba para ellas lo más fácil. Esto es tanto más de admirar, si tenemos en cuenta que era de pocas fuerzas, y algunas veces se cansaba tanto, que tenía que echarse a descansar un poco; mas ocultaba sus fatigas para que no la impidiesen volver a practicar aquellos actos de caridad.

Pero en donde resplandeció más esta excelsa virtud fué en sus conversaciones. Cuántas veces sucedió que estando reunidas en su casa amigas que iban a pasar la tarde, se extraviaban en faltar a la caridad por medio de esas pequeñas críticas o murmuraciones que por desgracia son tan frecuentes en el mundo. Si ella veía que no podía impedir esas faltas, se levantaba disimuladamente y se marchaba, pudiendo repetir con el Salmista: «Me alejé huyendo y permanecí en soledad»¹. Más tarde volvía con el pretexto de buscar alguna cosa, y si la conversación había cambiado ya, se

1 Sal. LIV, 8.

quedaba, pero en caso contrario se marchaba de nuevo. Sus hermanas y amigas notaban esto procurando evitar esas recaídas y practicar aquel consejo del autor de la *Imitación*: «Si puedes y conviene hablar, sea de cosas que edifiquen¹».

Sabiendo que el Señor habla a las almas en el silencio del corazón, y que éste se guarda mejor con el silencio exterior, se mostró también muy amante de esta virtud. En las reuniones que acabamos de citar, la veían tardes enteras sin desplegar los labios, bien convencida de que

«No se alcanza la oración
Sin gran mortificación».

sentencia que ella repetía con frecuencia más tarde en el Carmelo. Si esto era notado por alguna amiga que decía: «Marciana guarda hoy silencio para mortificarse», ella la miraba dulcemente y se sonreía. Esto era ya un preludeo del que guardaría después en el claustro.

Tenía mucha paciencia, y afirmaban sus hermanas que nunca la veían de mal humor, aunque algunas veces, como nos ocurre a todos, tuviera algunas contrariedades. Esto también era notado por las amigas ya citadas, las cuales exclamaban: «¡Qué buena es Marciana! Nunca se enfada, aunque tenga motivos. Siempre la vemos alegre, con su sonrisa en los labios, y no hay duda que tendrá también sus días malos, como a todos nos

1 Lib. I, cap. X.

sucede». Su amabilidad era extremada, complaciendo siempre a los que la rodeaban, aunque para ello tuviera que sacrificarse.

Su pudor y honestidad reflejaban la pureza e inocencia de su alma. Nunca asistió a ningún espectáculo ni reunión mundana, y siempre vistió cual conviene a una joven cristiana, hasta que se puso el hábito del carmen, el cual ya no se quitó sino para el luto de su tía materna, poco tiempo antes de entrar en el Carmelo. Todo esto revela como Marciana tenía presente lo que dice el autor de la *Imitación*: «*Vanidad de vanidades, todo es vanidad, excepto amar y servir a Dios solamente. Verdaderamente prudente es aquel que tiene por viles todas las cosas de la tierra para ganar a Cristo*»¹.

Enamorada del divino ideal de llegar a la santidad, y sabiendo que por sí sola no podía hacer nada para conseguirla, eligió un santo y prudente director que la guiase por el camino de la perfección, ayudándola a vencer las tentaciones y a resignarse amorosamente en las pruebas que el Señor, para acrisolar su alma, le enviase. Le obedecía en todo tan ciegamente, como si el mismo Dios la mandase, y con esta obediencia, su unión con Jesús fué cada vez mayor. Este confesor² la dirigió durante los últimos ocho años de su vida

1 Lib. I, cap. I y III.

2 El R. Padre Prudencio Pérez, rector del colegio de San Fernando de Madrid, de las Escuelas Pías, el cual murió también víctima de la persecución comunista.



MARCIANA A LOS 14 AÑOS

en el siglo, con un desvelo verdaderamente paternal, y continuó interesándose por ella aún después de su entrada en religión, no dejando de aconsejarla y alentarla por medio de sus visitas y cartas, llenas de amor de Dios.

El alimento espiritual de Marciana era la sagrada comunión unida a la oración mental, en la cual se ejercitó desde muy jovencita, y con estas armas se sentía fuerte para vencer los combates del enemigo.

Salía de casa para asistir a las funciones de iglesia, novenas o sermones, y no perdía nunca la visita diaria a Jesús Sacramentado. No había para ella impedimento alguno que se opusiese a que alabara al Señor, porque todos los vencía, llevada del amor que ardía en su corazón.

El celo que tenía por la gloria de Dios lo manifestó claramente en una carta que escribió a su hermana Sor Trinidad, en la cual le daba cuenta de lo que había combinado con algunas amigas: «Voy a decirte una cosa que hemos pensado unas cuantas: Hacer un triduo de comuniones por la santificación de los domingos y días festivos, y quisiéramos que te unieras a nosotras ofreciendo también la sagrada comunión a este fin, y lo mismo la comunidad, si pudiese ser. Lo haremos del 31 al 2».

De varios modos desplegó Marciana su celo en difundir las santas prácticas de religión. Pertenece a varias Congregaciones, entre ellas a la de las *Hijas de María*, y a la Asociación del *Apos-*

tolado de la Oración, sobresaliendo siempre por su piedad y fervor. Tenía mucho celo por todo lo tocante al culto divino. Arreglaba los altares, encargándose de la limpieza de todo lo que estaba más en contacto con Jesús Sacramentado, como corporales, sabanillas, etc., llegando algunas veces a fregar la iglesia, acompañada de otras amigas suyas.

Como era tan primorosa, cosía, bordaba, pintaba y hacía encajes para las iglesias pobres, pues a todo esto le impulsaba su ardiente amor a Jesús Sacramentado. De este modo ayudaba sobremañera a su párroco, que la apreciaba mucho, enseñando también en la parroquia la doctrina a los niños, los cuales se peleaban por estar con ella. ¡Con qué paciencia y solicitud los atendía y les repartía estampitas! Los amaba mucho, porque veía en ellos almas puras e inocentes.

No nos extraña esta su extraordinaria actividad, pues el amor de Dios es por su naturaleza difusivo y operativo, y por eso no puede estar ocioso.

Siendo devotísima de Santa Teresita, y deseando propagar su devoción, fundó en Getafe la Visita Domiciliaria de la Santita, llegando a tener varias capillitas que visitaban casi todas las casas del pueblo. También la hacía conocer y amar procurando que leyesen la *Historia de un alma*.

Fué siempre muy amante de la Orden Carmelitana y devotísima del Niño Jesús de Praga, escogiéndola en el colegio sus maestras para ayudar

a llevar sobre sus hombros, en las procesiones, las andas del Divino Niño. También amaba con filial ternura a la Virgen del Carmen y a San José. Cuando tenía doce años de edad, escribiendo a Sor Trinidad le decía: «Cuando perdí a mamá, como era tan pequeña, no me di cuenta de lo que perdía; ahora me acuerdo mucho de ella. ¡Cuánta falta me hace! Pero la Santísima Virgen hace sus veces, pues me he encomendado a Ella y la he tomado por Madre».

Su ardiente celo apostólico la impulsaba a trabajar en la *Propagación de la Fe*. Representante de *La Obra Máxima* durante varios años, dió pruebas bien claras de su espíritu misionero, consiguiendo un gran número de suscripciones a dicha Revista, y, propagando su lectura, reunía numerosas limosnas para las misiones. Fueron muchos los paganitos que se bautizaron por su cuenta. Algunas veces decía: «Voy a hechar a la lotería para que me toquen tantas pesetas que necesito para bautizar paganitos». Y cuál no era el asombro de sus hermanas al ver que le tocaba aquello que pedía. Entonces las amigas le decían: «Nosotras vamos a echar contigo», y ella les contestaba: «No, porque no me tocaría, pues vosotras deseáis el dinero para otros fines».

Era asimismo incansable en juntar sellos, estampas, medallas y otras cosas que enviaba en gran cantidad a nuestros Padres Carmelitas de Pamplona para los pobres paganitos. Esto mismo continuó haciéndolo más tarde en el Carmelo.

También era celadora de los Coros Marianos en favor de las misiones. A tenor de esto fué su vida, la cual se puede encerrar en estas palabras: vivió en íntima unión con Dios, y para que le amasen y no le ofendiesen, no perdonaba sacrificio alguno.

Una amiga, que observaba atentamente su vida y manera de proceder, afirmó un día: «Si vivimos mucho, veremos a Marciana en los altares».

CAPÍTULO III

Su vocación al Carmelo. — Dolorosa separación. — Una gran prueba. — La despedida.

No podemos asegurar cuándo empezó Marciana a oír el llamamiento divino, aunque puede decirse que casi nació con ella la vocación al estado religioso. Sin embargo, todo nos lleva a creer que resonó en su alma de un modo particular en el día de su primera comunión; pero esta gracia, como todas las demás de su vida, la ocultó en el fondo de su corazón, convencida seguramente de que «cosa buena es tener ocultos los secretos del Rey»¹. Sólo sabemos de cierto que más tarde, al leer la *Historia de un alma*, sintió grandes deseos de imitar al Ángel de Lisieux, y, para asemejársele más, intentó entrar en el Carmelo a los quince años, mas no pudo realizar sus anhelos, porque su padre se opuso a que ingresase tan joven, queriendo conservarla a su lado algún tiempo más.

Fué, pues, Santa Teresita el faro luminoso que atrajo con sus resplandores a esta blanca paloma

¹ Tob., XII, 7

a la Montaña del Carmelo, y desde entonces no dejó de revolotear sobre el Arca Santa hasta que consiguió le abriesen sus puertas. No se sentía feliz en el mundo, porque el mundo no era para ella, ni ella para el mundo; pero hasta conseguir tan gran dicha, como a su celestial amiga, aún «le quedaba que sufrir en la tierra muchas separaciones»¹.

Más tarde, estando para entrar religiosa su hermana Petra, deseosa Marciana de ver realizado cuanto antes su ideal, pidióle un día que la dejase marchar primero a ella, así como Celina que, siendo mayor, dejó entrar primero a Santa Teresita. Parecía que presentía el poco tiempo que tendría para santificarse en el claustro. Mas no tuvo la misma dicha que la Santita, porque su hermana no tardó en ingresar en el convento de las Escolapias, de Madrid. Fué un nuevo sacrificio que Marciana tuvo que ofrecer al Señor, no sólo por el sufrimiento que le causó la separación de una hermana tan querida, con la cual había estado siempre tan unida, sino también porque aquel suceso venía a complicar su situación, retrasando el cumplimiento de sus aspiraciones, si bien, comprendiendo que era esa la voluntad de Dios, se resignó amorosamente, pues su principal anhelo era darle gusto en todo.

En las cartas edificantísimas que después le escribía, expresaba el gran vacío que sentía con

1 *Hist.*, cap. IV.

su ausencia; pero añadía que estaba muy conforme con la divina voluntad y que ofrecía muy gustosa ese sacrificio a Dios, porque El estaba en primer lugar.

Se quedó, pues, en casa con su padre y con su hermana Pilar, que brevemente iba a tomar el estado del matrimonio. Había entrado por dos veces en la Congregación de las Religiosas de la Sagrada Familia, donde se había educado, y las dos tuvo que salir por falta de salud. Nueve años más tarde, después de bien pensado y consultado, comprendió que Dios la llamaba a otro estado, y, como la madre de Santa Teresita, diría: «Dios mío, ya que no soy digna de ser vuestra esposa, como mis hermanas, para cumplir vuestra santa voluntad abrazaré el estado del matrimonio». Altos designios de Dios, que sólo El sabe lo que a cada uno conviene.

Después del casamiento de Pilar, Marciana se quedó sola con su padre ya anciano y sus dos tías, a quienes asistía y cuidaba con la mayor solicitud. Su padre mostró siempre por ella una especial predilección, no sólo por ser la más pequeña y haber perdido a su madre en tan tierna edad, sino también por su virtud y excelentes cualidades; pero esa predilección aumentó aun más al ver en ella el ángel tutelar que se desvelaba por complacerle en todo y adivinar hasta sus menores deseos, pues, al verle solo, se creyó obligada a redoblar su filial cariño. Mas ¡cuánto sufriría su corazón al verse presa en el mundo con

aquellas cadenas que ella no podía ni debía romper! No hallaba otro consuelo que el considerar que cumplía en ello la voluntad de Dios que así quería probarla.

Más tarde, circunstancias imprevistas, permitieron que su hermana fuese con su esposo a vivir a la casa paterna, y allí nacieron los tres sobrinitos, Manuel, Eusebio y Aquilino, teniendo el más pequeño seis meses cuando ella entró en el Carmelo. Estos angelitos sentían por su tía el más profundo cariño, y Marciana, a su vez, les correspondía, viendo en esas almas puras e inocentes la imagen de Dios. Se ocupaba de ellos y los cuidaba como si fuese su madre, enseñándoles a rezar y a conocer a Dios y a la Santísima Virgen.

A pesar de estar ya viviendo en casa su hermana Pilar, ella considerábase obligada a no abandonar el hogar paterno mientras viviese su tía materna, la cual, como ya se dijo, estaba medio paralítica y necesitaba una asistencia especial, que ella le prodigaba con mucha caridad y desvelo. La acompañaba a misa con gran cariño, y cuando se quedó ya en cama, fué su constante enfermera. Después de su fallecimiento, Marciana creyó que podía ya solicitar el permiso de su padre para entrar en el claustro y dejar a Pilar al cuidado de la casa en compañía de su tía Venancia. Así lo hizo, y exponiéndole como ya se podía quedar con la otra hija, le pidió permiso para entrar cuanto antes en el Carmelo.



ÚLTIMA FOTOGRAFÍA DE MARCIANA SACADA EN EL SIGLO

Grande fué la lucha que se trabó en el corazón de tan cristiano padre. La amaba tiernamente y sentía perder la dulce compañía de aquel ángel, mas al mismo tiempo le causaba pena no darle gusto, dejándole seguir el divino llamamiento. Como verdadero católico aceptó el sacrificio que, una vez más, Dios le pedía, y le concedió la licencia deseada, a pesar de sentir el corazón destrozado por el doloroso desprendimiento que tenía que hacer por aquella hija tan querida.

Esos sufrimientos repercutían en el corazón de Marciana, y fué enorme la lucha que tuvo que sostener entre el amor de Dios que la llamaba tan fuertemente, y el de su padre, ya en el ocaso de la vida; mas, sobreponiéndose a todo con valeroso ánimo, y viéndose desembarazada de los impedimentos que la detenían en el mundo, solicitó su entrada en este nuestro convento. Desde entonces sus anhelos de volar al Carmelo cuanto antes eran cada vez mayores, y Jesús, compadecido de los tiernos arrullos de su palomita, le abrió de par en par sus puertas. Ella, sin querer esperar al 12 de septiembre, día en que su hermana escolapia, Sor María Consuelo de la Virgen de los Angeles, hacía la profesión perpetua, señaló su entrada para el 14 de julio.

Llegó por fin el día designado, y a la hora de la partida, con su habitual sonrisa, como si nada sufriera, para animar a los suyos que

derramaban copiosas lágrimas, se despidió de los seres queridos de su corazón, y, dando el último abrazo a su anciano padre, cierta de que no le volvería a ver más en este valle de lágrimas, levantó el vuelo hacia la Montaña Santa del Carmelo, dejando el mundo perfumado con sus virtudes.

CAPÍTULO IV

Entrada en el Arca Santa.— Toma de hábito y profesión.— Caminando hacia la cumbre de la perfección.

EL 14 de julio de 1929 entraba, pues, Marciana en este palomarcito de la Virgen del Carmen, a la edad de veinticuatro años, siendo recibida por la comunidad con gran gozo y pruebas de fraternal cariño.

Como es natural, su corazón en los primeros días sintió mucho la separación de los suyos; mas como el amor todo lo dulcifica, en medio de sus sufrimientos se encontraba dichosa. Esto lo expresó en las siguientes líneas escritas a una de sus hermanas: «Soy muy feliz; estoy muy contenta, pero me acuerdo mucho de padre. Espero que Dios Nuestro Señor le consuele y supla mi falta, y así no me echará de menos».

El amor de Dios, lejos de destruir el amor filial, lo perfecciona.

Habiendo heredado de sus progenitores la tierna devoción a la Santísima Virgen, deseó recibir el nombre de *María Angeles* en obsequio a la Virgen de los Angeles, patrona de Getafe, su pue-

blo natal, de la cual toda la familia era muy devota. Poco tiempo fué menester para que nos diésemos cuenta del don que Dios nos concedía en esta postulante y de sus deseos de santidad. Su única aspiración desde que entró, fué la íntima unión con Dios por medio de la más exacta observancia de nuestras leyes. En esto se ejercitó con gran fervor, como si presintiera que Jesús la había llamado al claustro para santificarse en el corto espacio de siete años.

Habiendo dado pruebas durante el tiempo de su postulado, de una verdadera vocación al Carmelo, fué admitida por la comunidad a la toma de hábito, la cual se fijó para el 19 de enero de 1930.

Reunidas las religiosas en el coro, nuestra fervorosa postulante vistió con gran consuelo de su alma el santo hábito, imponiéndoselo y pronunciando la plática de costumbre, su director, el R. Padre Prudencio Pérez, quien durante tantos años había sido el confidente de esa alma privilegiada.

Estuvieron presentes a esta ceremonia su hermana Pilar, acompañada de su esposo e hijos, que tuvieron la alegría de tornar a ver a su tía Marciana. También vino a tomar parte en tan solemne acontecimiento la madre nutricia y a recibir, una vez más, las pruebas sinceras de su afectuoso agradecimiento, pues nuestra hermana conservóle siempre un particular cariño, así como al R. Padre Celestino y sus hermanos.

No es fácil describir el gozo de la hermana Angeles al verse vestida con el sagrado hábito de

la Virgen del Carmen, que ella tanto amaba, y por el cual tanto había suspirado.

Durante el año de su noviciado nos dió constantes ejemplos de la mayor exactitud en la observancia regular, y por este motivo fué admitida, con gran gusto de todas las religiosas, a la profesión. El 21 de enero de 1931 fué el día destinado para ese acto tan emocionante.

Tres años más tarde, en el mismo día, hizo su profesión solemne. Como para Dios no hay casualidad, permitió, sin duda, que en el día en que la Iglesia celebra la fiesta de Santa Inés, pronunciase sus votos nuestra hermana, que tanto deseaba y lograría conquistar la palma de esta gloriosa Virgen-Mártir. Seguramente que al ofrecer a Dios el sacrificio de sí misma le habrá repetido con Santa Teresita: «¡Oh Jesús, Divino Esposo mío, concededme que mi vestidura bautismal no pierda jamás su blancura! Llamadme a Vos, antes de permitir que manche mi alma en la tierra la más ligera falta voluntaria. A Vos solo os busque siempre, y a Vos solo os encuentre. Sean nada para mí las criaturas, y nada sea yo para ellas. Que ninguna cosa de la tierra turbe jamás la paz de mi alma. ¡Oh Jesús, sólo os pido la paz!... La paz, y sobre todo el amor, un amor sin límites, sin medida. Jesús, que muera mártir por Vos; concededme el martirio del corazón o el del cuerpo. ¡Ah, dadme los dos»¹.

1 *Hist.*, cap. VIII.

En la misa cantada, predicó su antiguo director, el cual también le impuso el velo. El tema del sermón fué sobre las siguientes palabras de la Sagrada Escritura: «Salid y ved, hijas de Sión, al Rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día de sus desposorios»¹. El R. Padre Prudencio presentó a nuestra hermana a su Esposo Jesús como un Rey coronado de espinas, haciéndola considerar que, siendo ella esposa de tal Rey, tenía que abrazarse, a su ejemplo y por su amor, con todos los trabajos, sufrimientos y humillaciones que se le ofreciesen, a fin de poder asociarse a su obra de Redención, consideraciones que debieron inflamar sobremanera el corazón de la fervorosa profesa, cuyo anhelo constante, desde su más tierna edad, fué el de sufrir por amor de Dios, que sufrió y murió por amor nuestro.

En la ceremonia de la imposición del velo, en medio del más profundo gozo, resonó en sus oídos, según lo prescribe nuestro Ritual, el *Amo Christum*, cantado por la comunidad, y que la Iglesia repetía también en la Liturgia de la fiesta del día.

Consagrada ya completamente al Señor por medio de los votos perpetuos, lejos de entibiarse en el ejercicio de todas las virtudes, se dedicó a practicarlas cada vez con más fervor, persiguiendo constantemente el ideal que la dominaba: el de

1 Cant., III, 11.

llegar a ser santa para agradar a Jesús, procurando, para conseguirlo, vivir siempre bajo su acción divina.

Aunque la hermana Angeles sentía vivos deseos de permanecer oculta bajo el velo de la humildad, no pudo evitar que se sintiera en torno suyo el perfume de sus virtudes.

Era muy bondadosa y amable en su trato. Durante el día, y de un modo particular en el coro y demás actos de comunidad, se la veía siempre con una modestia y gravedad sencilla que edificaba ¡Con qué fervor y recogimiento rezaba el Oficio divino, penetrada de la presencia de Dios! En la recreación era muy alegre, expansiva y juguetona; pero conservó siempre el encogimiento propio de las novicias. En los días solemnes, principalmente en las Navidades, no parecía la misma. En las horas de recreación inventaba cosas y hacía travesuras, llevada de su carácter verdaderamente infantil, para alegrar a las religiosas y hacerlas reír; pero todo lo sobrenaturalizaba. De este modo aumentaba la alegría que siempre reina en nuestras recreaciones.

Fué siempre muy observante de la Regla, Constituciones y santas costumbres por pequeñas que fuesen y tenía una delicadeza de conciencia extraordinaria. Obedecía en todo al pie de la letra, sin interpretaciones; y en cosas muy menudas solía decir: «A nuestra Madre le gusta esto así», y no omitía nada de lo que le parecía ser más perfecto, y esto lo practicó hasta los últimos mo-

mentos que pasó en el convento, como lo prueba el siguiente suceso: El 22 de julio, día en que tuvimos que abandonar nuestra amada clausura, al empezar la recreación de la tarde, una religiosa, algo sobrecogida por el bombardeo y lo demás ocurrido, pidió a la hermana Angeles que la acompañase, pues tenía que ir a una habitación bastante distante a cumplir una obligación. Ella lo hizo muy gustosa, pero se quedó a la puerta, pues en tiempos normales no se puede entrar en las oficinas sin expresa licencia. Dicha religiosa, al acercarse a una ventana que da a nuestra huerta, oyó que en la calle daban unos gritos ensordecedores. Comprendió que se trataba de una manifestación de los vencedores, pero no sabía si era de las derechas o de los comunistas. Sobresaltada, dijo a la hermana Angeles que entrase para ver si conseguía entender lo que decían, pues en el caso de haber ganado los marxistas, estábamos perdidas. Nuestra hermana se contentó con decirle, con aquella bondad que le era tan propia: «No tengo licencia para entrar». Hasta este punto llegó su gran fidelidad en las cosas pequeñas y en circunstancias tan especiales que parecía lógico hacerlo con licencia supuesta.

Como no se puede tener recogimiento y vida interior sin la más exacta observancia del silencio y mortificación, se esmeró mucho en la práctica de estas dos virtudes. Siempre se la veía silenciosa y recogida. Si le hacían alguna pregunta, contestaba en voz muy baja y con una amabilidad

que atraía. También ponía sumo cuidado en guardar el silencio en sus acciones, no sólo en las horas de silencio riguroso, sino también durante el día, evitando, todo lo posible, los ruidos en el andar, y cerrando las puertas y ventanas con su acostumbrada delicadeza. Una connovia suya y vecina de celda, afirma que pudo observar cómo nuestra hermana, en todos sus actos daba pruebas de andar siempre en la presencia de Dios, procurando hacerlos todos con la mayor perfección.

Grande fué el desprendimiento y desnudez de esta alma angelical. Cuando sus hermanas o sobrinos le enviaban alguna cosa, tal como estampas, etc., luego lo entregaba todo, sin tener en cuenta el gran cariño que profesaba a los suyos, pudiendo repetir con la Santita a su Divino Esposo:

«Las queridas aficiones
Que en el mundo he cultivado,
Las entrego a tu cuidado,
Pues por Ti las cultivé;
Que ya para mí no hay más
Ni en la tierra ni en el cielo
Que el ardiente y santo anhelo
De agradarte a Ti, mi Bien»¹.

Cuando dejó el oficio de ayudante de la sacristana, conociendo una religiosa el amor y entusiasmo con que trabajaba en todo lo tocante al culto divino, le preguntó si sentía pena de dejarlo, a lo que ella contestó: «No la siento, porque lo

¹ *Lo que yo amaba.*

que quiero es cumplir la voluntad de Dios». Digna respuesta de una hija de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús.

Su mortificación fué de todos los momentos; pero la practicaba de tal modo y tan naturalmente, que conseguía no llamar la atención, pues todo su anhelo era vivir oculta pudiendo decir en verdad con el Apóstol: «Mi vida está escondida con Cristo en Dios»¹. Cuando estábamos con gripe, y ella estaba también atacada, lo disimulaba para que no se ocupasen de ella.

Mucho le costó acostumbrarse a ciertas comidas; pero jamás perdió ocasión de mortificarse en este punto, aunque tuviese que hacerse mucha violencia. Nunca daba su opinión si no era preguntada, conservando hasta el final, como hemos dicho, el encogimiento propio de una novicia.

En el coro y demás actos de comunidad, lo mismo que cuando andaba por el convento, siempre tenía la vista baja, y su recogimiento durante el rezo del Oficio divino era tal, que daba bien a conocer el fervor con que alababa al Señor en compañía de los ángeles, bien convencida de que, en expresión del Apóstol, «Dios nos predestinó para gloria y alabanza suya»². Este mismo fervor le hacía estar en la oración casi siempre de rodillas.

Observó el voto de pobreza con gran perfección, y el amor a esta virtud la impulsaba a practicar muchos actos de mortificación, entre ellos,

¹ Colos., III, 3.

² Efes., I, 11 y 12.

el de coser las alpargatas cuando estaban ya inservibles, para que le durasen un poco más, y como estaba siempre atareada en su oficio, lo hacía durante las horas de descanso. Solía decir con frecuencia: «Tenemos voto de pobreza y por eso debemos aprovechar las cosas cuanto nos sea posible». Por el mismo motivo se acostumbró a levantarse y acostarse a oscuras para no gastar luz. Cuando andaba por la huerta y encontraba en el suelo algo de fruta que estaba ya pasada, la cogía y, llevándola a la provisora, le decía: «Si quiere V. C., puede ponerme esta fruta en lugar de otra, para no desperdiciarla».

Animada de un gran espíritu de penitencia, no se contentaba con las mortificaciones prescritas por nuestras leyes. Casi todos los días usaba el cilicio y tomaba disciplina, muchas veces hasta derramar sangre.

Si siendo aún tan niña ya daba a conocer su sed de inmolación y el aprecio que hacía del sufrimiento, considerándolo como un don divino, ¿cuál no sería en el Carmelo su deseo de padecer por su amado Jesús, convencida como estaba de que no se puede amar sin sufrir?

Cuántas veces y con qué entusiasmo habrá dicho con Santa Teresita:

«Vivir de Amor jamás será en la tierra
Fijar en el Tabor nuestra morada,
Es más bien con Jesús ir al Calvario
Y la Cruz cual tesoro contemplarla»¹.

1 *Vivir de amor.*

Por eso su continuo anhelo era sufrir por amor, y en sus cartas siempre encarecía la necesidad y el valor del sufrimiento. A su hermana Sor Trinidad le repetía como en los días de su infancia: «El Amor se alimenta del sufrimiento. Amemos mucho a Jesús, sufriendo mucho por su amor, porque El sufrió más por nosotros». Le gustaba mucho ponderar estas palabras de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús: «La hermana que no sintiere en sí este deseo de padecer, no se tenga por verdadera Descalza, pues no han de ser nuestros deseos descansar, sino padecer, por imitar en algo a nuestro verdadero Esposo»¹.

Podemos afirmar con verdad que la hermana Angeles era avara del sufrimiento, y para probarlo vamos a referir el siguiente caso: A los pocos días de entrar en el convento, su anciano padre cayó gravemente enfermo. Las personas amigas atribuían esta enfermedad al sufrimiento que le ocasionó la ausencia de su querida hija Marciana, diciendo que debía haber esperado hasta que él muriese, pues fué grandísima la impresión que le causó su separación. Sor Trinidad, luego que recibió tan triste noticia, escribió a la prelada de esta comunidad pidiéndole que no la comunicase a la hermana Angeles hasta ver el resultado de la enfermedad; pero cuando ella recibió la carta ya se lo había participado. Nuestra hermana se enteró de la indicación de Sor Trinidad, y

1 *Fund.*, cap. XXVIII.

cuando le escribió, le dijo: «Te ruego que nunca se te ocurra hacer lo que has hecho ahora para evitar que yo sufra, porque deseo sufrir mucho».

Su padre se repuso de esta enfermedad, pero no se pasaron muchos años sin que el Señor le presentase de nuevo el cáliz más amargo para un corazón de hija, el cual ellaapuró hasta las heces con la más amorosa sumisión a su divina voluntad. El día 26 de marzo de 1934, se llevó Dios al autor de sus días. Esta infausta noticia hirió profundamente su afectuoso corazón, pero en medio del más intenso sufrimiento habría podido también repetir: «¡Jesús es un Esposo de sangre; quiere para Sí toda la sangre de nuestro corazón! Mucho cuesta darle lo que pide. Y ¡qué gozo nos debe dar el que nos cueste!»¹

Aunque nuestra hermana estaba llena de amargura, asistía a las recreaciones con la misma alegría de siempre, como si no sufriera ninguna pena. Cuando escribió a su hermana escolapia le manifestaba el dolor tan grande que sentía por la muerte de aquel ser tan querido, y, al recordarle el tiempo pasado en el hogar paterno y cómo ya habían desaparecido los padres y las tías, le decía que todo esto le hacía pensar de un modo particular en la brevedad de la vida, y que por lo tanto, es un necio el que se aficiona a ella y no trabaja por adquirir méritos para la eterna que es la verdadera. Y después añadía: «¡Cuánto suspiro por

1 Santa Teresita, carta IV a Cellina.

esa vida y por el momento en que me he de unir para siempre a Dios! ¡Cuánto tarda ese día tan deseado!»

«Como el espíritu, dice un piadoso autor, el corazón también encuentra en la prueba un motivo de desprenderse, y adquiere alas para volar a Dios. Las aficiones, aun las más legítimas, tienen necesidad de ser purificadas en el crisol del sufrimiento».

La hermana Angeles supo muy bien aprovecharse de tan dolorosa prueba para desprenderse más y más de todo lo transitorio y hacer brotar de su afligido corazón actos de amor de Dios. Ni el padre ni la hija, desde que esta entró en el convento, tuvieron la alegría de volverse a ver en la tierra, porque como él estaba tan achacoso y anciano, no pudo hacer un viaje para visitar a su querido ángel.

También podemos asegurar que nuestra hermana se esmeró siempre en practicar la humildad de corazón, que es la única verdadera, y la base de todo edificio espiritual, pues desde el noviciado todas sus obras estuvieron siempre en perfecta armonía con este su constante anhelo. Recordamos el siguiente caso, que prueba lo que acabamos de afirmar. Desde los comienzos de su vida religiosa, mostró sinceros deseos de ser hermana legítima, y fué menester que repetidas veces la maestra de novicias le hiciese cargo de que no tenía fuerzas para cumplir las obligaciones inherentes a esa profesión. Esto y el grande amor que tenía

al rezo del Oficio divino, la disuadieron de sus intentos, los cuales no provenían de falta de talento para ser corista, sino porque quería vivir humilde y olvidada.

Perteneciendo a la escuela de Santa Teresita, comprendía como ella «lo que es la verdadera gloria. Que la única realeza codiciable consiste en querer ser desconocido y estimado en nada, en poner nuestro contento en el propio menosprecio»¹. A su ejemplo también «tenía sed de padecer y de ser olvidada»²; por eso con ella podía cantar a su Divino Esposo:

«Mi bien Amado, tu ejemplo ya me invita
A rebajarme yo y al honor despreciar;
Por darte gusto, quedarme pequeña,
Y olvidada de mí, Jesús, a Ti agradecer»³.

Tenía de sí tal opinión que siempre se consideró inferior a todas y jamás hablaba de sus habilidades sin ser preguntada, y aun en esos casos, sin ponderación alguna. Tenía mucha afición a la pintura y lo hacía muy bien; mas nunca hubiera ejecutado ningún trabajo de ese género, si la obediencia o la caridad no la obligasen.

Cuando en la recreación le decían algo que la mortificaba o contrariaba, mostraba una inalterable serenidad, acompañada de una actitud humilde y resignada; y aunque fuera de broma, para probarla, jamás se disculpaba. Si era la prelada

1 *Hist.*, cap. VII.

2 *Ibid.*

3 *Canto a la Santa Faz.*

la que le advertía algo, postrábase humildemente, según la santa costumbre del Carmelo, y si era otra religiosa, se sonreía y se encogía avergonzada. Pero no vayamos a creer que no tenía que



ÚLTIMA FOTOGRAFÍA DE LA H.^a ÁNGELES

esforzarse para practicar la virtud y vencer el amor propio y su extremada sensibilidad, pues esta le proporcionó un vasto campo de luchas y de victorias. Algunas veces se le notaba esta lucha

interior, y una ligera nube de tristeza se levantaba en el cielo de su alma; pero, muy pronto, el sol del divino amor la disipaba y con un «Jesús, te amo», todo estaba terminado.

Ya hemos visto cómo desde sus más tiernos años se distinguió en la práctica de la caridad, y en el claustro toda su vida no fué más que un acto continuo de esta excelsa virtud, poniendo por obra el consejo del Discípulo Amado: «No amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras»¹.

Impulsada por el divino amor, no sabía rehusar nada, estando siempre dispuesta a prestar con gusto todos los servicios que le pedían, aunque tuviese que sacrificarse, pues jamás daba un *no*. Con este fin se ingeniaba muchas veces para dejar complacidas a sus hermanas, sin rehusarles lo que le pedían, llegando a recurrir a pequeñas e inocentes astucias que le sugería su gran caridad, como sucedió en una ocasión en que una religiosa le pidió que le pintara unas laborcitas por tener un gusto especial para pintar miniaturas. Aunque entonces estaba agobiada de trabajo y tenía que sacrificar hasta algunas horas de sueño para poder cumplir con su obligación, no se negó a satisfacer el deseo que le manifestaron; pero rogó a otra hermana que le pintase una de dichas labores, según las instrucciones que ella le dió, y, una vez terminada, la enseñó a la interesada para ver

1 | Juan, III, 18.

si estaba a su gusto, ocultando lo demás. Como se quedase satisfecha, dió a la referida religiosa las restantes laborcitas para que también las pintase, y cuando las entregó, al ver que habían quedado muy a gusto de la que le pidió el favor, le dijo muy gozosa, con aquella humildad que la caracterizaba: «Las ha pintado la hermana X, porque no me ha sido posible hacerlo». De este modo no negó el favor que le pidieron, y aunque no lo pudo hacer, su hermana quedó complacida y ella con el mérito de su gran caridad.

Pero no solamente jamás negaba ningún favor, sino que, para dar gusto y aliviar a las religiosas, les prestaba, sin ser vista, muchos pequeños servicios, porque veía en ellas la imagen de Dios a quien quería agradar. Sólo El habrá podido contar todos los actos de caridad que practicó únicamente bajo su divina mirada. Algunas veces las religiosas encontraban doblada la ropa que habían dejado tendida y que por otras obligaciones más urgentes no habían podido recoger. De este modo procedía en todas las ocasiones nuestra angelical hermana, porque

«Vivir de amor es darse sin medida,
Sin cobrar en el mundo algún salario,
Prodigar sus favores a porfía;
Quien siente amores no sabe ya contarlos»¹.

Olvidarse de sí por las demás parecía ser su divisa, pues siempre tomaba los trabajos más mo-

1 Santa Teresita, *Vivir de amor*.

lestos y humildes con el fin de aliviar a sus hermanas, a pesar de sus pocas fuerzas, y sin dar a conocer lo mucho que la cansaban. Para alentarse en ellos solía repetir esta jaculatoria: «Jesús, te amo», la cual decía también cuando tenía alguna contrariedad, pues era de la que se servía en todas ocasiones para ofrecer a Nuestro Señor algún sacrificio. En el lavadero, si veía alguna religiosa retrasada en lavar las menudencias de última hora, ella iba a ayudarla, y no se retiraba hasta que todo estaba terminado. Si le decían que estaba sudando, ella para disimular su fatiga contestaba con gran naturalidad: «será que me he salpicado de agua», ya que todo su anhelo era vivir eclipsada. Qué bien comprendió y puso por obra estas palabras de la Santita: «¡Qué dicha la de estar tan ocultas que nadie piense en nosotras!»¹

Tenía una caridad tan grande en sus palabras y una delicadeza de conciencia tal, que cualquier palabrita que decía le parecía una falta contra esta hermosa virtud, y en seguida pedía perdón por si había dado mal ejemplo; y eran cosas tan insignificantes que las demás ni siquiera se habían dado cuenta de ello, quedando edificadas de su virtud.

Como verdadera hija de nuestra Madre Santa Teresa, tuvo un ardiente celo por la salvación de las almas. En el claustro fué un alma eminentemente apostólica, como lo había sido en el mundo,

1 Carta VII a la M. Inés.

deseando que Nuestro Señor fuese conocido y amado de todos. Si mucho rogaba por la conversión de los pecadores, no menos le interesaba la salvación de los pobres paganos. ¡Cuántas oraciones y sacrificios ofreció por las misiones y con cuánto entusiasmo se encargaba de juntar sellos y otras cositas para tan santo fin!

A ejemplo de Santa Teresita, deseó ofrecer a Dios el gran sacrificio de dejar su amado convento, donde era tan querida, para ir a tierra de infieles, a fin de sufrir por su amor el destierro del corazón. Cuando las Carmelitas Descalzas de Santa Ana de Madrid hicieron una fundación en América, concedoras de su mucha virtud, desde allí la pidieron por tres años. La hermana Angeles estaba dispuesta a marcharse para responder al llamamiento divino; pero el Señor inspiró a los superiores a que se opusiesen a su partida, y ella, abandonada en los brazos de la obediencia, no volvió a hablar más de este asunto. Nuestro Señor quiso que, a semejanza de la Santita, «mojara sus labios en ese cáliz sólo lo suficiente para probar su amargura»¹, y, satisfecho de su generosidad, se lo retiró.

Su virtud era reconocida por todos, pues parecía que cuanto más quería ocultarse, cual humilde violeta, más el Señor permitía que se sintiese su perfume. Habiéndose enterado la superiora del convento de su hermana escolapia de la muerte

1 *Hist.*, cap. IX.

de la hermana Angeles, y no sabiendo cuál de ellas era, le preguntó: «¿Es aquella hermana que le escribía unas cartas tan edificantes? Pues puede estar contenta, porque era una santa. Lástima no las haya conservado». Hay que advertir que esa comunidad se componía de cuarenta religiosas, y si las cartas no hubieran sido muy edificantes, al tener que leer la superiora tan numerosa correspondencia, difícil hubiera sido fijarse en ellas.

Realmente es una lástima que hayan desaparecido tales cartas, las cuales irradiaban los fulgores de su abrasado corazón y reflejaban la belleza de su alma, pues eran todas basadas en el amor de Dios y de su Santísima Madre, y en el deseo que tenía de adelantar cada vez más en el camino de la perfección. Únicamente su sobrino Manolo conserva con gran cariño una estampa que le ofreció en el día de su primera comunión, en la cual le escribió los siguientes versos que había leído en un recordatorio, compuestos por una persona amiga de la comunidad para la primera comunión de su hijo, y se los apropió, por expresar perfectamente sus mismos deseos y sentimientos:

«Ha llegado, por fin, el feliz día,
El más grande de toda tu existencia,
Oculta todo un Dios su omnipotencia,
Para inundarte el alma de alegría.
Estréchale en tu pecho, y en tal día
Pídele que conserve tu inocencia,
Para que nunca manche tu conciencia
El pecado fatal, la culpa impía.
Conságrale todo tu cariño,
Tus caricias, tus juegos, hoy de niño,

Tus estudios después, tu vida entera,
Y no olvides jamás el día santo
En que Dios demostró quererte tanto
Entregándose a ti por vez primera».

Su sobrino Eusebio también guarda cuidadosamente una cartita suya, que asimismo le había escrito en el día de su primera comunión, la cual vamos a transcribir, ya que manifiesta claramente el amor que tenía a los suyos y el ardiente deseo de su santificación.

†
«J. M. y T.

»Muy querido Eusebito:

»Jesús sea contigo. Como vas a hacer la primera comunión, te escribo esta cartita para decirte que te prepares muy bien, pues vas a recibir al Niño Jesús. Pídele mucho por tus padres y por el eterno descanso del abuelo y de todos nuestros difuntos. No te olvides de rogar también por mis intenciones.

»Ya me escribirás contándome muchas cosas, ¿verdad? Píde a la Santísima Virgen que te prepare bien y ámala mucho toda tu vida, que es Nuestra Madre. Esa estampita, para que la conserves como recuerdo del día más feliz de tu vida, pues en tu corazón va a descansar todo un Dios.

»Como tu madre y en el colegio te prepararán muy bien, no te digo nada más.

»Que seas muy bueno y ya sabes que te quiere tu tía

»*María Angeles de San José, i. c. d.*».

Ya hemos dicho que nuestra hermana amaba tiernamente a la Santísima Virgen con un cariño verdaderamente filial. Su nostalgia del cielo y el deseo que tenía de ir a ver a su Celestial Madre, lo daba a conocer frecuentemente; pero de un modo particular cuando en el verano durante la recreación de la tarde iba a regar las flores en compañía de otras religiosas. Entonces, mientras regaba, su corazón se elevaba al cielo y cantaba amorosamente:

«Al cielo a ver iré
A mi Madre del alma,
Recibiré la palma,
¡Oh qué feliz seré!

Al cielo a ver iré
Aquella Virgen Pura,
Y toda mi ventura
En ella cifraré.

Allí, allí, María, te he de amar,
Allí, allí, sin llanto y sin pesar».

CAPÍTULO V

Deseos del martirio. — El vuelo de un ángel.

TODO lo que acabamos de referir de la hermana Angeles se puede resumir en estas palabras: *Fué un ángel* que pasó por nuestro Carmelo, y, después de haberlo perfumado con sus virtudes durante el corto espacio de siete años, revestida de la estola de la inocencia bautismal, desplegó sus blancas alas y se remontó a los cielos en compañía de sus hermanos los ángeles, a fin de tomar parte en la Legión de las almas pequeñas, víctimas de amor, que siguieron las huellas de Santa Teresita y, bajo el estandarte de su querida Santita, «seguir a Jesús por los espacios infinitos cantando su *Cántico nuevo* que es el del Amor»¹. Sólo nos falta dar a conocer los deseos que tenía del martirio y esos felices momentos en los cuales logró tan gran dicha.

Desde el noviciado suspiró ardientemente por esa inapreciable gracia, manifestando en muchas ocasiones el deseo que tenía de derramar su san-

1 *Hist.*, cap. IX.

gre por Nuestro Señor; y la nostalgia que sentía del cielo, seguramente lo aumentaba cada vez más.

En una estampa que pintó para ofrecer a la maestra de novicias en el día de su cumpleaños, escribió estas palabras junto a una fotografía que representaba al Niño Jesús con tres ovejitas, símbolo de las tres novicias que entonces había: «¡Oh dulcísimo Jesús! Como ovejitas fieles, queremos seguirte siempre, hasta, si es necesario, dar nuestra vida por Ti».

Después de su muerte fué hallado, en un libro de su uso, que escapó al furor comunista, un papelito con estas palabras escritas de su mano: «Dios mío, recibid mi vida entre los dolores del martirio y en testimonio de mi amor a Vos, como recibisteis la de tantas almas que os amaron y por vuestro amor murieron».

Habiéndose leído un día, durante la hora de recreación, un artículo publicado en una Revista de nuestra Orden sobre la excelencia del martirio, la hermana Angeles, después de haber escuchado con gran atención y entusiasmo, dijo bajito a una religiosa que estaba sentada a su lado, con un acento de profunda humildad: «¡Qué dicha tan grande; pero no soy digna de esa gracia! ¡Hay que alcanzarla con la fidelidad a las cosas pequeñas!» En su fervor y humildad parecía que no era bastante fiel para alcanzar tan gran merced, sin embargo, todas hemos sido testigos de su gran fidelidad en las cosas pequeñas.

No ignoraba nuestra hermana que el martirio, así como la vocación religiosa, es una gracia que Dios concede a quien quiere, pero seguramente tenía presente lo que dice el autor de la *Imitación*: «Si no vences las cosas pequeñas y fáciles, ¿cómo vencerás las más difíciles?»¹

Cuando llegaron esos trágicos días, tantas veces anunciados, de la persecución comunista, que, cual torrente impetuoso, arrastró en su curso el error, la corrupción y el crimen, los católicos contemplaron una vez más a «los sacerdotes gimiendo, a las vírgenes religiosas afligidas y a la Iglesia oprimida de amargura»².

La hermana Angeles, como amante hija de la Iglesia, también sintió su corazón destrozado de dolor a vista de tantas calamidades, mas el día en que abandonamos nuestra amada clausura, al oír decir que aquella misma tarde, en Guadalajara, numerosas víctimas habían sellado su fe con la sangre de sus venas, seguramente se estremeció de gozo con la esperanza de tener la misma dicha.

La primera noche que pasamos fuera del convento, estuvo refugiada en un sótano del *Hotel Iberia* en continua oración, juntamente con otras cuatro religiosas de nuestra comunidad. La siguiente y última de su destierro, en medio de los peligros en que nos encontrábamos, hablando con la prelada, aun dejó escapar de sus labios esta exclamación, viva expresión de sus ardientes

1 Lib. I, cap. XI, 6.

2 Trenos, I, 4.

deseos: «¡Oh, Madre nuestra, si tuviésemos la felicidad de ser mártires!» ¡Espera un poco, fiel esposa de Jesús, que El no tardará en realizar tus anhelos!

Llegó, por fin, ese suspirado día en que, perseguida por las hordas marxistas, la inocente paloma cayó en la calle atravesada por las balas de los enemigos de Dios y de la patria. No sabemos ningún detalle de sus últimos momentos. Dicen que una bala le atravesó el corazón y, al caer en la acera, no dió más señales de vida. Sólo Dios fué testigo de aquellos supremos instantes y los ángeles que, gozosos, revoloteaban a su alrededor para entregarle la palma y la corona; pero, sin duda, elevando entonces su corazón al cielo, ofrecería repetidas veces al Señor su vida «entre los dolores del martirio y en testimonio de su amor», hasta que «el Aguila Divina se lanzó sobre ella y llevándola al foco del amor, la sumergió, por fin, en aquel abismo abrasador, para convertirla eternamente en dichosa víctima»¹.

Más generosa que Abigail, la H.^a Angeles no sólo imploró del Divino David, irritado con tantas ofensas, el perdón para su amada patria, sino que le ofreció su propia vida para aplacarle y para que reine en todo el mundo. Por eso, al entrar en la patria celestial, adornada con la estola de la inocencia bautismal, teñida con la púrpura de sus venas, también habrá oído de sus divinos labios

1 *Hist.*, cap. XI.

éstas consoladoras palabras: «Ya ves como he oído tus ruegos, y el honor que hago a tu persona»¹, y «porque venciste, Yo te celebraré delante de mi Padre y delante de sus ángeles»².

Si nos fuera dado escuchar de labios de nuestra angelical hermana lo que pasó en aquellos últimos momentos, la oiríamos decir:

«En silencio amoroso
Mi brevísima vida se ha quebrado;
Y en vuelo presuroso
Volé siempre al Esposo
Que en la sagrada patria me ha esperado.

—
¡Oh cuánto de Ti había
Esperado este don inestimable!
Pues yo ya no podía
Vivir un solo día
En aqueste destierro miserable.

—
Si nadie ha recogido
El clamor de mis labios expirantes,
Tú tienes bien sabido
Lo que ha repetido
Mi alma con clamores resonantes.

—
«Que a mi patria querida
Venga pronto tu reino deseado,
Y vea yo en mi vida
Tu reino proclamado
Entre los hombres todos, ¡Rey Amado!»³

1 I Reyes, XXV, 35.

2 Apoc., III, 5.

3 Poesía de la ya mencionada recreación piadosa. Traducción del R. Padre Eladio de Santa Teresa, C. D.

APÉNDICES

Volando al cielo

*E*n tanto que amorosa la Reina del Carmelo
A Cristo presentaba la mística oración
Cuyo sagrado canto snbía noche y día
De sn palomarcito al trono del Señor,

El buracán salvaje de bárbaro enemigo
Del palomar bendito de pronto os arrojó,
Y al veros arrojadas con las hermanas todas
Buscsteis otro asilo en vnestro mortal pavor.

Mas pronto os encontrásteis frente a las turbas fieras
Que a sí mismas quisieron llamarse los «Sin Dios»,
Y a fuego y hieiro quieren pasar lo que aborrecen
En su delirio lleno del más sombrío horror.

Y heridas por sns balas, cual tres hermosos lirios,
Sobre la dnra tierra caer el mndo os vió,
Y os vió volar al cielo, de Cristo cual palomas,
Llevando del martirio la palma y el honor.

C. M.

*A las tres carmelitas mártires
de Guadalajara*

*N*oble España de la Virgen
Del Pilar Zaragozano!
A quien la luz de la Fe
Diera el Apóstol Santiago,
Y de Católica el timbre
De Jesucristo el Vicario;
Ejemplar y semillero
¡De los más ilustres santos!
¡Tierra que encendidos místicos
Sin igual glorificaron!
En tu suelo puso el pie
Del infierno el cruel tirano,
Y contra ti los furoros
Excitó del populacho,
Y el altar y el trono a un tiempo
Cayeron hechos pedazos.
Como en la Roma pagana,
Tus mártires derramaron
Su sangre por la venganza
De los furoros satánicos
Encendidos por la envidia
De tu ardiente celo sacro.
¡Guadalajara! Bien tienes
Para tu gloria ganados
El derecho y el honor
De ostentar, como preclaro
Blasón, tres sangrantes Rosas
Del Rosal carmelitano.

J. Mendes Valente

UN PORTUGUÉS DEVOTO DE LAS MÁRTIRES



H.^a Inés de Jesús



Una flor oculta



UNA cuarta flor se dignó
Nuestro Señor tras-
plantar a los jardines
celestiales; y aunque
no sabemos detalle alguno de su
muerte, ni si ésta fué natural o vio-
lenta, la consideramos también en el
coro de los mártires. Esta humilde
florequilla que perfumó nuestros claus-
tros con la esencia de sus virtudes,
fué la hermana Inés de Jesús, natural
de Burgos, la cual nació el día 21 de
enero de 1886, recibiendo en el bau-
tismo el nombre de Inés.

Se llamaron sus padres Pablo Mor-
ral y Nicasia Andrés. Eran unos ver-
daderos cristianos que educaron a
sus hijos en el santo temor de Dios
y con gran piedad.

Desde los albores de su vida, esta futura hija de Santa Teresa, iluminada por la divina gracia, dió pruebas de su fervor y espíritu misional. Penetrada ya de la importancia de la vida apostólica, todos los ensueños de aquel encendido corazón eran ser un día sacerdote para salvar muchas almas; mas, como ella misma nos lo contaba, al verse niña, y por ende impedida de poder ejercer más tarde el sagrado ministerio sacerdotal, con todo el candor de su alma inocente, pedía a Nuestro Señor, con gran instancia, que la volviese niño.

Era un alma angelical que sólo vivía para Dios, pues el mundo nunca tuvo para ella atractivo. Su confesor, el R. Padre Tiburcio de San José, C. D., prior entonces de Burgos, la dirigió desde sus más tiernos años hasta entrar en el convento.

Siendo aún muy niña sintió el deseo de ser carmelita y, antes de cumplir los quince años, pretendió ser admitida en el convento de las Carmelitas Descalzas de dicha ciudad; pero sus padres no le dieron el permiso deseado por ser muy jovencita.

En esta azucena que había nacido en tan cristiano vergel, y que estaba destinada a abrirse en la Montaña Santa del Carmelo a la sombra de la cruz, ha querido el Señor imprimir el sello del sufrimiento aún antes de entrar en la religión, y con este fin permitió que sus padres sufriesen grandes reveses de fortuna, experimentando por este motivo aquel piadoso hogar horas sombrías, sufridas con santa resignación, y hasta que cumplió los veintiún años no le pudieron dar el dote para entrar religiosa. Entonces podía haber repetido a su vez: «Las pruebas nos ayudan mucho a desligarnos de la tierra; ellas hacen levantar la vista más arriba de este mundo»¹.

1 Santa Teresita, Carta I a la M. Inés de Jesús.

Entró la hermana Inés en este convento el día 9 de mayo de 1907, fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor, tomando el hábito en el mismo día y profesando al año siguiente, el 25 de mayo, fiesta de Santa María Magdalena de Pazzis, a la cual tenía gran devoción. El año 1911 se ofreció como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios, y en una hojita que tuvimos el gusto de encontrar, asentó la fecha de tan memorable acto. En la misma escribió también esta protesta de fe: «Yo, Inés de Jesús, con la ayuda de la gracia, quiero vivir y morir hija sumisa y fiel de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, porque es divina». Y a continuación añadió: «¡Oh único tesoro mío! ¡Oh buen Jesús! Viva yo siempre de Vos sólo y ámeos siempre más y más».

Nuestro Señor condujo al Carmelo a esta alma fervorosa y sencilla a fin de poder ejercer, según sus deseos, un intenso apostolado de oración y penitencia con su vida oculta y mortificada. Para este fin hizo nuestra Santa Madre la Reforma carmelitana, y así lo asegura categóricamente a sus hijas: «Cuando vuestras oraciones y deseos y disciplinas y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis, ni cumplís el fin para que os juntó el Señor»¹.

Mas para que el celo se torne fecundo es necesario que sea regado con el agua del sufrimiento, por eso, éste no podía faltar en la vida de nuestra carmelita que vino al claustro sedienta de asemejarse a su Divino Esposo y deseosa de salvar muchas almas.

En un libro de su uso hallamos copiado de su mano este pensamiento que había leído, el cual, seguramente, le habrá servido de aliento en las amargas horas de la prueba, cuando la frágil barquilla de su alma se veía

1 *Camino de Perfección*, cap. III.

azotada por las encrespadas olas de la tribulación: «Vivamos de puro amor en el puro sufrimiento, en un cántico de «Alleluia» y de amor incesante, siempre contentas con su voluntad divina y ansiando sólo darle gusto».

Toda su vida religiosa se puede resumir en tres palabras: *Amor, celo apostólico y sufrimiento*; y lo poco que hallamos escrito de su mano, principalmente algunas poesías compuestas por ella y otras copiadas, todo está marcado con este triple sello. Conservamos como grato recuerdo una poesía hallada entre sus apuntes, que nos refleja fielmente su fisonomía moral. Vamos a reproducir algunas estrofas que nos harán penetrar en el santuario de su alma, pues parecen chispas que saltaron de su corazón divinamente apasionado:

«Quiero de tu pasión la cruz querida
Para vivir en ella de tu Amor,
Y al tomar tu lugar, ¡oh Jesús mío!,
Consolar tu Divino Corazón.

Y tus clavos también y tus espinas,
Tus llagas y tu intensa humillación;
Quiero a solas morir en el Calvario
Y saborear la hiel de tu pasión.

Quiero sufrir lo más que aquí se pueda,
Y pagar tu dolor con mi dolor,
Y que sacies mi sed de sufrimientos,
Que no puedo saciar la de mi amor.

Quiero que hagas de mí lo que Tú quieras,
Sin que me tengas nunca compasión,
Pues agradarte siempre es mi deseo,
Y darte gusto mi única ambición.

Quiero acabar la vida en un Calvario
Penetrado mi ser por el dolor,
Sin un apoyo ni consuelo humano,
Eso sí que embriagada con tu amor».

D. Lesmes Pérez, Pbro., pariente de nuestra querida hermana Inés, en un artículo que escribió dedicado a nuestras mártires ¹, refiriéndose a ella, decía lo siguiente:

«Sus anhelos de martirio se vieron satisfechos, y si este no fué cruento, los sufrimientos y penalidades de la débil enferma apagaron aquella vida ofrecida, tan de veras, a Jesucristo, por lo cual hay que considerarla por verdadera mártir, puesto que la que pierde la vida entre penalidades y dolores físicos y morales ciertamente lo es.

»Por lo que se desprende de la crónica necrológica remitida por la Madre Priora de la comunidad de San José de Guadalajara, las cuatro mártires carmelitas se distinguieron por sus reiterados ofrecimientos de verter su sangre por el triunfo de la religión y de la patria.

»Por lo que a la hermana Inés de Jesús se refiere, puedo afirmarlo yo categóricamente. Tuve la suerte de verme honrado con su correspondencia, y tales deseos transcendían, con harta frecuencia, a las frágiles cuartillas de sus múltiples cartas. Este ideal le hacía mantenerse tranquila y resignada en medio del huracán. Ya en 1932, cuando en el claro cielo de España se cernían amagos de próxima tormenta, la hermana Inés, dando pruebas de esa serenidad, escribía estas hermosas palabras:

''¿Qué diré de nuestra vida tan feliz al sentir el rugido de la tormenta y tanta bolina de cosas como suceden hoy en nuestra amada patria? Que nuestra paz y felicidad es incontrastable; se funda en Dios y así no deseamos más. ¡Qué pena me causan esas almas que piensan encontrar su felicidad en las cosas de la tierra y dejan a Dios que es la fuente de ella!'' ²

¹ Publicado en la Revista *El Monte Carmelo*, número de enero-febrero de 1940.

² Carta 11-IV-1932.

»Por eso no comprendía ella, alma inocente, el porqué de ese odio satánico contra la religión, Jesucristo y su Iglesia. "Muchas veces, escribía, le preguntó: ¡Jesús mío! ¿Por qué no te quieren los hombres siendo tan bueno?"¹

»Pero su resolución estaba tomada de muy atrás: "Amar a Dios por los que no le aman". Esta fué su gran empresa, *esencial*, como decía ella muy bien. "Dar gloria a Dios, decía, es lo esencial, lo único. Por eso deseo ser santa, pues cuanto más perfecta es un alma, más gloria da a Dios"².

»Es muy consolador hallar almas así en este siglo tan egoísta y materializado. La hermana Inés vivió sólo para este ideal».

Nuestro Señor colmó los deseos que tenía de padecer por su amor, pues durante toda su vida la probó muchísimo, sufriendo siempre a solas con El solo, «sin tener otra alegría que la de no tener ninguna por complacer a Jesús»³. Ella misma confesaba que se consideraba muy dichosa, y sentía gran paz en su alma, siguiendo aquel camino que Dios le había trazado, y que en medio de sus pruebas el Señor le daba gran fortaleza para no desmayar. La falta de apoyo humano, permitido por Dios misericordiosamente, la obligaba a buscar el divino, y de este modo fué subiendo hasta la cima del Calvario de su vida. Allí le hizo Nuestro Señor participante de su pasión, clavándola en la cruz de la enfermedad, y muriendo sin el consuelo de la compañía de sus queridas hermanas, apurando, hasta las heces, el amargo cáliz del sufrimiento.

En situación tan dolorosa pudo exclamar: «¡Dios

1 Carta 15-V-1932.

2 Carta 11-IV-32.

3 Santa Teresita, carta IV a Sor María del S. Corazón.

mío!. ¿por qué me has desamparado?»¹. Pero ella bien sabía que no estaba desamparada, y seguramente recordaba que un día había repetido con todo el ardor de su alma:

*«Quiero a solas morir en el Calvario
Y saborear la hiel de tu pasión».*

Clavada en su cruz tendría bien presente que se había ofrecido como víctima y que Nuestro Señor se dignó aceptar su ofrecimiento. En efecto, como «el amor es fuerte como la muerte»², y no dice nunca basta, impulsó a la hermana Inés a ofrecerse a nuevos sufrimientos. En uno de los días de la Semana Santa anterior hizo una mortificación pública en el refectorio, según nuestra costumbre, y allí, en presencia de la comunidad, se ofreció como víctima a la divina justicia por la conversión de los pecadores y salvación de España.

Su ofrecimiento fué aceptado, pues en diciembre del año 1937, después de haber pasado muchas privaciones, enfermó precisamente cuando obligaron a evacuar para Barcelona a las Religiosas. No pudo hacer el viaje con las demás por estar en cama, y se trabajó todo lo posible para que la condujesen al hospital provincial de Pastrana. Todo fué inútil, pues, habiendo quedado al cuidado de tres religiosas de nuestra comunidad que consiguieron quedar en esta ciudad, una mañana, sin previo aviso, se presentaron los marxistas donde estaba domiciliada, obligándola a hacer el viaje. Así enferma y desamparada, emprendió la marcha hacia Barcelona, juntamente con otras religiosas de esta capital y personas de derechas, entre ellas, una amiga de la comunidad.

1 Marc., XV, 34.

2 Cant., VIII, 6.

Al llegar a Valencia se agravó de tal manera su estado, que no pudo proseguir su itinerario, que era, como queda dicho, llegar a Barcelona a reunirse con las otras cinco religiosas de nuestro convento que allí estaban ya. Por este motivo tuvo que quedarse en la capital levantina para que la condujesen a una *clínica*. Desde entonces se pierde toda huella de nuestra querida hermana, y a pesar de las prolijas investigaciones que se hicieron después de la liberación, no hemos conseguido la menor noticia.

Tenía la hermana Inés cincuenta y un años de edad.

Sólo nos sirve de lenitivo a nuestra pena el recordar que fué una víctima escogida por Jesús, convencidas de que desde la patria celestial nos dice como Santa Inés, su patrona: No me lloréis como muerta, pues estoy en el cielo con mi Divino Esposo, que tanto amé, y ha querido que mi muerte fuese oculta, como oculta fué toda mi vida, para que El sólo fuese testigo de mis sufrimientos, soportados por amor de Dios y de la patria.

UNA SÚPLICA

OH dichosas mártires, preclaras hijas del Carmelo y queridas hermanas nuestras! Desde el cielo, donde gozáis el premio de vuestras victorias, no olvidéis a los que aún peregrinamos en este valle de lágrimas. Rogad por la Iglesia tan combatida, de la cual os mostrásteis siempre tan amantes hijas, por el atribulado Pontífice, por nuestra sagrada Orden, y en especial por nuestra comunidad, por España y por todo el mundo; y al «arrojar vuestras coronas delante del trono de Dios»¹, presentadle también esta nuestra ardiente súplica que fué la vuestra:

¡Adveniat regnum tuum!

1 Apoc., IV, 10.

ORACIONES PARA ALCANZAR GRACIAS POR INTERCESIÓN DE LAS TRES MÁRTIRES

(PARA USO PRIVADO)

OH Jesús amorosísimo, que recibísteis el ofrecimiento que de su vida os hizo vuestra esposa, la hermana Pilar!, por la gloria que os dió perdonando a sus enemigos, os suplico humildemente que os dignéis establecer en las almas el reinado de vuestro Divino Corazón, y que la glorifiquéis, concediéndome la gracia que por su intercesión os pido, si fuere conforme a vuestra santísima voluntad y para salvación de mi alma. Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

JESUCRISTO-REY, que os dignásteis realizar los ardientes deseos que vuestra esposa, la hermana Teresa, tuvo de derramar su sangre por el triunfo de vuestro reinado universal; haced que todos los corazones reconozcan vuestra realeza, y glorificad a esta heroica virgen, concediéndome la gracia que por su intercesión os pido, si ha de ser para mayor gloria vuestra y provecho de mi alma. Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

OH Jesús!, por los intensos deseos que vuestra esposa, la hermana Angeles, tuvo a imitación de Santa Teresita, de ser misionera y mártir, os suplico que inflaméis en el celo de vuestro amor y de vuestra gloria a todos los sacerdotes y misioneros para que hagan triunfar en las almas vuestro reinado de amor, y que la glorifiquéis, concediéndome la gracia que por su intercesión os pido, si fuere conforme a vuestra santísima voluntad y provecho de mi alma. Amén.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Comuníquense las gracias recibidas a las Carmelitas Descalzas de San José de Guadalajara.

CONSAGRACIÓN A SANTA TERESITA,
QUE LA HERMANA TERESA
RECITABA CON FRECUENCIA

OH mi querida Santa Teresita! Yo me consagro a ti en este día de una manera especial, suplicándote que me ofrezcas a Nuestra Santísima Madre, la Virgen del Carmen y me alcances la gracia de amarla con un amor tierno y filial. Cumple en mí tu misión de hacer amar a Jesús como tú le amaste. Ruégale que me conceda la gracia de ser un alma muy pequeñita, de darle siempre gusto y de saber sufrir como tú, con un gozo santo, una paz inalterable y con grande amor y humildad.

Que pueda yo de este modo llenar tus virginales manos con las rosas de mis pequeños sacrificios, para que con ellas conquistes muchas almas para Jesús. Otórgame tu especial protección durante la vida y en la hora de la muerte. Asísteme en aquel trance, acompañada de tu Legión bendita. Que tenga la dicha de morir víctima del amor misericordioso, y después, en el cielo, permítame que jamás me separe de tu compañía y te ayude en tus conquistas, haciendo amar al Amor. Amén.



TRASLADO DE LOS RESTOS
DE LAS
TRES MÁRTIRES CARMELITAS DESCALZAS
DEL CONVENTO DE SAN JOSÉ DE GUADALAJARA ¹

NUESTRAS tres mártires, las hermanas María Pilar de San Francisco de Borja, Teresa del Niño Jesús y María Angeles de San José, bárbaramente fusiladas el día 24 de julio de 1936, fueron enterradas ese mismo día por la tarde en el cementerio de esta ciudad en una misma fosa, juntamente con otros ciudadanos caídos.

El día 15 de marzo de este año de 1941 fueron levantadas y reconocidas. Sus cuerpos están aún enteros y tienen todavía mucha carne y gran parte de la ropa, principalmente los escapularios grandes y las correas que llevaban debajo de los vestidos. También tenían los crucifijos grandes del pecho; por eso fué muy fácil el reconocerlas.

El día 17 de dicho mes, a las doce, fué el traslado de sus restos, que estaban depositados en la capilla del cementerio a nuestro convento. ¡Fué un verdadero triunfo!

¹ Noticia publicada en la Revista *El Monte Carmelo*, número de mayo-junio de 1941.

Metidas en sus cajas, cada una llevaba sobre la tapa una gran cruz, hecha de hojas de laurel, con una corona de rosas blancas en medio. En el fúnebre cortejo tomaron parte las autoridades religiosas, militares, civiles y del glorioso movimiento, Acción Católica y muchísimas personas particulares.

Antes de la hora marcada, llegó al cementerio en su coche el Excmo. Sr. Gobernador Militar, y poco después otras autoridades.

Abría paso la cruz parroquial y seguía el clero. Nuestro M. R. Padre Provincial, Fr. Valentín de San José, llevaba la capa pluvial, asistido de su secretario, el R. Padre Julián de San Elías y de nuestro digno capellán, D. Daniel Castellanos. A continuación iban los féretros, llevados a hombros por algunos amigos de la comunidad, entre ellos dos hermanos (militares) de nuestra mártir, la H.^a Teresa del Niño Jesús. Presidía el duelo el Excmo. Sr. General Gobernador Militar de la Plaza, el Excmo. Sr. Gobernador Civil, el Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial, el Excmo. Sr. Alcalde de Guadalajara, el Ilmo. Sr. Delegado de Hacienda (el cual, siéndole imposible asistir personalmente, envió como representante a su Interventor), el Sr. Presidente Local de F. E. T. y de las J. O. N. S., el Sr. Presidente de Acción Católica, la Señora Presidenta de las Juventudes Católicas Femeninas y el Sr. Presidente del Frente de Juventudes de ambos sexos.

A poco de ponerse en marcha el fúnebre cortejo, cedieron estos señores el puesto de honor a las religiosas de vida activa que tomaron parte en él, y no llegaron a tiempo al cementerio porque lo empezaron antes de la hora anunciada, continuando ellos en segundo lugar hasta llegar a nuestra iglesia. Entre el público

figuraban representaciones de Acción Católica, F. E. T. y de las J. O. N. S. y S. E. U., no pudiendo concurrir una representación nutrida de Acción Católica masculina por encontrarse ese día ausente de esta capital. Quince señoritas con su gorra colorada representaban la Falange Femenina.

Fué un acto impresionante, y todas las personas que tomaron parte en él iban con la mayor compostura y recogimiento. El cortejo recorrió gran parte de la ciudad, siguiendo el siguiente itinerario: Salida del cementerio, Santuario de Nuestra Señora de la Antigua, Cuesta del Reloj, Plaza Mayor, calle de Miguel Fluiters, parroquia de Santiago Apóstol, calles del Teniente Figueroa y del Ingeniero Mariño, y entrada en nuestra iglesia. El coche de la funeraria iba detrás del cortejo en señal de duelo, así como los de las autoridades. Al entrar en la iglesia, pusieron las tres cajas en el crucero entre velas, y allí hicieron el Oficio de sepultura, cantando los sacerdotes y las religiosas que estaban en el coro alto y acompañando el órgano.

¡Qué impresión causaba contemplar las tres cajas de nuestras mártires con sus cruces y coronas de rosas blancas sobre la tapa! Era al mismo tiempo un sentimiento de pena, de alegría y de entusiasmo lo que experimentábamos. Casi cinco años después del memorable día en que «habiendo combatido con valor y guardado su fe, recibieron la corona de los justos»¹ y la palma del martirio, volvían a entrar en su amado convento envueltas aún en sus vestiduras empapadas con la sangre que tan generosamente derramaron por el reinado de Cristo, para dormir al lado de sus hermanas el último sueño y esperar en su compañía la re-

1 II Tim., IV.

surrección final. Mientras cantábamos los responsos, que más parecían himnos de triunfo que cánticos fúnebres, parecíanos que sus espíritus se cernían sobre nosotras y sobre los que se habían reunido para prestarles un tributo de amor y de respeto.

Nuestra iglesia se llenó con las personas que tomaron parte en el cortejo.

Al entonar la antífona *In paradisum*, las condujeron a la portería, acompañándolas las autoridades y demás personas. Entraron en la clausura los que llevaban las cajas y los sacerdotes que permiten en semejantes casos nuestras leyes. Fuimos todas a la portería con las capas blancas y velas encendidas a recibir a nuestras queridas mártires y nos dirigimos en procesión a la bóveda, cantando el *Benedictus*. Allí terminaron el Oficio de sepultura y al día siguiente fueron colocadas en los nichos que ya estaban preparados para recibir sus virginales restos. Para satisfacer la piedad popular tuvimos que tocar a sus cuerpos varios objetos que para ese fin nos trajeron.

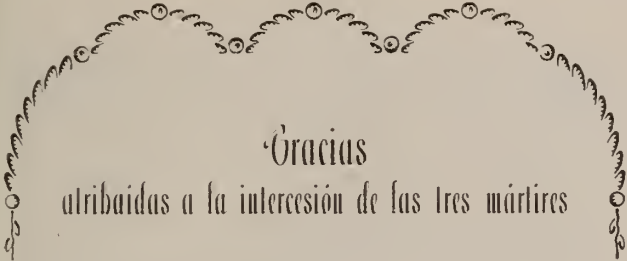
El día 21 se celebró un solemne funeral, cantando la misa D. Julián García, hermano de nuestra mártir, la hermana Teresa del Niño Jesús, el cual estaba profundamente conmovido».

* * *

Como ya queda referido, los cuerpos de nuestras mártires estaban aún enteros, a excepción de la hermana Pilar que tenía la cabeza y la mano derecha sueltas. En algunos sitios las carnes estaban ya consumidas y en otros momificadas. La cabeza de la H.^a Angeles era la que se hallaba mejor conservada, y en su rostro se notaba una expresión de gran su-

frimiento. Tenía la boca desmesuradamente abierta, dando la impresión de que había muerto asfixiada. La H.^a Teresa se conservaba echada sobre el lado derecho.

Sólo nos resta hacer notar que fueron fusiladas en un viernes, poco después de las cuatro de la tarde, pero si tenemos en cuenta el adelantamiento de la hora, era un poco más de las tres, hora en que el Divino Mártir del Gólgota expiró en la cruz.



Gracias

atribuidas a la intercesión de las tres mártires

AL deshojarse por amor estas bellas rosas, se esparció por todas partes el perfume de sus pétalos enrojecidos con su propia sangre.

Contribuyeron de un modo particular a darlas a conocer con gran entusiasmo y no menor cariño, las Carmelitas de Lisieux, las cuales, según ellas mismas nos lo han comunicado, las invocan todos los días con mucha confianza en su protección.

El mes de octubre de 1936 publicaron en los Annales de Sainte Thérèse de Lisieux la noticia de su martirio, y el año 1940, en el Almanaque de la misma Santa, salió una relación más extensa, la cual mandaron después imprimir por su cuenta en hojas sueltas, y con gran interés se encargaron de distribuirlas, dándolas de este modo a conocer por todas partes.

También contribuyó a propagar su devoción el R. P. Marques Soares, residente en Lisboa, y Director de la Revista Rosas de Santa Teresinha, mandando imprimir estampas y publicando en su Revista la relación de su martirio.

Muy pronto empezaron a ser invocadas con gran confianza, y no sólo de España sino del extranjero nos piden estampas y reliquias.

Parece que Nuestro Señor quiere demostrar cuan poderosa es su intercesión, pues son muchas las gracias que se les atribuyen. Una de las primeras y más notables que nos han sido comunicadas es la siguiente:

X., 26 de Diciembre de 1940.

Una señora que durante la guerra vivió algún tiempo en mi compañía, tenía un pecho en lastimoso estado. Habiendo consultado al especialista Dr. Gómez Ulla, éste le aconsejó que no hiciese nada, declarando después a la persona que la acompañaba que tenía un cáncer y de los peores, y por lo tanto que no tenía remedio. Excepto la pobre paciente, todos estaban enterados de la gravedad de su mal.

Más tarde, habiendo oído hablar providencialmente de las mártires de esa comunidad, se reanimó su confianza y empezó a pedir por su intercesión la curación de aquella enfermedad que tanto la hacía sufrir. Un día, cuando se disponía a lavarse, vió con gran asombro que el costrón que tenía en el pecho se cayó al suelo, quedando este sin llaga alguna y la carne fresca. Estaba completamente curada.—C. D.

No menos solícitas se han mostrado nuestras mártires en atender a las necesidades espirituales y temporales de esta su comunidad.

Ya se habían pasado algunos meses después de la liberación, y todas las religiosas de clausura de esta ciudad aún teníamos que salir del convento para ir a las parroquias a oír misa y a confesar por la escasez de sacerdotes en toda la Diócesis, no habiendo posibilidad, ni siquiera esperanza, de tener capellán por más diligencias que se hacían.

Deseosas de no tener que salir a la calle, ya nos contentábamos con que nos viniesen a dar la sagrada comunión todos los días y a celebrar el santo sacrificio de la misa los domingos y días festivos; más ni aún para esto encontrábamos un sacerdote que se comprometiese a hacerlo. Empezamos de comunidad una

novena a la Santísima Trinidad por intercesión de nuestras mártires pidiéndoles que nos alcanzasen un capellán hasta el día 24 de noviembre, fiesta de nuestro Padre San Juan de la Cruz. El día 19 de dicho mes, con gran sorpresa nuestra, presentóse en el torno, sin ser llamado, un sacerdote que era capellán de la cárcel en esta capital para serlo también nuestro con unas condiciones muy ventajosas para nosotras, por lo que dimos gracias a Nuestro Señor por tan singular beneficio.

Estando en otra ocasión la priora de esta comunidad bastante preocupada por falta de medios para pagar a los obreros que estaban reparando el convento y casi determinada a mandar parar las obras por no tener esperanza de recibir las limosnas necesarias, se encomendó a la hermana Pilar, suplicándole que viniese en su auxilio.

Días después una religiosa la vió en sueños rodeada de un intenso resplandor plateado, sintiendo al despertar una particular alegría. Parece que Nuestro Señor quiso servirse de este sueño para dar a entender que nuestra hermana no deja de interesarse por su comunidad, pues, al día siguiente vino a visitarnos un bienhechor, el cual al enterarse de nuestra situación económica, dijo que no suspendiésemos la obra, que él la pagaría.

A una postulante le sobrevino un impedimento para poder tomar el santo hábito, por lo que estábamos bastante preocupadas. Hicieron en el noviciado una novena a fin de alcanzar por intercesión de la H.^a Pilar la gracia de que desapareciese dicho impedimento.

Al séptimo día de la novena, víspera del cumpleaños de la maestra de novicias, hermana carnal de la H.^a Pilar, se alcanzó la gracia deseada, por lo que todas nos alegramos mucho, y la consideramos como un obsequio de la querida mártir a su hermana.

Algunos meses después, teniendo ya las licencias necesarias para recibir a una pretendiente, surgieron dificultades tales que impedían su entrada en este convento. Empezaron en el noviciado una novena para obtener por intercesión de la H.^a Pilar, la gracia de que desaparecieran los obstáculos, y antes de terminarla, dicha pretendiente ingresó con gran gusto de todos.

Una religiosa de esta comunidad sentía un fuerte dolor en un pie que la molestaba mucho y le repetía todos los inviernos. El médico no le dió esperanza de aliviarse, y habiéndose puesto una reliquia de la hermana Pilar sobre la parte dolorida, pasados algunos días, se le quitó el dolor y no le ha vuelto más.

También nos han comunicado las siguientes gracias alcanzadas por intercesión de la H.^a Pilar:

Carmelitas Descalzas de Albufeira (Portugal), 25 de enero de 1942.

Mi Reverenda Madre:

Estando un día muy afligida recurrí a la H.^a Pilar en un caso que ninguna esperanza tenía de feliz éxito, y en un momento he visto desaparecer todas las dificultades, consiguiendo lo que parecía imposible. La querida H.^a Pilar se había interesado con Aquel que quiere su propia glorificación en la de esta dichosa mártir.

En otra ocasión, llena de confianza, empecé una novena para alcanzar una gracia que en lo humano no parecía posible conseguir por los enormes obstáculos que había que vencer.

En el primer día de la novena apareció una aurora anunciadora de obstáculos deshechos, en el segundo día el triunfo era completo. La querida mártir continuaba velando por su Orden en los intereses de esta fundación.

Siempre que a ella recurrimos experimentamos la eficacia de su intercesión, pero estas dos gracias fueron las más notables

Que Nuestro Señor la eleve pronto a los altares para gloria suya y de su Madre Inmaculada.—*María del Corazón de Jesús, presidenta.*

Albacete, 13 de mayo de 1942.

Muy Reverenda Madre:

Le escribo para comunicarle que por intercesión de la hermana María Pilar de San Francisco de Borja conseguí del Señor una gracia que me parecía imposible alcanzar.—*M. López.*

Madrid, 22 de junio de 1942.

La H.^a Pilar de San Francisco de Borja me ha alcanzado una gracia. Tenía un eczema en un oído hace mu-

chos años, y no se me quitaba; le hice una novena aplicándome una pomada, y desapareció sin volver a tener novedad. Desde luego ella ha intervenido, porque creí que no se me quitaría después de tanto tiempo. ¡y lo molesto que era!, pues me daban unas picazonas que no podía resistirlos. Dios quiera siga oyéndome.—*Francisca Sánchez.*

Guadalajara, 10 de agosto de 1942,

Hacía algún tiempo que estaba muy sordo, pero no sentía deseos de consultar a ningún médico ni de operarme. Me encomendé a la H.^a Pilar y habiéndome determinado a hacerlo, me operaron y quedé completamente bien.—*F. S.*

Carmelitas Descalzas de Albufeira (Portugal), 13 de noviembre de 1942.

Mi Reverenda madre:

De las tres mártires la que ha conseguido más simpatías aquí en el Algarve, es la H.^a Pilar, por las enormes gracias que se han obtenido por su intercesión, y muy cerca de nosotras ha alcanzado algunas que parecen milagros. Un joven fué recomendado a nuestras oraciones por estar muy enfermo del estómago, lo que traía atribulada a toda la familia. Lo encomendamos a la H.^a Pilar, y al presente está bueno. ¡Es espantoso!

Una señora amiga mía, esposa de un abogado y de las mejores familias de este pueblo, vino un día a exponerme en confianza un caso que la traía muy afligida y a los suyos.

Hacía ya unos doce meses que esperaba un hijo y sentíase muy mal. Los médicos decían que la criatura estaba muerta y que la madre moriría también.

Me causó mucha lástima al ver que si moría, dejaba dos niñas, una de trece años y otra de nueve, aunque ella aceptaba la muerte con mucha resignación. Le dí una reliquia de la H.^a Pilar, que inmediatamente se la puso muy gustosa, y al instante le cesaron las molestias que sentía.

Fué sometida a una operación muy peligrosa, según el dictamen de los médicos, la cual corrió bien hasta cierto punto, más repentinamente los médicos, que

eran los mejores operadores de Lisboa, se vieron perdidos, sin esperanza de poder salvarla.

La muerte le acechaba ya; pero entonces, según lo ha afirmado uno de los operadores, sin saber cómo, dió con el peligro, y con gran agilidad aseguró la vida de la enferma que entró en rápida convalecencia y pocos días después volvía a su casa completamente curada. Durante la operación tenía consigo la reliquia de la hermana Pilar a la cual se había encomendado.

Una gracia muy grande también nos alcanzó la hermana Pilar.

Hay aquí en una villa cerca de esta (Lagôa), un antiguo convento de la Orden, por el cual yo andaba suspirando para que nos lo entregasen. Vive en dicha villa una amiga mía, muy piadosa que deseaba que las Carmelitas fuesen a fundar allí. Se oponía terminante a eso el Presidente de la Cámara y otras personas. Dí a dicha amiga estampas de las mártires para que las repartiese entre las personas piadosas sus conocidas, y sin yo decirle nada fué la H.^a Pilar la escogida para alcanzar la gracia de la entrega del convento, cosa muy difícil en el entender de todos por estar allí las escuelas y no haber licencia del Gobierno para edificar otras. Más para Nuestro Señor no hay dificultades. Al finalizar la novena que ella hizo en compañía de otras personas que se interesaban también en este asunto, el Presidente de la Cámara cambió de tal forma que él mismo se puso a protegernos y a defendernos, y el convento nos fué entregado por muy bajo precio.

Estamos tratando de las escrituras para comprarlo.

Otra no menor gracia fué concedida a mi familia por su intercesión. Mi abuelo dió una caída tan fatal que se rompió una pierna. Sacada la radiografía, el médico declaró ser el mal de muerte en aquella edad de ochenta años.

Iba cada vez a peor. Inmóvil en la cama, con la pierna en un aparato acomodado, empezó a tener heridas de arriba a bajo en la dicha pierna. Afligidas mis tías rezaban y pedían oraciones. Yo con ellas recorrí a la H.^a Pilar, y una de mis tías colocó una reliquia suya sobre la pierna que estaba hecha una llaga. ¡Oh maravilla! Al día siguiente la enfermera fué a hacer la cura.

que era siempre tan dolorosa para mi abuelo, que le hacía gritar cuanto podía, y saca la venda sin una mancha. ¡La pierna estaba completamente curada!

Veíase (y yo lo he visto, porque luego que mi abuelo pudo venir al locutorio me la enseñó), la carne nueva, con señales de grandes llagas, pero todas curadas con una perfección admirable.

Mi abuelo era ateo y al ver este hecho, al cual sucedió también la cura rápida del fémur, convirtiéndose, y es hoy un católico práctico.

Yo escribo estas líneas muy impresionada y conmovida. El caso se divulgó por la villa y todos lo consideran como milagroso.

Mi abuelo hace hoy su vida normal con espanto de todas las personas que lo conocen y mucho más del propio médico que no es católico práctico, y no sabe a que atribuir este hecho.

Estas son las principales gracias alcanzadas por intercesión de la H.^a Pilar. Otras se han obtenido de menos importancia, pero que no demuestran menos la asistencia de las queridas mártires, gloria de la Orden en nuestro siglo.

Y hago notar que yo no soy muy propensa a considerar ciertas cosas como gracias y milagros, pero Nuestro Señor se dignó hacer cerca de mí éstos que yo no puedo poner en duda. *María del Carmen del Corazón de Jesús, presidenta.*

Declaración de la persona curada.

Albufeira, 5 de diciembre de 1942.

Yo, el abajo firmado, declaro bajo mi palabra de honor que estando enfermo sin que nadie me juzgase capaz de resirtir a la enfermedad, me encuentro ya bien, y para que mejor se entienda, paso a contar detalladamente lo sucedido.

Bajaba un día la escalera del Club de Albufeira, y sin fijarme en los peldaños tropecé y caí tan desastrosamente que rompí una pierna. Trajéronme para casa en un auto, llevándome inmediatamente a Loulé, villa bastante distante, a fin de que me sacaran la radiografía, según el consejo del médico.

Mis hijas no tenían la mínima esperanza de mi cura.

Yo en seguida me di cuenta de la gravedad del mal, y en mi edad de ochenta años, la curación tornábase más difícil.

Hiciéronse sin embargo todos los remedios y quedé en cama sin poder moverme, lleno de tantos dolores que no dejaba descansar a nadie.

Se me puso la pierna enferma llena de heridas de alto a bajo, y la otra ya empezaba también a herirse.

Las curas eran dolorosísimas, pues la pierna estaba en una viva llaga

Un día, vinieron, como de costumbre, a hacerme la cura y halláronme curado con gran espanto de todos los que dos días antes me habían visto la pierna toda hecha una llaga. El caso se hizo público y hoy todos dicen: «¡Milagro!». Convencido de que fué una gracia del cielo, asimismo lo estoy de que fué por medio de la reliquia de la H.^a Pilar, carmelita, que mi nieta, también religiosa carmelita, me envió.

Ya voy todos los domingos a la santa misa porque esta curación me reavivó la fe que hacía ya muchos años estaba apagada, y siéntome feliz al ver que el buen Dios no me castigó a pesar de haberlo dejado por muchos años.—*Juan Martins Negrão*.

Relación de una hija del favorecido.

Albufeira, 10 de diciembre de 1942.

No sé narrar gracia tan grande como fué la que recibimos por intercesión de la H.^a Pilar para mi padre.

Si fué grande en la parte física, pues todos de día en día esperábamos su muerte, fué mucho mayor en la parte espiritual.

Yo soy la hija menor y como siempre fuí inclinada a la piedad, sufría horrores con mi padre que tenía gran antipatía a los sacerdotes y profería contra ellos palabras poco respetuosas.

Hacía muchos años que había perdido la fe, y yo veía con gran disgusto, y mi madre con más aún, que mi padre era casi un ateo, aunque siempre le quedó en el alma alguna creencia.

No solamente no iba nunca a misa sino que tampoco quería que yo fuese, y era necesario hacerlo a escondidas. Cuánta amargura me causaba ver que los demás

hombres se acercaban a Nuestro Señor y que a mi padre ni aún se le podía hablar de eso. Durante su enfermedad, al verse curado de la pierna, pensó en el caso estupefacto y se impresionó mucho. Entonces me pedía libros de religión y periódicos religiosos, y empezó a rezar mucho y a pedirme que rezase con él.

Luego que pudo andar fué a misa al Carmelo y afirmó a su nieta carmelita que estaba curado por milagro y que iba a confesarse, porque había «reanudado las amistades con Dios». Hoy es para nosotros un consuelo verlo ir todos los domingos a misa y rezar el Rosario con mucha devoción. Quien vió en otros tiempos a mi padre hablando y obrando contra los sacerdotes y contra todas las cosas de religión, no puede dejar de decir, con el alma agradecida, que Dios obró en él grandes cosas, ni dejar de exclamar de rodillas un «¡gracias!» a la H.^a Pilar.—*Umbelina del Espiritu Santo Negrão*

Certificado del médico.

Nuño Pontes Vieira, licenciado en Medicina y Cirugía por la Facultad de Medicina de la Universidad de Lisboa.

Certifico bajo mi palabra de honor que traté de Juan Martíns Negrão de una fractura del cuello del fémur derecho, con diagnóstico controlado por la radiografía, y que este enfermo se halla hoy completamente curado.

Albufeira, 13 de noviembre de 1942.—*Nuño Pontes Vieira.*

Sigue el certificado del párroco.

Monasterio de Benedictinas de X., 28 de enero de 1943.

Mi Reverenda Madre:

Gustosa me dispongo a comunicar a V. R. una gracia que Nuestro Señor me ha concedido por intercesión de la H.^a Pilar. Desde agosto último sentía dolores muy fuertes y continuados desde el hombro a la cabeza que al principio calmaba con aspirina y otros calmantes, pero era el bienestar momentáneo. Al ver que continuaban e iban en aumento, llamamos al médico y dijo que era una neuralgia aguda de las peores, por interesarse tres nervios y que no tenía cura. Esto

era hacia el 15 de octubre, habiendo llevado todo el mes sin apenas dormir y debilitándome mucho por la inapetencia que me producían los dolores tan intensos que tenía.

La noche del 22 al 23 de dicho mes, me acosté temprano, como ya llevaba haciéndolo una temporada, y a la media hora de haberme acostado me empezó a doler tan intensamente que creí no iba a poder resistir; entonces rogué a la H.^a Pilar que si no me alcanzaba la gracia de quitarme el dolor, me alcanzase la fuerza para sufrir. Busqué su estampa y recé varias veces la oración. Tomé una aspirina que no me calmó absolutamente nada y a la media hora un sello «Yer», dándome el mismo resultado que la aspirina. Al ver que no hallaba alivio, me apliqué una reliquia de la H.^a Pilar suplicándole que me alcanzase una completa resignación a la voluntad de Dios y fuerza para sufrir todo lo que Él tuviese a bien enviarme. Lo que sentí en aquel momento no sé explicarlo; sólo puedo decir que si aquella noche hubiese durado un siglo, no hubiese pedido a Dios mitigase los dolores que sentía. Tan contenta me encontraba en la cruz con Jesús que no hubiese cambiado mis dolores por ningún tesoro de la tierra.

Al día siguiente, al preguntarme mi R. Madre que tal lo había pasado, le contesté: «No he sufrido en mi vida tanto como esta noche, pero tampoco he gozado nunca tanto, y le referí lo que me había sucedido.

Las dos dimos gracias a Dios y a nuestra querida mártir. Desde ese día fuí mejorando; los dolores no han sido tan intensos, pero sobre todo recuperé el sueño y el apetito y con ellos las fuerzas. Desde noviembre hago vida normal, y aunque de vez en cuando tengo dolores, puedo sobrellevarlos sin gran violencia.—*Sor X.*

* * *

La hermana Teresa solía decir que si llegase a ser santa había de imitar a Santa Teresita y a San Antonio que escuchan a todos los que los invocan, y que quería ayudar en el cielo a la Santita a derramar sobre el mundo su lluvia de rosas.

En efecto, nuestra hermanita está cumpliendo su promesa, y Nuestro Señor se complace en glorificarla concediendo muchas gracias por su intercesión, como lo testifican varias cartas que hemos recibido, siendo su propia familia la primera que experimentó su protección.

Su hermano Quintín, que desde el día de su martirio se encomienda a ella con fervor, la experimentó de un modo admirable. Lo buscaban con gran saña para matarlo, porque había tomado parte y distinguiéndose en el glorioso alzamiento militar de Guadalajara, sin conseguir encontrarlo. Y habiendo ido en cierta ocasión los milicianos a hacer un registro en la casa donde estaba hospedado, Nuestro Señor permitió que no se diesen cuenta de que era el que con tanto afán buscaban. Otro día volvieron y se llevaron a dos jóvenes que residían también allí y a él lo dejaron. Conseguió salir de Guadalajara para Madrid en medio de mil peligros, y habiéndolo prendido en dicha capital, después de llevarlo y traerlo de tribunal en tribunal y de cárcel en cárcel, le mandaron a un campo de concentración, de donde se escapó, logrando llegar a zona nacional después de seis días de persecución.

Estuvo combatiendo con gran valor hasta el fin de la guerra, habiendo salido ileso de todos los peligros en que se encontró varias veces.

Todo esto lo atribuye él a la protección de su hermana, a la cual invocaba en sus apuros.

Su hermano D. Julián nos comunicó las siguientes gracias recibidas:

Bayulas de Abajo (Soria), 8 de julio de 1941.

En el mes de abril de 1937, prestaba mis servicios militares como capellán de la 3.^a Compañía del 2.^o Batallón de Zapadores Minadores n.^o 5, y estando en la posición de Santa Quiteria (Huesca), ocurrió el hecho siguiente:

Un soldado fué herido de un balazo con entrada del proyectil por la frente y salida por la parte inferior de la nuca. Como la Compañía no tenía médico, se llamó el de la posición, que pertenecía a un Batallón del Regimiento de Infantería n.^o 18, quien calificó la

herida de gravísima Como el herido daba algunas señales de vida, le administré la Extrema Unción y después de hacerle la primera cura, lo mandaron en la ambulancia al próximo hospital de Almudévar. Con el permiso del Jefe de mi Compañía, monté con el herido en la ambulancia con el propósito de hacerle en el camino la recomendación del alma, ya que parecía inminente su muerte, pues así lo dijo el médico, y así lo creímos todos cuando observamos al hacerle la cura que tenía salida parte de la masa encefálica.

En el trayecto de la posición al hospital, después de hacerle la recomendación del alma, lo encomendé con todo fervor a mi hermana Teresita, por tratarse del primer herido que asistía desde que me incorporé al glorioso Ejército nacional.

Cuando llegamos al hospital después de un viaje muy molesto por ser un camino malo en que la ambulancia, a pesar del cuidado que la gravedad del caso exigía, iba continuamente dando saltos, ya los médicos observaron una ligera mejoría en el herido, pero con muy pocas esperanzas de que sobreviviera. Volví a la posición inmediatamente, y a los quince días, con la agradable sorpresa de todos, tuvimos noticias de que el herido estaba fuera de peligro; y a los dos meses era dado de alta en el hospital. Esta curación, aunque bien pudiera explicarse naturalmente, no deja de ser asombrosa, y yo no dudo en atribuirle a la intercesión de mi hermana Teresa del Niño Jesús.

Otra no menor gracia nos alcanzó más tarde.

El 28 de junio de 1938, mi madre cayó repentinamente enferma. Al momento se dió cuenta el médico de cabecera de la gravedad del caso, pues se trataba de un cólico «miserere». A pesar de poner todos los medios para combatirlo, mandaron llamar la ambulancia sanitaria de Soria, porque parecía que no había otra solución que la intervención quirúrgica. Espontáneamente de todos los labios salió esta súplica: «¡Teresita, salva a tu madre!» Se le aplicó la trenza de cabello que mis padres guardan desde su toma de hábito, y antes de

que llegara la ambulancia, desapareció la gravedad sin que hubiera necesidad de operación ni de sacarla de casa¹. — *Julián García, Pbro.*

Una religiosa de esta comunidad refiere la siguiente gracia alcanzada durante su estancia en casa de su familia después de la liberación:

«A últimos de agosto del año 1939, mi sobrino Fernandito de tres años de edad, se puso muy enfermo de apendicitis. Tenía unos cólicos agudísimos, y a los ocho o nueve días aún no había podido tomar más que unas cucharaditas de *Ceregumil* por habérselo prohibido el médico, temiendo que se declarase una peritonitis. En una de sus visitas dijo: "La enfermedad va siguiendo su curso; ahora si ven que aumentan los cólicos y la fiebre, hay que temer una peritonitis con peligro de la vida del niño, y entonces habría que operarlo antes de las veinticuatro horas".

»Una tarde que fui a verlo, lo encontré malísimo; tenía mucha más fiebre que los días anteriores y los cólicos eran continuos y tan fuertes que partía el corazón ver a la criaturita revolcarse en la cama. Tenía la voz ya apagada, los ojos hundidos y el rostro con un color muy amarillo. No pudiendo sufrir ver aquel cuadro, me retiré a mi alcoba y, en un arranque de fe y de confianza, me acerqué a un Santo Cristo y, besándole el Corazón le dije: "¡Corazón de Jesús, por intercesión de la hermana Teresa sana a Fernandito!" Al día siguiente estaba yo aún medio dormida y me despertaron las voces de mi tía que decía: "¡Un milagro! Fernandito está bueno y jugando tan tranquilo con su hermanito".

»La mejoría fué notable de día en día; el médico no pudo comprender aquello. Bien comprendíamos los demás lo que era. El niño se repuso inmediatamente de una manera tan admirable que no tuvo que operarse, como decía el médico para evitar que le repitiesen los cólicos.

¹ La madre de la H.^a Teresa al narrar esta gracia declaró que se quedó como dormida o aletargada, y en aquel estado oyó la voz de su hija que le dijo: «Madre, no se apure». Ella le contestó: «No me apuro, hija, ya sé que tenemos que morir, pero hazlo por tu padre que está sufriendo más que yo».

»Las primeras palabras que me dijo el niño al verme fueron: "¡María Luisa, ya estoy bueno!" Gloria sea dada a Dios y a su sierva».

Más tarde esta misma religiosa recibió una carta de su madre contándole otra gracia que habían alcanzado también por intercesión de la hermana Teresa en favor de otro sobrinito, la cual vamos a transcribir:

«Teníamos a José Manuel con un dolor tan fuerte en una rodilla que no le dejaba dormir. A primera hora se quejaba, pero aun iba durmiendo; luego le fué aumentando y pasó cerca de dos horas sin alivio. Le dimos alcohol, por si sería una mala postura; luego Bengué, abrigándole con una franela. El pobrecito no hacía más que llorar y decir: "¡Ay cuanto me duele!"

»Acongojadas y sin saber que hacer, deseábamos que llegase la mañana para llevarlo a Ferrol y nos horrorizaba la idea de verlo así toda la noche, pues, como estábamos en la aldea, no teníamos medios para avisar al médico a aquellas horas.

»Sobre las tres de la mañana le pusimos una estampa de la H^a Teresa, y ponérsela y quedar completamente callado, todo fué uno, y con él, todas. Parecía que no nos atrevíamos ni a respirar, pero interiormente dábamos gracias a Dios en medio de un silencio sepulcral. ¡Qué emoción! Rompió el silencio el niño diciendo con voz natural: "María, cuéntame un cuento". Luego cogió la estampa y entregándola a la tía le dijo: "Toma, que ya no me duele". María mandó que le diera un beso; se la puso en la almohada y se quedó dormidito como un ángel. ¡Milagro! dije yo, y repetimos todas, alabando a Dios de todo corazón».

Del Carmelo de Montréal (Canadá), que fué de donde recibimos la primera petición de reliquias «de esta heroica Virgen-Mártir de Cristo Rey», pocos meses después de su martirio, nos aseguran sentir allí su especial protección.

Una religiosa de esta comunidad hacía bastante tiempo que estaba en cama enferma del corazón sin esperanza de mejoría. La enfermera le llevó a la celda una estampa de la H^a Teresa, pidiéndole con instancia

que la pusiera buena. Desde entonces empezó a mejorar y poco tiempo después, asistía ya a los actos de comunidad.

Citaremos también otras gracias que nos han comunicado.

Hospital de Campaña.—Sector Postal 600-VE-21.—Levante.

Mi Reverenda Madre:

Le hago saber que la hermanita Teresa del Niño Jesús, la pequeña mártir de Cristo Rey, está alcanzando gracias. La he invocado y dicho varias veces la misa, pidiendo su glorificación para gloria de Dios, de la Iglesia y bien de las almas.

Me alcanzó dos gracias que puedo decir importantes. Le estoy pidiendo otra y recibiría con reconocimiento estampas suyas.

Fué en el Almanaque de Santa Teresa de Lisieux donde leí su martirio.

Soy el canciller de S. Excia. Mgr. Haggear, Arzobispo de Galilea y al presente movilizado.

Dígnese aceptar, mi Reverenda Madre, mi religioso respeto.—*Mgr. Lesain.*

Carmelitas Descalzas de Toledo, 25 de noviembre de 1940.

Mi Reverenda Madre:

Hace unos días que el R. P. Martín nos envió algunas estampas de nuestras queridas mártires de esa santa comunidad. No puede figurarse, Madre mía, la alegría tan grande que nos dió verlas. Nuestra Madre las rifó en la recreación y a mí me tocó la de la hermana Teresa del Niño Jesús.

Como llevo ya bastantes años sorda y precisamente aquellos días lo estaba tanto que apenas oía rezar en el coro, lo que me daba pena, me encomendé a ella, pidiéndole que me alcanzara del Señor oír siquiera para poder rezar. Efectivamente me alivié y puedo rezar como antes.—*E. S. T.*

Carmelitas Descalzas^{ra} del Monte Estoril (Lisboa), 5 de agosto de 1942.

Mi Reverenda Madre:

Mi hermana temía que una nieta quedase mal en su examen por falta de serenidad. Se encomendó el asunto a la hermana Teresa del Niño Jesús, y, habiendo hecho un buen examen, salió sobresaliente.—*María de los Placeres del Corazón de Jesús, priora.*

Lisboa, 24 de marzo de 1943.

Victima de un engaño causado por un desgraciado e ingrato joven a quien cuidé y traté como hijo, me quedé reducida a la mayor miseria, sin casa, sin ropas ni dinero. Viuda y enferma sufrí lo indecible, y lloraba noche y día mi desventura sin tener a nadie que me socorriese.

En tan triste situación recibí una estampa, que me envió el R. Padre Marques Soares, Director de la Revista *Rosas de Santa Teresinna*, de la H.^a Teresa del Niño Jesús, mártir de Cristo Rey, y, habiendo hallado en su dulce mirada cariñosa acogida, me encomendé a ella con gran confianza, implorando su protección.

Empecé una novena de 27 Ave Marías, y un mes después una amiga, compadecida de mi sufrimiento físico y moral, me alquiló una habitación a donde entré a vivir el día 23 de julio por la noche, víspera de la fecha de su glorioso martirio. De este modo la H.^a Teresa me enjugó muchas lágrimas.

Otras gracias me alcanzó también, pues a ella acudo en todas mis aflicciones, mas las principales fueron las siguientes:

Tenía las piernas de tal modo hinchadas, debido a mi enfermedad del corazón, que no las podía mover, y la piel se había agrietado. La invoqué con fervor, y quedaron completamente bien de un día para otro.

No menos importante fué la que voy a referir:

El día 19 de este mes, me hallaba sin un *centavo* para comprar lo más indispensable para mi sustento. Tenía que comprar algo al día siguiente, pues era sábado, y los domingos están los comercios cerrados, y no sabía a quien recurrir. Arrastré el sillón que durante las noches me sirve de cama al sitio donde tengo, entre varias estampas, la de mi santa protectora, pensando lo que debía hacer, y muy triste y llorosa, la invoqué

esperanzada en su valiosa protección. A la mañana, preocupada con tan triste situación le dirigí una nueva súplica, y al levantarme del sillón, vi debajo de él tres monedas. Una de *diez escudos*, otra de *un escudo* y la tercera de *diez centavos*. Mi espanto fué enorme al ver tan gran milagro pues yo no tenía ni *un centavo*, y en mi habitación no había entrado nadie, pues me quedo con la puerta cerrada con llave. Me parecía un sueño y llorando de emoción, le agradecí lo que sólo a ella debía.

En muchas ocasiones me ha socorrido experimentando inesperadamente su protección.

En nombre de Dios, mi único Juez, y a cuya justicia me someto, juro ser verdad lo que acabo de referir y lo firmo deseando verla muy pronto en los altares.

Humilde sierva de D.os, *María Elvira Mendez*.

* * *

Varias son también las gracias atribuidas a la intercesión de la hermana Angeles, de las cuales transcribiremos las siguientes:

Convento de Concepcionistas Franciscanas de Madrid, 5 de septiembre de 1940.

Mi Reverenda Madre:

Voy a referirle dos gracias que alcancé por intercesión de nuestra querida hermana Angeles. Estando un día, durante el dominio rojo, muy afligida a causa del horrible hambre que pasábamos, sin hallar medio de aliviar nuestra situación, con los ojos arrasados en lágrimas, supliqué a la hermana Angeles que remediase nuestra necesidad, pues ya veía cuán grande era. Poco después llegó mi hermana y me dijo que había encontrado en la calle a una persona conocida y le había ofrecido carne, diciéndole: «Vaya V. a tal parte y allí se la darán Efectivamente así sucedió. Le dieron unos kilos y tuvimos para remediar nuestra necesidad durante unos días.

La otra es la siguiente: A principios del mes de febrero del presente año caí enferma con la gripe. Como estaba tan débil por lo que había sufrido durante la guerra, el médico me dijo que si no me cuidaba, tendría

muy mal resultado. La tos me duró por espacio de dos meses, sin poder descansar ni de día ni de noche a pesar de los medicamentos recetados por el médico. Este por más que me auscultaba no encontraba la causa de esa tos tan molesta y, bastante preocupado, dijo que tenían que sacarme una radiografía. Entonces me encomendé a la hermana Angeles, rezando durante nueve días la oración de su estampita y un Padre Nuestro, pidiéndole que se me quitase la tos, no porque me importase quedar enferma, pues eso me era indiferente, sino por evitar que me sacasen la radiografía. Lentamente fué desapareciendo, hasta que me puse bien del todo.—*Sor T.*

Madrid, 3 de noviembre de 1941.

Con suma alegría tengo el gusto de comunicarle que la H.^a Angeles me ha alcanzado una gracia muy singular.

Empecé a sentir en un pecho unos pinchazos que mucho me molestaban, terminando por ulcerarse. Por este motivo tuve que ir al médico, el cual me mandó que fuese a un especialista. Así lo hice y éste, al ver el estado en que estaba, no se mostró nada satisfecho, diciendo a la persona que me acompañaba que el mal era de importancia y que volviese dentro de tres días. Me recetó una pomada que me la puse sólo una vez, y después dejé de hacerlo para aplicarme una reliquia de la hermana Angeles. Los pinchazos desaparecieron y pasado algún tiempo estaba completamente curada.

Otra gracia alcancé también por su intercesión.

Una persona muy conocida tenía una ahijada que se hallaba sola en el mundo, y, temerosa de la salvación de su alma, me preguntó si conocía algún colegio a donde la pudiesen recibir. Repentinamente me acordé de las religiosas Adoratrices y le dije que, si quería podíamos ir a hablarles. Así lo hicimos, pero la religiosa que nos recibió nos contestó que le parecía una cosa muy difícil, puesto que, por la escasez de alimentos, tenían que despedir bastantes chicas; no obstante que se lo propondría a la Madre Superiora. Mientras tanto encomendamos el asunto a la H.^a Angeles, rezando la oración de su estampita.

La Superiora nos contestó que era completamente imposible, sin embargo comunicaría nuestra petición a la R. Madre General y que volviésemos al día siguiente por la contestación, añadiendo: «Pero cuenten con que dirá que no».

Prometimos hacer una novena en acción de gracias si alcanzábamos la gracia deseada, y al día siguiente volvimos con la joven, la cual quedó admitida con gran admiración de las mismas religiosas que les parecía como un milagro.

Dicha joven hizo una confesión general y está muy contenta.—*M. V.*

Carmelitas Descalzas del Monte Estoril (Lisboa),
10 de enero de 1942.

Mi Reverenda Madre:

Una señora muy religiosa y de las principales de Castelo Branco se hallaba muy afligida porque una hermana suya hacía años que sufría de exaltaciones nerviosas y todos los veranos se ponía enteramente loca. Además el marido de dicha señora estaba empleado en la mencionada ciudad, en la cual vivían con sus hijos. De repente lo trasladaron a una tierra lejos, con el mismo empleo, pero teniendo que poner allí casa y dejar la suya con la familia, lo que les causaba un gran trastorno.

Una religiosa de esta comunidad, que es su ahijada, le envió una estampita de la hermana Angeles, diciéndole que se encomendase a ella con mucha confianza, que la consolaría. Así lo hizo y fué atendida en sus peticiones, pues su marido, al mes de estar en aquella población, le volvieron de nuevo a Castelo Branco, pudiendo de este modo continuar viviendo en su casa con su familia; y su hermana ya está completamente bien. Pasó el verano sin señal alguna de locura, y después de estar curada, sufrió un gran disgusto y lo soportó con una calma admirable, sin indicio alguno de su antigua enfermedad. Esto, a nuestro ver, fué un milagro. ¡Qué bueno es Dios y qué admirable en sus santos! Están todos muy contentos y desean que se publiquen estas gracias.—*María de los Placeres del Corazón de Jesús, priora.*

Ferrol, 20 de mayo de 1942.

Una amiga mía tenía una gran antipatía con cierta persona y no conseguía dominarla. Le aconsejé que se encomendase a la H.^a Angeles, y habiéndolo hecho, sintió en sí un cambio radical.—*Una devota de las mártires.*

Madrid, 12 de noviembre de 1942.

Estando un enfermo muy grave y habiendo ido un sacerdote por dos veces a visitarle para procurar que se confesase, lo despidió sin querer hacerlo. Acudí a la H.^a Angeles poniéndole debajo de la almohada una reliquia suya para que se confesase, y, ¡oh prodigio!, volviendo al día siguiente el sacerdote, recibió con fervor los Santos Sacramentos y a las pocas horas entró en período agónico, muriendo en la paz del Señor.—*Un alma reconocida.*

Carmelitas Descalzas del Monte Estoril (Lisboa),
30 de diciembre de 1942.

Mi Reverenda Madre:

Otra gracia alcanzó la hermana Angeles aquí en el Monte Estoril. Muy cerca de nuestro convento vive un humilde matrimonio. La mujer es buena y tiene fe, pero el marido es incrédulo.

Habían juntado una suma bastante importante para poner un pequeño comercio; mas un falso amigo pidió al marido que le prestase el dinero por poco tiempo, y él se lo prestó sin seguridad alguna. Pasóse el plazo y el amigo se negaba a dárselo, y parece que hasta llegó a amenazarlo.

La pobre mujer afligidísima, envió a nuestro convento un hijo de unos nueve años a pedir oraciones a fin de que le devolviesen su dinero. Empezamos una novena a la hermana Angeles, y en el cuarto o quinto día, contra toda esperanza, el hombre les pagó la deuda.

Hasta el marido, a pesar de no tener religión, dijo a la mujer: «Manda a dar las gracias a las Madres por sus oraciones, porque fué un gran milagro, y el santo o santa que lo hizo, debe ser muy grande».—*María de los Placeres del Corazón de Jesús, priora.*

Madrid, 8 de febrero de 1943.

Estando en la cárcel una persona, le dieron una estampa de la H.^a Angeles, y celebrándose el juicio le salió la pena de 14 años. Ella no dejó de invocar a la querida mártir, cuya estampa llevaba consigo el día del juicio, y apesar de salirle aquella condena no desconfió. El resultado fué que al mes estaba en la calle libre, y así continua muy entusiasmada y agradecida a su querida protectora.—S M. C.

Ultimamente nos han comunicado las siguientes gracias

Guadalajara, 5 de marzo de 1944.

Deseando mi marido y yo obtener el feliz éxito de un asunto importante que nos parecía muy difícil lograrlo, pues hasta entonces no habíamos conseguido ningún resultado favorable en las gestiones hechas sobre el particular, acudí a las tres mártires carmelitas, haciendo un triduo con gran confianza implorando su valiosa protección. Nuestro Señor ha querido demostrar el poder de su intercesión, pues nos otorgó lo que le pedí y tanto deseábamos.

Muy agradecida comunico esta gracia para gloria de Dios y honor de sus siervas.—*Una devota de las mártires.*

Guadalajara, 23 de marzo de 1944.

Recientemente la lesión de corazón que padezco puso en grave peligro mi vida; después de emplear todos los medios necesarios, los médicos desesperaban de salvarme. Angustiada mi familia me encomendó—

y yo con ella—a las tres hermanitas mártires del convento de religiosas Carmelitas de San José de esta capital. Días después desapareció la gravedad, y hoy— aunque persista mi afección—puedo desarrollar mi vida normal.

Con agradecimiento doy cuenta—en unión de mis familiares—de esta que creo gracia alcanzada por intercesión de las tres hermanitas mártires.—*E. Alejandro Ortiz.*

Siguen otras firmas.

Guadalajara, 15 de mayo de 1944.

Me dirijo a Vdes. para comunicarles que viéndome muy agobiada porque no se resolvía favorablemente un asunto para mí de gran interés, comencé una novena a las tres religiosas mártires, y antes de terminarla me fué concedida la gracia pedida y solucionado de un modo satisfactorio el asunto antes dicho. Lo que tengo a bien comunicarles, como desean que se haga, según he leído en las estampitas de las mártires.—*M. L. O.*

* * *

Rienda (Guadalajara), 13 de marzo de 1944.

En el mes de junio del año pasado, mi hijo Eduardo fué atacado de fiebres tifoideas. A mediados de julio su estado era desesperado, y todos los médicos que lo visitaron, lo desahucieron, esperando de un día para otro un fatal desenlace. Estando llena de angustia con la perspectiva de que iba a perderlo, recibí una estampa con una reliquia de la H.^a Pilar de San Francisco de Borja, y llena de confianza la coloqué bajo la almohada del enfermo, suplicando a la santa mártir su curación, y él, aunque estaba tan grave, también la invocaba. Inmediatamente se inició la mejoría, y un mes después estaba completamente bien. Al presente está más robusto que nunca, disfrutando de buena salud y lleno de reconocimiento a su celestial protectora, lleva siempre una estampa suya en la cartera.

Muy de corazón damos rendidas gracias a Dios y a la santa mártir, rogando al Señor que la veamos muy pronto en los altares.—*Trinidad Andrés Pérez.*

Albacete, 15 de marzo de 1944.

Muy agradecida a la H.^a María Pilar de San Francisco de Borja por una gracia concedida por su intercesión, envió 16 pesetas para dos misas en honor del Sagrado Corazón de Jesús; una en acción de gracias por el favor obtenido, y la otra para que el Señor me conceda por mediación de la querida mártir lo que nos convenga.—*María Bernad.*

Monasterio Cisterciense de San Bernardo de Guadalajara, 12 de junio de 1944.

Por intercesión de la H.^a Pilar de San Francisco de Borja, Carmelita descalza de esa Comunidad, hemos recibido un favor. Le encomendamos muy de veras volviere a nuestra comunidad la joven novicia Sor María Esperanza, que había salido cuando la revolución de julio de 1936. Grandes dificultades se presentaron que parecía imposible humanamente se resolviesen, pero gracias a la intercesión de la mártir carmelita, ya hace algunos meses que tenemos entre nosotras a nuestra angelical novicia. Todo sea para gloria de Dios y de su sierva.—*La Abadesa.*

Montemayor (Valladolid), 17 de febrero de 1945.

A primeros de octubre de 1944 caí enfermo de extrema gravedad, tanto que los cuatro médicos que me trataron desconfiaron de poder curarme, pues, según estos señores se trataba de un «reumatismo articular complicado con endocarditis y ataques asmáticos de carácter gravísimo».

Me fueron administrados los Santos Sacramentos y el Sr. Cura párroco me encomendó a la H.^a Pilar, mártir de Guadalajara y también pidió oraciones por su intercesión a esa Comunidad, con lo que coincidió una grande mejoría en mi estado de salud que poco a poco fué mejorando hasta hoy día de la fecha que, gracias al Señor, me encuentro casi curado.—*Cipriano Serna R.*—*José Bermejo, Cura párroco de Montemayor.*

Mealhada (Portugal), 6 de octubre de 1943.

Estando gravemente enferma mi cuñada D. Piedad con un tumor maligno en los intestinos, los médicos declararon que el caso era mortal, asegurando que sus últimos días serían de un sufrimiento horrible. Tenía el vientre de tal modo hinchado que causaba compasión y el tumor le originaba grande angustia y falta de aire. Le presté la reliquia que tengo de la H.^a Teresa del Niño Jesús, para que si no la curaba, a lo menos le alcanzase una muerte tranquila. Hemos sido escuchados, pues a la madrugada del día en que falleció, se quedó muy sosegada y con la respiración regular, entregando poco después su alma al Señor sin que nadie lo notase. Días antes había recibido los Santos Sacramentos.—*J. M. V.*

Lisboa, 24 de febrero de 1944.

Me confieso deudora de dos gracias a la mártir de Guadalajara, la H.^a Teresa del Niño Jesús.

La primera: La conclusión de un negocio, que impidió la realización de mi casamiento durante un año, el cual se terminó con lucros.

La segunda: Fuí atacada de una enfermedad de garganta, y habiéndome prohibido el médico el hablar, tenía que recurrir a la escritura para todo. Hice una novena de once Ave Marías, oyendo misa y comulgando, ofreciendo todo esto en honor de los 11 años de vida religiosa de la heroica mártir para alcanzar mi curación. Fuí escuchada y la víspera del aniversario de su glorioso martirio, se realizó mi casamiento.

A ella acudo en mis aflicciones como a mi poderosa protectora, y agradecida, ruego al Señor se digné elevarla pronto al honor de los altares.—*Noemía Vasconcelos.*

Lisboa, 28 de febrero de 1944.

Desconociendo las muchas gracias alcanzadas por intercesión de la H.^a Teresa del Niño Jesús, mártir de Guadalajara, una amiga mía se ofreció a hacer una novena de once Ave Marías para alcanzar por su intercesión la curación de mi hijo único, de 3 años, que estaba muy grave con difteria.

Me confieso deudora a dicha mártir de la gracia obtenida, hallándose mi hijito completamente bien después de un mes de sustos y aflicciones.—*Una madre agradecida, M. J. S.*

Lisboa, 7 de marzo de 1944.

Estuve gravemente enferma y casi para dejar este mundo. Mis sufrimientos aumentaron mucho. Además, una huéspedada que estaba en la misma casa, me ocasionó un tormento moral continuo, por ser protestante. Insultos y provocaciones a cada momento cuando presentía que me encomendaba a Dios. Lloraba sin defensa de nadie y temiéndola en todo.

Mi estado se agravó mucho y llegué a recibir los Santos Sacramentos. Pedía a mi santa protectora, la H.^a Teresa del Niño Jesús, mártir de Cristo-Rey, que no me dejase morir allí y me librase una vez más de aquel tormento. Tanto imploré su amparo y defensa que, sin yo esperarlo, una amiga mía pidió al Presidente de la Asociación de San Vicente de Paúl, médico muy religioso, que me visitase y aliviase de cualquier forma mi sufrimiento. Así lo hizo el día 6 del pasado mes de enero y se compadeció tanto de mi estado, que me concedió gratis un cuarto con agua y luz. Todo esto lo debo a mi querida protectora, y el dicho médico confiesa que hubo aquí un no sé qué oculto que no puede explicar.

Envié a una amiga mía que reside en Elvas, una estampa de la H.^a Teresa del Niño Jesús, pues estaba muy enferma con un tumor en el vientre y la iban a operar. Estoy cierta de que alcancé una gracia más por su intercesión pues la enferma no fué operada y se espera un feliz resultado con el tratamiento que está haciendo.

Sea todo para gloria de Dios y de su fiel sierva.—*Una devota de las mártires de Guadalajara.*

Guadalajara, 4 de mayo de 1944.

Llevaba más de veinte años para conseguir la partición de una finca urbana que había heredado por mitades y que la otra parte se negaba a efectuar dicha partición, ya que ella se disfrutaba casi por completo

del inmueble. En vista de esto, se avisó a los técnicos para que efectuasen la división de la manera que a su juicio fuese más equitativa; así lo hicieron, pero tampoco con esta partición se encontró conforme la otra parte, amenazando que iría al Juzgado para que éste procediese, resolución que me produjo el consiguiente disgusto. En este estado de cosas me encomendé un día a la hermana Teresita y la pedí con todo fervor intercediera al Señor para que la otra parte razonara y pudiésemos venir a un acuerdo sin recurrir a Juzgados ni otros procedimientos análogos. Así fué; fui a hablar con ella y cuando le dije que si había pensado algo con referencia a la partición, me contestó que sí; que había pensado dividir la casa en dos partes (iguales a su juicio) y una para cada una. Al decirle yo que, como ella no era entendida, quizá la división no fuese justa, contestó: «es que una vez hechas estas partes, queda Vd. en libertad de elegir la que más le agrade. Esto me produjo mucha sorpresa, pues es lo que yo la había propuesto y hasta con más ventaja para ella y nunca lo aceptó. Cuando comuniqué en casa la nueva referente a la partición nadie me creyó, pero al decirles se lo había pedido a la H.^a Teresita, se quedaron más tranquilos, y a los pocos días, se hizo firme la partición como queda dicho y sin ninguna dificultad.

Sea dada gloria a Dios y a las mártires carmelitas del Convento de San José de Guadalajara.—J. M. C.

* * *

La superiora de un colegio de Granada ha comunicado la siguiente gracia que alcanzó por intercesión de la H.^a Angeles.

Granada, 17 de abril de 1944.

Me estaban poniendo inyecciones en el brazo, y una de ellas se me infectó formándoseme un bulto grandísimo, muy duro y colorado. Tenía fiebres altísimas, y por lo tanto tuve que guardar cama, pues además los dolores eran agudísimos. El médico me dijo que había que sajarlo, y yo tenía mucho miedo porque padezco de diabetes. Entonces M.^e Bernarda me dijo:

«Mire, tengo una estampa de la H.^a Angeles con reliquia. Vamos a hacer una novena y durante este tiempo se aplica V. la reliquia al brazo».

Me parece que yo no la empecé con mucha fe, pero cual fué mi sorpresa al ver que desapareció la fiebre y el bulto sin tener nécesidad de sajarlo y antes de terminar la novena me encontraba completamente bien.

Cuando vino el médico, al ver como había desaparecido sin ningún medicamento, dijo: «¡Esto es un milagro!»

De esto estoy yo también convencida y por ello doy gracias a Dios y a la angelical mártir. —*M. U.*

FE DE ERRATAS

<u>PÁGS.</u>	<u>LÍNEA</u>	<u>DICE</u>	<u>LÉASE</u>
18	- 14 -	puedan respirar	puedan aspirar
31	- 7 -	pretenciones	pretensiones
32	- 13 -	Severina	Severiana
45	- (cita 2. ^a) -	Carta II a Celina	Carta XII a Celina
59	- 8 -	nuestros mártires	nuestras mártires
64	- 5 -	crucifije	crucifige
81	- 8 -	las cuales	los cuales
84	- 28 -	alhagos	halagos
89	- 5 -	la afirmaba	lo afirmaba
89	- 9 -	como el	como él
99	- 21 -	mean	meam
103	- 1 -	satisfacción	santificación
112	- 26 -	lavantada	levantada
118	- 10 -	J. M. † y T.	J. M. † J. y T.
(lo mismo en las páginas 122, 123 y 207)			
121	- 11 -	Cravoley	Crawley
134	- 19 -	sediente	sedienta
136	- (nota) -	superior	suprior
179	- 19 -	hechar	echar

INDICE

	<u>PÁGINA</u>
Aprobaciones	5
Dedicatoria	7
Declaración	8
A guisa de prólogo	9
A las mártires del Carmelo de San José de Guadalajara	13
Una odisea gloriosa	15
Al lector.	19

PARTE PRIMERA

Datos biográficos de la H.^a María Pilar de San Francisco de Borja (1877-1936)

CAPÍTULO I

Nacimiento de Jacoba.—Hogar modelo.—Una víctima de la caridad.—Infancia de Jacoba.	23
--	----

CAPÍTULO II

Se trasladan a Torrellas.—Una travesura.—Primera comunión.—Sus cualidades.—La gracia de la vocación.—Muerte de su padre.—Cuatro años de espera.—Una gran alegría.—El adiós al mundo.	29
--	----

CAPÍTULO III

- Breve noticia sobre la fundación de nuestro convento.—Entrada de Jacoba en el claustro y toma de hábito 36

CAPÍTULO IV

- La vida de la carmelita.—Profesión de la H.^a Pilar.—Una madre dichosa.—A solas con El sólo.—Sus virtudes 43

CAPÍTULO V

- En el crisol.—Al pie del sagrario.—Suspirando por el cielo.—Dos pruebas más.—Su abnegación.—Un acto heroico. 55

CAPÍTULO VI

- Se ofrece como víctima.—Blanco del odio comunista.—El último himno y su dichosa muerte. 59

PARTE SEGUNDA

*Datos biográficos de la H.^a Teresa del Niño Jesús
y de San Juan de la Cruz (1909-1936)*

CAPÍTULO I

- Nacimiento de Eusebia.—Un hogar Betania.—Primer encuentro con Jesús.—En el colegio.—Voto de castidad a los nueve años.—El paso de un ángel por la tierra 73

CAPÍTULO II

- Vocación religiosa.—Dos años de espera.—La última prueba.—En el hogar paterno.—La separación 80

CAPÍTULO III

- Entrada en el Carmelo. —Rebosando de gozo. — Una excelente organista. —Luchando.—Toma de hábito y profesión . . . 90

CAPÍTULO IV

- En pos de la santidad —Su amor a Dios.—Celo apostólico.— Amor al prójimo 101

CAPÍTULO V

- Su presencia de Dios. —Alma eucarística.—Baños de Sol. — Ejercicios espirituales. — Su amor a la Iglesia, a la Orden y a España 131

CAPÍTULO VI

- Suspirando por el martirio.—Los mártires de Méjico.—Una despedida.—Atleta de Cristo.—El glorioso triunfo de la Virgen-Mártir. 139

PARTE TERCERA*Datos biográficos de la H.^a María Angeles de San José (1905-1936)*

CAPÍTULO I

- Nacimiento de Marciana y su infancia.—Una familia privilegiada. —Prevencciones divinas y correspondencia a la gracia. — Muerte de su madre. 153

CAPÍTULO II

- En el colegio. — Primer beso de Jesús. —El llamamiento divino. —Desarrollo de sus virtudes. — Celo apostólico 164

CAPÍTULO III

Su vocación al Carmelo.—Dolorosa separación.—Una gran prueba.—La despedida	151
--	-----

CAPÍTULO IV

Entrada en el Arca Santa.—Toma de hábito y profesión.— Caminando hacia la cumbre de la perfección	188
--	-----

CAPÍTULO V

Deseos del martirio.—El vuelo de un ángel	193
---	-----

APÉNDICES

Volando al cielo	216
A las tres carmelitas mártires de Guadalajara.	217
Una flor oculta	219
Una súplica	227
Oraciones para alcanzar gracias por intercesión de las tres mártires	228
Consagración a Santa Teresita que la H. ^a Teresa recitaba con frecuencia	230
Traslado de los restos de las tres mártires.	231
Gracias atribuidas a la intercesión de las tres mártires	237
Fe de erratas.	265

